

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
Del 3 de abril de 1981



“GÉRMENES DE LUCIDEZ”

TESIS

Que para obtener el grado de

MAESTRO EN FILOSOFIA

Presenta

IVAN ALEJANDRO PORTELA KOMMER

Director: Dr. Pablo Fernando Lazo Briones
Lectores: Dr. Francisco Castro Merrifield
Dr. Fernando Alvarez Ortega

México, D.F.

2012

INDICE

Preámbulo a la lucidez..... 3

Experimentos

Primer ensayo

A. Schopenhauer: la afirmación y la negación de la voluntad de vivir.....16

Segundo ensayo

El problema abisal del fundamento: del porqué al porque sí en Heidegger...43

Tercer ensayo

La lucidez y la intuición de lo absurdo en A. Camus.....57

Cuarto ensayo

La lucidez y la filosofía trágica de F. Nietzsche..... 90

Últimas disquisiciones..... 135

PREAMBULO A LA LUCIDEZ

Básicamente, ésta investigación propone lo siguiente: para poder vivir, es necesario engañarnos respecto a un supuesto saber. El mecanismo engañoso o “magia” consiste en una incesante operación cognitiva interpretativa que convierte para nosotros la vida en algo simple y manejable. Hacer “como sí” fuese cierto y autónomo un mundo meramente construido es el juego de simulación de la vida cotidiana en la que estamos inmersos como el Quijote. Cuando, por citar un caso, el “niño yanqui” juega a ser un vaquero blanco que persigue indios, negros, o bien invade Irak, pone unos valores y unas reglas a las que él mismo se somete, y dota con la imaginación a las cosas de atributos que no le pertenecen, crea un mito, por ejemplo: las armas de destrucción masiva. Una vez que el montaje es colocado comienza la actuación en ese espacio simbólico e imaginario, y el niño se deja creer, mediante un olvido, que ese mundo estaba ya puesto para él. ¿Diremos que esto es malo o bueno de hacer? ¡En lo absoluto! La capacidad del “animal fantástico” que ejercita (y propongo una gimnástica) su voluntad de crear mediante simulacros (y los *ensayos* a continuación lo son), no ha de someterse a una interpretación moral (o sólo moral), ello sería abusar de esa capacidad poética poniéndola contra sí misma. La perspectiva moral, si se pretende única, no deja realizar esta potencialidad mas allá de la capacidad de moralizar. Tendríamos con la moralización una potencia atrapada por una perspectiva, en vez de múltiples perspectivas para ejercer tal potencial. Así pues, la capacidad de inventar verdades, no debe entenderse como “mentir”, ello ya supone que es posible no mentir, o sea, decir “la verdad”. Pero esta distinción entre verdad y mentira es artificial. Por lo tanto, a sostener sea a lo largo de esta investigación la identidad entre imaginación y conocimiento, con lo que la pregunta por la verdad queda disuelta. Será así, porque el juego de simulación es una producción de lo “real”, no una apariencia que encubre o refleja una verdad (mala y buena apariencia) Y la única medida adecuada que podemos tener respecto a cuál invención o

“ficción reguladora” ha de predominar provisionalmente, viene a depender exclusivamente de su funcionalidad. ¿Sirve esta creencia a la vida o no? ¿Y a quién sirve, a una minoría o a la mayoría? Sin embargo, es sólo una minoría de personas la que está consciente de éste poder mitificador, las excepciones creadoras, y uno que otro político, banquero internacional o comerciante, aunque bien estos últimos están atrapados en sus propias fabricaciones numéricas y fantasmagóricas, como lo es el virtual mercado internacional financiero o el “Capital”: monstruo invisible de creída vida autónoma y de repercusiones concretas. Surge además otro problema, ¿cómo hacer que unas verdades se crean y se practiquen sin ese olvido e inconsciencia necesaria por parte de las masas? ¿Cómo, sin creer en fantasmas, los persiguiéremos o huiremos de ellos? ¿No supone la necesidad de ese olvido para la vida también la necesidad entonces de una tiranía de las excepciones despiertas sobre la masa inconsciente, una aristocracia de espíritus y no una democracia? Por el olvido de la irrealidad - miopía en la capacidad de ver lo insustancial- y por la propagada fe en “lo real”, se echa andar la maquinaria sociocultural, al grado que a la maquina no importa cuál configuración de botones se oprimió ni quien lo hizo. La maquina obedece, repite, acepta, ella es el ciudadano autómatas inconsciente y sus instituciones meros engranajes engrasados con su sangre o trabajo. Lo que sostiene un sistema es que opere sin que nadie sepa cómo lo hace, ni para qué o a quienes sirve su funcionamiento.¹ Y más aún, es requisito de algún modo lograr que cada parte voluntariamente se disponga a hacer su papel en él Todo, sin leer bien las cláusulas del contrato ni comprender los motivos de su establecimiento. En cuanto el ciudadano despierta o recupera *la lucidez* -tema central de esta mi investigación- comienza a cuestionarse las

¹ Muy a pesar de haberse derribado el mito de “Los protocolos de los sabios de Sión” y aún tras haberse demostrado ser una falsificación, es posible conceder cierta *veracidad* y *actualidad* a las ideas ahí expuestas. Podemos constatar hoy en día la existencia de un “gobierno invisible” y minoritario que especula económicamente con la deuda de los países; podemos constatar cómo con los regímenes de austeridad impuestos a los países para pagar sus deudas, el Capital (y el 1% que lo representa) tiene el pie puesto sobre el cuello de los gobiernos “soberanos”. Si lo que impulsa la globalización y el “nuevo orden mundial” fue planeado en el lobby y en la logia por unas minorías, o bien, si se trata de un inocente y espontáneo fenómeno social de etiología diversa es pregunta digna de consideración.

razones de por qué el mundo es como es, y acude a quienes dieron pronta respuesta a tales cuestiones (los “sabios”), sin embargo, si su análisis es riguroso y su valentía no se deja intimidar por el miedo a perder el sentido de pertenencia a la cultura o gremio, mas si no cede al confort de “ficciones tranquilizadoras” (Nietzsche) y si es capaz de hacer una expedición a los “limites del mundo” (Trías), entonces quizás llegue a darse cuenta que tales fundamentos que proporcionan sentido de coherencia a su vida y a la de otros, “las verdades o leyes inmutables”, se hayan asentadas realmente en nada. Se percatará pues, de la arbitrariedad e irracionalidad sobre la cual descansa la armonía aparente del cosmos donde habita. Quizás pueda de ahora en adelante dedicarse activamente a la creación del mundo convirtiéndose en una de esas excepciones, e ir infiltrando ideas y perspectivas paulatinamente en la cultura, al modo de un tóxico que también sea antídoto.

Que según aquel mito del Génesis nos haya convencido aquella serpiente venenosa de probar un tipo de conocimiento, el moral del bien y el mal, puede entenderse como alegoría de la inculcación de unos valores ¿No acaso desde que nacemos somos seducidos por la cultura y una particular visión del mundo, envenenados y contaminados por información con la que inmediatamente nos ponemos de acuerdo? ¿Y no confiamos en que tal información era fidedigna por no desafiar a nuestros padres o maestros para quizás así no perder su “amor” o los beneficios de pertenencia a un rebaño? De éste veneno las excepciones guerreras tienen que desintoxicarse, porque antes de tornarse “médicos de la cultura” y proponer “remedios” -quienes despierten y no mueran complacidos en el programa cultural- tienen que pensar críticamente, tomando distancia cual ermitas (Zaratustra) de su propia cultura y de sí mismos para forjarse un juicio propio. Desviándose de su mundo familiar hacia un “sí mismo desconocido” se abren paso estos *guerreros de la lucidez* entre “el rebaño”, o para sonar menos provincial, entre los zombis de la ciudad. Y en la soledad cultivan la interioridad. Sin embargo, orientados hacia ese otro “sí mismo”, nunca ganado por completo,

meramente cual arco tendido hacia una “segunda naturaleza”¹. Por lo tanto, nunca el ser auténtico en el que paulatinamente nos transfiguramos es un ego permanente ni idéntico a sí, como el de Descartes, sino uno en perpetuo flujo. El movimiento de apropiación de “sí” (que nunca termina) es como la animosidad *alegre* del fuego que se recrea sin cesar, con mayor viveza al contacto con algo que destruir. Así, el mundo de las cabezas huecas sirve de leño al espíritu crítico, lo excita y hasta lo requiere como resistencia donde pueda probar su fuerza y lucidez. Rompiendo toda identificación con las imágenes que aparecen en el espejo de la reflexión, la resistencia lucida dice “ni esto ni esto”, pues el espíritu necesita en un principio chocar con lo que no es para medir o empezar a discernir lo que sí es. No puede haber guerra por la lucidez sin digno adversario, del tamaño de nuestras fuerzas o más grande. Sin embargo, cabe aclarar, que esta guerra en tensión dialéctica, es un juego de fuerzas en conflicto *sin solución*, pues la batalla continúa mientras se vive, y un guerrero hecho para la lucha no desea como el nihilista el fin de toda lucha, ni la conquista de una lucidez absoluta, como sí lo plantea Hegel. Las fuerzas sólo gozan de sí (sienten ser lo que son) ante algo que las resista, de ahí la necesidad para los espíritus fuertes, de estar doblemente separados y enfrentados a fuerzas cada vez mayores según aumenta su poderío, del cual depende la lucidez, y viceversa. Así, mediante el trazado de un cerco defensivo resistente a la amenaza de los muertos vivientes alienados y enajenados que representan todo lo que no es un “sí mismo” o una “singularidad”, es como se asegura el que tenga lucidez de espíritu, no estar infectado de Lo Mismo. Semejante brecha de conciencia respecto al resto de los mortales, es resultado de un salto que damos gracias a la fuerza suficiente para la distancia crítica, fuerza que nos viene de la hostilidad instintiva de lo fuerte hacia lo débil, insano y decadente, pero además, gracias al cultivo amoroso del terreno en ocupación y siempre en expansión hacia lo

² El concepto “segunda naturaleza” es de Nietzsche. “La *primera naturaleza* es aquello que otros han hecho de nosotros, el sello que nos han impuesto y lo que encontramos en nosotros mismos y en nuestro entorno: la procedencia, el destino, el medio ambiente, el carácter. La *segunda naturaleza* es lo que uno mismo hace a partir de aquí”, así lo explica R. Safranski en “*Nietzsche: biografía de su pensamiento*”, España: Ed. Tusquets, 2004. Por mi parte agregaré que, es muy distinto ser poseído por la primera naturaleza que apropiársela y poseerla. La diferencia es grande: estar o no enajenado, ser o no ser dueño de sí.

desconocido. La movilización de tropas de la lucidez consistiría en un eterno devenir otro, transformación incesante que solo es factible mediante sucesivos descentramientos (des-territorialización) y re-centramientos simultaneo (territorialización), estrategia de vida “nómada” que a veces esta aquí, y a veces allá, hábil manejo de las perspectivas y sus respectivas muchas vivencias. Una danza existencial hecho de saltos y arraigos. De este modo, el hielo que quema (la distancia) es también a la vez el fuego frío (amor, proximidad) civilizador de un Prometeo; respectivamente, crítica y creación de sí o del mundo. Cuando sospechamos o destruimos un prejuicio nos distanciamos, saltamos por fuera de él, pero lo hacemos para buscarnos otro, mediante el cual renovamos para la vida una necesaria ficción, y entonces nos acercamos amorosamente el mundo como un objeto de conocimiento identificable. Entonces abrazamos nuestra idea *como si* fuese la verdad, aunque la lucidez nos recuerde que no lo es. No es contradictorio, sino paradójico el hecho de que para fugarnos del centro tengamos que a la vez poner el pie en otro punto, que se vuelve un nuevo eje de acción y pensamiento.

Mucho se ha dicho contra las ideologías, pero poco sobre su necesidad. Solo hemos reconocido lo que hemos ganado con el “nunca más”, pero no lo que se ha perdido. Al ponernos en guardia, en estado de alerta o sospecha, defendemos la patria del espíritu (Hiperbórea) que poco tiene que ver con el nacionalismo fanático o la intolerancia cultural y racial en sentido literal. Tal “patria espiritual” por la que se lucha, siempre metafóricamente hablando, es el movimiento hacia la apropiación de “sí” (una interioridad), mas no en tanto identidad lógica sino en cuanto movimiento vivo. Requerimos para ello la expulsión de gran cantidad de fantasmas, un vaciamiento, una revisión del inventario de creencias, la detección de amenazas a la vida por una selección valorativa o voluntad selectiva que separe en “campos de concentración” lo que no queremos de lo que sí. Todo esto obedece a la purga de algunos parásitos ideológicos de nuestro cuerpo social e individual que ya no ayudan, sino que le impiden vivir. Así, lucidez es guerra contra el enemigo interno, lo demasiado

humano que me es ajeno³, esa insalubre “instalación foránea”⁴, que ha venido a vivir y a apoderarse de nosotros cual parásito chupa sangre en forma de instituciones psíquicas extranjeras. Mucho se habla de tolerancia o apertura a lo Otro, presentando las mezclas con santa inocencia, pero la lucidez mostrara más una actitud de resistencia a lo Otro (no de violencia), de arraigo a sí mismo sin implicar rigidez, pues quien pueda metamorfosearse en estrella solitaria o en cometa viajero, andando por el duro camino a sí mismo, lo hace hoy sólo en la medida en que no permita ser devorado o incorporado al sistema global y actual de valores. El sustraído triunfa en espíritu, su interioridad cual fuego interno, evita que la obscuridad lo absorba, lo cuente o lo represente. Con todo esto, quiero decir que “guerra de la lucidez” no significará que haya que salir a matar zombies (lo que sería perder la lucidez cayendo en literalidades), bastará simplemente para sostener esta guerra por “la sangre pura” (pureza en el sentido ya mencionado de vaciamiento o purga ideológica y de perpetua recreación de sí), una armada de ideas y actitud crítica, resistencia a beber de las fuentes envenenadas: cualquier interpretación o manifestación que penda de un prejuicio contra la vida e impida realizar toda su potencia. Tal estrategia de resistencia consiste en alejarse del “aire viciado” y fortalecerse de otras cosas propicias para la soberanía y autonomía del cuerpo y el pensamiento, realizando así la experiencia de des-fascinación y endurecimiento de la voluntad de vivir. La lucidez no puede ni debe convertirse en movimiento de masas exterior, porque ella celebra la victoria creativa del “proceso de individuación” (C. Jung) sobre un imaginario colectivo con el que el “espíritu libre” se relaciona sin dejarse poseer por él. Es un movimiento revolucionario inmanente en las masas, pero

³ Si para Terencio “nada de lo humano me es ajeno”, para la lucidez en cambio, debido a la necesidad de un distanciamiento crítico como condición de posibilidad del diagnóstico cultural, lo “humano, demasiado humano” nos resultará ajeno. La lucidez corre a la par de la tesis Nietzscheana que dice que para que el hombre perezca, para que sea superado, debe proyectarse más allá de su actualidad, más allá de sí. Y una crítica no es sino esa “activa destrucción”, esa malevolencia necesaria para pensar que se realiza siempre y solo desde la lucidez.

⁴ Tomo el concepto “instalación foránea” de la literatura de C. Castaneda en su libro “El lado activo del infinito”. Se menciona la existencia de dos mentes en el hombre, una totalmente nuestra, y otra, ajena, venida de fuera, inculcada y que toma posesión de nosotros. Nótese cierta resonancia entre esta instalación foránea y el concepto de primera naturaleza de Nietzsche.

clandestino. A esto quizás se refería Nietzsche cuando decía que la masa es sólo el rodeo de la naturaleza para lograr las excepciones. Estas brotan sigilosamente acá y allá, sin llegar a publicarse la mayoría de las veces, pues su propia vida aunque anónima, ya es semilla y obra de arte. La lucidez sólo hace la experiencia de ser *en* el mundo, no una parte representada *de* él. Así que el éxito habría que redefinirlo. El carnet de identidad, el título nobiliario no dice nada de cuánto somos; un número, un nombre, representa una vida pero no la expresa, ni la agota. Cuando hay lucidez, se impide el ahogamiento de las propias energías volitivas en “el mundo como representación”(Schopenhauer), es decir, la lucidez es lo que resiste la enajenación, alineación y mecanización, y por lo tanto, ella es la condición de posibilidad de que surja algo propio, específico y auténtico. La amplitud de criterio -señal de la formación de un carácter fuerte- porque aísla y reduce nuestro número de amistades, siempre será patrimonio de los solitarios, que además no se quejan de serlo. Mientras se sostenga esta *estrategia de resistencia*, propia de la lucidez, el ser no se ha convertido por completo en no-viviente o colonizado mental, cerdo que sólo vive para complacerse en ficciones acordadas en su ausencia, lo dado. En cambio, cuán poca complacencia, que poco indulgente consigo mismo es el héroe que vive en estado de guerra, en riesgo constante, quien al pensar u obrar toma caminos sinuosos y hasta prohibidos, sin remordimiento y asumiendo valientemente las consecuencias. El artista verdaderamente creativo prescinde por lo regular del amor o la aprobación del prójimo, y porque tiene un grande y sano egoísmo, es el amor a lo propio lo único que lo calienta. Es más digna una vida plena aunque trágica, que una a medias pero larga y acomodaticia. Es más digna una vida dispuesta a morir por una obra o por un llamado que una dispuesta a arrodillarse con tal de vivir. La dignidad no pertenece a todos, no se hereda, más bien se conquista, y solo es digno a los ojos de la lucidez, el que se separa o sustrae de las muchas seguridades que brinda el corral y quien haga de su vida una obra de arte, un acontecimiento *descomunal*, conquistando “un rostro con corazón” en medio del mar de nombres, números y funciones. Necesariamente será el que viva más a los márgenes de la ciudad y sus valores,

jamás el ciudadano modelo, sino el que se vive como extranjero en el mundo (Camus) La lucidez, sin embargo, no odia a las mayorías (sería darles demasiado de uno), pero tampoco quiere salvarlas, les responde simplemente cual espejo cuando es el caso de tratarlas con esa misma “suavidad cosmopolita” propia de los cascarones vacíos, palabritas huecas de efectos mágicos y sugestivos para ellos. Los clichés, los fetiches y los prejuicios son la habladuría popular, los balbuceos del trance hipnótico, así que “dar al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios”, significará más aristócratamente: sed comunes con la gente común, pero mostrad lo mejor de sí a los mejores. A través de la mimesis de las buenas costumbres y los ritos colectivos, el hombre despierto practica para regocijo suyo y en secreto, un desprecio todavía superior hacia estas cotidianas formas, y una clandestinidad de espía. Es un placer superior el que el comediante tiene en parodiar, destruir o dominar unos valores mediante una ironía y una sátira que moviendo a risa lo aniquila todo. Para la lucidez, que quiere el ocaso y el renacimiento de un nuevo hombre (superhombre de Nietzsche), es sensato vivir simulando lo “humano, demasiado humano”, pues entiende que es sólo de este modo, ayudándole, como una cultura decadente caducará con mayor velocidad, abriendo paso al porvenir. Una forma de vivir y de pensar moribundas, ese sueño americano tan parecido a las exhortaciones a la levedad de vida del Ecclesiastés, es renovada por la energía que roba a un contrincante valeroso.⁵ Por eso no haremos política contra la mediocridad. Ya para nosotros, los últimos guerreros de una juventud donde escasea el heroísmo, será cuestión de estrategia el vivir en el mundo como si no hubiese tal al cual oponerse, pero esta disposición de no-resistencia

⁵ El surgimiento de un movimiento político contra un mundo de valores decadentes sería destruido inmediatamente como lo fue el nacionalsocialismo, pero además, tal lucha lo único que logra y logró, es reforzar y enervar tal mundo de valores. Es mas, la perdida de la fuerza que es síntoma del movimiento hacia la decadencia, se agravó después del triunfo de los aliados, gracias a las enérgicas fuerzas del enemigo alemán. Las “fuerzas reactivas” absorbiendo a las activas reciben el empujón que duplica su reactividad. La globalización, que es la democrática, económica y mediática lucha contra la raíz, la sangre, la tierra, la soberanía y la identidad, cobró fuerza a partir de las nuevas regulaciones e instituciones internacionales que emergieron como reacción al mito del “holocausto”. Y no se diga la explosión de las vanguardias del arte de post-guerra que muestran las cosas cada vez mas desfiguradas, desmembradas y abstractas, pues “gracias” a la guerra se terminó de matar a Dios, al Hombre y todo ideal político fuerte.

sólo en el exterior parece una rendición de sí a lo Otro. En el fondo seguirá siendo un golpe soterrado que anula de entrada el valor de dicho mundo y que esconde una resistencia activa, a la espera quizás de una futura posibilidad de emerger nuevamente con fuerza. Por lo pronto, la indiferencia hacia lo enemigo es la forma más pura del desprecio. El tratamiento será homeopático, la enfermedad del siglo será eliminada ayudándole a llegar a su máxima y última expresión, esta vez no odiándola sino “dejándola ser”. Para el tipo de hombres de la lucidez, sólo son reales (nobles) quienes se poseen a sí mismos, aquellos que actúan y piensan no como fantasmas, pues llevan el fuego vivo del espíritu en los ojos. Estos no merecen nuestro pequeño “amor” como los demás, sino lo contrario, nuestro gran amor contenido en la mejor de las críticas y nuestros más afilados argumentos. La guerra se da entre guerreros, lo fuerte se rebaja cuando contiende con lo débil, y necesita mas bien algo duro con que batirse, no esa blandura bofa de los seres ordinarios, condición debida solamente a su falta de iniciativa. Los guerreros de la lucidez andan por esta tierra sin encontrar un adversario que valga la pena, como aquel Diógenes de Sínope que caminando por la polis con su linterna a plena luz del día, decía no haber encontrado todavía ningún hombre. Pero mi muerte, mi finitud, ella si que es dura conmigo, ella si que tiene todos los argumentos de su lado, y vale la pena como la enemiga siempre presente como posibilidad más esencial.

El “sí mismo” en recuperación y siempre desconocido, no es una imagen o entidad fija, nunca podrá objetivarse enteramente, es un movimiento vital que tiende al aumento, no un ser terminado o perfecto, sino el movimiento ascendente de la vida misma, “la voluntad de poder” (Nietzsche) inmanente en los seres vivos, no una cosa estática, no un “yo” en el sentido trascendental. La lucidez aún propone la idea de un sujeto `poderoso, *pero uno en transformación*, capaz de re-configuraciones, mascaradas (el mago, el artista) y auto-determinación (poder querer, legislador) Y se opone rotundamente a esas otras filosofías nihilistas de negación radical del sujeto, tan favorable para las políticas económicas mundiales anti-nacionales, pues debilitar de más el sentido

del “yo”, desarraigarlo mediante esos venenos ideológicos⁶, resuena con la actual ausencia de sentimientos nacionales y disolución de culturas autóctonas. La lucidez, sostendré, no es por tanto “pensamiento claro y distinto” de un yo (Descartes) sino el movimiento del pensar y vivir mismo que nunca termina y siempre esta en devenir, y que como gesto creador que es, implica destrucción y creación (niño de Heráclito) He semejado el dinamismo del colibrí que sopesa o degusta la flor con *la lucidez en tanto actitud reiterada valorativa*, ella es ese “sí mismo” critico y creador. La lucidez, cual chupamirto, es ligera, pro activa, bebedora de fuentes diversas y precisa en sus interpretaciones que son valoraciones. La lucidez sopesa las perspectivas como flores abiertas de variado color. Ella es investigación por excelencia, pero no de la Verdad. Mas bien, un tipo de investigar que es contar cuentos mediante los que sabe transmitir unos valores, una visión entre muchas, sin pretensión de verdad, con el fin quizás de hechizar o encantar, de ayudar a vivir por medio de sortilegios necesarios para la vida. Se propone entonces la investigación o discurso filosófico como “magia hermenéutica”, la magia a su vez, redefinida como *interpretación en reiterada operación* que responde precisamente a una exigencia de ficciones para la vida y que justifica el deliberado uso de la simulación.⁷ Las historias y las

⁶ Tómese por ejemplo de éstos venenos, al psicoanálisis. Formado de valores decadentes, interpreta la afirmación de sí muchas veces como patología narcisista, o la aceptación de la castración como un mal necesario en el sano desarrollo de la personalidad. Desde que existe Freud, ningún hombre puede exaltarse y amarse a sí mismo sin pecar de falta de humildad o sin evidenciar sus mecanismos de defensa orientados en necesidades afectivas o traumas. El psicoanálisis hace del hombre un niño dependiente e interpreta toda conducta como reacción. Siempre rumiando en motivos inconscientes como quien busca al culpable, no tiene la menor idea de lo que significa una “inocencia del devenir”, ni entiende lo que es un acto libre, ligero y espontáneo, pues ata siempre todo gesto a una situación pasada. Explica todo lo “superior” por lo “inferior”. La palabra “narcisismo” arruina toda confianza en sí mismo para obrar a lo grande y exige una constante humillación del yo que es el análisis. Finalmente, usted esta curado cuando se ha tornado totalmente inofensivo, tolerante y fraterno, apto para vivir en una sociedad “de iguales”, sometiendo la individualidad al beneficio de la mayoría al tipo de un Kibutz. Aunque en realidad lo que sometes es la cartera a los honorarios del Docto que te conoce según él mejor que tu mismo...Y no se diga del rebajamiento y reducción de todo lo espiritual al comportamiento animal, instintivo.

⁷ La magia reinterpretada en sentido nietzscheano será motivo de una investigación posterior, donde me enfocare en la lucidez como condición de la magia, y en el mago como “personaje conceptual” de la lucidez. Trataré la posibilidad de una *filosofía de la magia* extraída de toda la basura de nueva era y reconfigurada ahora en el contexto de las filosofías contemporáneas. También pretendo considerar una *magia de la filosofía*, es decir, ¿cuáles son los elementos

explicaciones míticas o racionales del origen del mundo o de los fenómenos, siempre serán, como dijo Nietzsche, “ficciones lógicas” o pericias cognitivas de volatinero que pasan las interpretaciones *como si* fuesen hechos, cuentos que nos contamos hasta creerlos verdad. Lo que se dice a sí mismo el volatinero para andar firme por un frágil sendero, y no caer presa del vértigo, es lo que le ayuda a seguir, a tener sentido y a creerse seguro de lo que hace. Mediante interpretaciones uno se serena y se enfoca, por las acrobacias del “intelecto falsificador”, el mundo es soportable y manejable. Se trata de simplificaciones; introducimos el dato, el valor o el sentido, el número o la sustancia en la llamada “naturaleza” para luego decir “lo hemos descubierto, un átomo estaba ahí”. Así tendemos inconscientemente una cuerda, un camino tranquilizador dador de un sentido y tejemos un fondo sustancial que da evasivas al abismo o lo monstruoso. Y de esta ingenuidad, de este realismo practicado diariamente en diferentes ámbitos, la lucidez nos precave, pues tal realismo es el origen de los fundamentalismos, fanatismos y literalizaciones. Pero no es lúcido solamente quien acepta los “límites del conocimiento humano” (Kant), sino quien además se alegra de esa falta de seguridad, porque abre un campo de posibilidades interpretativas o perspectivas. En otras palabras, gracias a que no sabemos las cosas con certeza, podemos infinitamente imaginárnoslas, libremente, siempre y cuando sepamos argumentar y construir nuestra interpretación de modo convincente. ¡Y lo curioso es que volvimos a esta sofística por el camino inverso, el de “la verdad”, que pretendía ser superior que aquél!

La modernidad tardía, consistente en la aparición de una racionalidad crítica de sí misma, demarca el contexto histórico y teórico de mi investigación. El concepto de lucidez que me he prometido formular se alimenta del espíritu crítico existente en los dos siglos pasados (XIX y XX) respecto al llamado “racionalismo ilustrado”. Así, los autores a revisar pertenecen a las corrientes del pensamiento que se han etiquetado como irracionalismo y existencialismo. Del

mágicos del discurso propiamente filosófico? Ha de considerarse por lo tanto la obra presente en continuidad con la que está por venir.

primero revisaremos tres filósofos alemanes, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, del segundo a los pensadores franceses de posguerra Albert Camus y Emile Cioran.

A la tesis ya enunciada: *para vivir hay que engañarse respecto a un saber, cabrá agregar, pero puede uno engañarse a voluntad y a conciencia.* Ambas cosas, formuladas por Nietzsche a lo largo de su obra⁸ son las que en términos generales, por mi parte, pretendo sostener, profundizar y ampliar, trayendo nuevas relaciones a colación. *Un valor, una actitud, surgidas de un concepto más vital de la lucidez, es lo que me he propuesto crear. En efecto, a la construcción de este concepto esta dedicada la presente investigación, que quiere además de brindar una “teoría de la lucidez”, proponer un arte de vivir, un “ethos” o modo de habitar el mundo.* El problema inicial a plantearme fue ¿son conciencia y vida compatibles? ¿Se sigue del desencanto de la razón -en tanto fuente de conocimiento y felicidad- una “negación de la voluntad de vivir”? ¿Es posible una acción desengañada, un “nihilismo activo”? Ya Nietzsche planteaba nuestro problema de éste modo:

Hay una pregunta que parece pesar como plomo sobre nuestras lenguas y que nunca se ha llegado todavía a articular: la pregunta de si podemos permanecer conscientemente en la falsedad y de sí, supuesto que debemos hacerlo, ¿no sería preferible la muerte?⁹

Mas tarde fui comprendiendo, en la medida en que el concepto de lucidez tomaba forma, que la respuesta sería más compleja que la pregunta, pues me di de frente con que *la única acción o modus vivendi sin ilusión que hay, es el accionamiento deliberado del engaño.* Sin embargo, no tan deliberado o controlado como para estropear la espontaneidad vital presente en la capacidad

⁸ Por ejemplo en su ensayo “*Sobre verdad y mentira en un sentido extramoral*” trata la verdad como construcción y el intelecto como algo falsificador. Para una recopilación de fragmentos de los periodos de la vida de Nietzsche respecto al tema del engaño necesario y deliberado valió la pena tomar en cuenta además el ensayo de Hans Vahinger titulado “*La voluntad de ilusión de Nietzsche*”. Ambos textos publicados en una misma edición: “*Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*” Madrid: Ed. Tecnos, 2010.

⁹ op.cit, Pág. 92

de improvisar. Así es que veremos a lo largo de esta disertación, cómo la actividad de la lucidez, francamente lúdica, simultáneamente requiere no creer y creer, es decir, hacer *como sí*. Sólo quizás de este modo, con un ojo abierto y el otro tuerto, uno que no se engaña y ve y otro que se sacrifica y no ve, lleguemos alguna vez a degustar un poco de la sabiduría hiperbórea, guerrera y mágica de Odín¹⁰; magia estratégica que si nos situamos en la temprana tesis de “*El origen de la tragedia*”¹¹ no es otra cosa que el “arte de vivir” la tensión dinámica y no dialéctica entre “lo apolíneo y dionisiaco”, lo racional e irracional. Espero poder dejar claro en los siguientes capítulos, cómo la filosofía trágica en el sentido alegre de Nietzsche y mi concepto de lucidez se encuentran en íntima amistad, y cómo su obra sigue siendo fuente fresca para incitar y animar nuevas aventuras del pensar.

¹⁰ Alusión al dios principal de la mitología nórdica. Odín, patrono de la sabiduría, la guerra, la muerte, la caza, la victoria, la poesía y la magia. Cuenta el mito que sacrifico uno de sus ojos en el pozo de Mimir para acceder a la sabiduría de los años. Mientras bebía vio todo el sufrimiento y los problemas que los hombres y los dioses debían soportar, pero también vislumbro porque era necesario que esto sucediera. Esta idea de *conocimiento de un mal necesario*, aunque desmoralizada, la reinterpreto como la conciencia de la necesidad de un engaño para la vida (incluido el engaño de un bien y un mal), exigencia vital de cerrar un ojo para engañarse y así acontezca un devenir activo (no un nihilismo pasivo-reactivo), pero a la vez conservando uno abierto para no engañarse respecto a una finalidad de ese devenir o a la realidad “en si” de esas formas y valores que en tal devenir *parecen* sucederse. Cabe añadir, que Odín también es identificado con Wotan, dios arquetípico con quien según C.Jung resuena más la obra de Nietzsche que con Dionisio.

¹¹ Federico Nietzsche, *El Origen de la Tragedia*, Tr. Eduardo Ovejero Mauri. México: ESPASA-CALPE Mexicana, 11ª edición, 1988.

I. ARTHUR SCHOPENHAUER: AFIRMACIÓN Y NEGACIÓN DE LA VOLUNTAD DE VIVIR.

El filósofo A. Schopenhauer en su obra *El mundo como voluntad y representación*² divide el mundo en dos niveles: el de la voluntad que responde a la “la cosa en sí” kantiana y el de la representación que corresponde al mundo fenoménico y es la manifestación u objetivación del primero. Todo lo que podemos intuir sensiblemente y pensar (los objetos y conceptos) pertenece al mundo de la representación, cuya organización depende de las formas del “principio de razón” mientras que la voluntad *en sí* -que existe por si misma pues no depende de los modos de la representación sino a la inversa, estos de aquella- permanece a la vez oculta y activa no solo en el hombre sino en todo lo existente, rigiéndolo con necesidad desde el exterior. La voluntad en sí vendría a ser una esfera independiente de la razón (donde solo toma forma), siendo primera y no segunda como supondría el idealismo. Tampoco es posible decir que la voluntad tenga un origen material, pues todo cuerpo material es ya un objeto de la representación frente a un sujeto de conocimiento. Sabemos de la existencia de la voluntad sólo por sus manifestaciones, mientras que su esencia nos resulta desconocida directamente. No se trata de un principio metafísico trascendental en el sentido de una idealidad, ni de un materialismo, sino de una filosofía inmanentista que afirma la perspectiva de un referente fuera de la representación que no es Dios, ni la Idea ni tampoco la materia, sino la voluntad, fuerza en lo orgánico que impulsa invisiblemente la vida (como la fuerza de gravedad que nos sujeta a la tierra) Para Schopenhauer el mundo es esencialmente voluntad, que no debe confundirse con libre albedrío, sino con una fuerza impulsiva, inconsciente y sin finalidad que alcanza en el hombre su máxima expresión. La voluntad quiere sin razón alguna y perpetúa su propio querer queriendo. Ella se afirma a sí misma en el fenómeno, su objetivación. La voluntad en sí es mero “querer siempre insatisfecho”, pero ese querer ya en su

² A. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Tr. Eduardo Ovejero y Maury. México: Porrúa, Colección “Sepan cuantos” núm.419. 7ª edición, 2003.

forma humana e individuada, pasado por el filtro de la representación, se vuelve “querer éste objeto”. S. Freud, sin duda, tomó mucho de Schopenhauer para elaborar su teoría de los instintos y pulsiones inconscientes.

El “principio de razón” no cuenta en la voluntad, por eso no se le puede atribuir ninguna motivación inteligente ni se la puede considerar una primera Causa, pues la causalidad es una de las formas del “principio de razón” que aparece ya tarde en el proceso evolutivo de individuación y solo se refiere al mundo fenoménico, no a la cosa en sí. Entonces, la relación entre la voluntad y su fenómeno debe entenderse, no es causal, aunque así nos obligue la razón a acomodarla para representarla mejor. Es por tanto inapropiado decir que la voluntad sea Causa del mundo. La voluntad, llega a conocerse a sí misma en el hombre a través de la razón, pero no inmediatamente, sino intuitiva y abstractamente mediante representaciones. Sin embargo - agregando *mi punto de vista*- separar el mundo de la voluntad (lo representado) del de la representación (el representador) es ya de entrada una construcción para favorecer nuestro entendimiento, y no debe tomarse como una distinción ontológica real. De hecho, la dualidad sujeto-objeto es algo montado por el principio de razón sobre la realidad “en sí” de la voluntad, y por lo tanto, todo conocimiento de ella, ficción o balbuceo. La representación me parece- a diferencia de Schopenhauer quien sostiene tal división- una forma de la voluntad, no algo esencialmente distinto. Es decir, conocemos la voluntad a través de su representación que *es ella misma* pero bajo el dominio del “principio de razón”. El lenguaje *parece* haberse sustraído de la voluntad tanto para hablar de sí mismo como de ella cual cosas independientes, y de tal brinco y asalto de la voluntad sobre si misma para conocerse, salto que ha forjado la perspectiva (ya desde los primeros organismos perceptores), emerge de un modo cada vez más desarrollado la dicotomía pensamiento/vida, arbitrariedad del todo ilusoria, pero necesaria. El acontecimiento “Razón”, hijo de este salto evolutivo², no se

²“Evolución” aquí tanto en el sentido de supervivencia del más fuerte o “selección natural” (Darwin) y de adaptación al medio y la contingencia (Lammark), no en el sentido teleológico de

distingue mas que artificialmente de la previa sin-razón, porque el *pensamiento es voluntad* retorciéndose sobre sí, del mismo modo -valga la semejanza- que la cresta de una ola se curva sobre sí misma teniéndose en perspectiva. Este vórtice, generado por la fuerza de la voluntad que gira sobre sí, es la conciencia y la autoconciencia (el surfista). Sin embargo, ni el movimiento tiende a la conciencia absoluta (Hegel), ni la voluntad vuelta razón llega jamás a apropiarse de sí misma, pues la voluntad es un eterno devenir como el oleaje, siguiendo nuestra previa semejanza. La voluntad se explica a sí misma en el hombre Schopenhauer pero simultáneamente se escabulle, conservando la incognoscibilidad de su sí, el Otro siempre porvenir y nunca actual ni presente, pero hacia el cual estamos dispuestos cual “arco tendido” (Nietzsche) Muy similar éste juego de la voluntad consigo misma a lo que Heidegger posteriormente enunciaría como “sino del ser”.

Se podría objetar que dado que únicamente conocemos las representaciones es inútil suponer la existencia de algo fuera de ellas, sin embargo, dado que la voluntad es lo más inmediato, lo mas intimo, nos es posible rasgar el velo de por sí transparente que el principio de razón a puesto entre nosotros y la “cosa en sí”, si nos acercamos a lo más cercano que tenemos, el cuerpo. Pero más que abordarlo erradamente como un objeto más de nuestra representación como en las clases de anatomía, debemos ya no pensarlo ni intuirlo, sino sentirlo, pues en la sensibilidad orgánica es donde según Schopenhauer, podemos tener una “percepción íntima” de la voluntad en sí y de las reacciones fisiológicas a ella. Por ejemplo, el fenómeno del hambre, antes de hacernos un concepto de él, es la vivencia de una inquietud interna acompañada de un malestar, un dolor y un querer suprimir ese dolor. Es decir que, se trata de una precomprensión sensible lo que nos induce a afirmar la existencia de una voluntad de vivir en el fondo de nosotros mismos.

un principio o una finalidad detrás de todos los procesos. La voluntad en tanto querer sin fin y siempre insatisfecho no puede sino querer su propio querer. Más adelante veremos con Nietzsche que la afirmación de la voluntad de vivir a diferencia de la propuesta de negación de la voluntad en Schopenhauer, es amor y abrazo valeroso a la vida.

Schopenhauer no duda en atribuir a todo lo existente orgánico e inorgánico la misma esencia, pues en sí la voluntad es idéntica y sólo existe diferencia en su forma de objetivación en los fenómenos, de ahí el estatuto metafísico y universal que Schopenhauer da a la voluntad. La esencia de todos los fenómenos, como quiera que se presenten y donde sea, es la voluntad. El conocimiento superior tiene que ver precisamente con poder traspasar la ilusión de lo múltiple, efecto de nuestra postura como seres individuados, separados y contemplar la unidad de la voluntad que es la esencia del mundo. La lucha de unos con otros como voluntades separadas y que da origen a la injusticia, es posible solo en la medida en que no comprendemos esta “unidad fundamental”. Cabe aclarar aquí, que a mi ver se trata de una mistificación de la voluntad con el que por mi parte estoy en radical desacuerdo, porque si bien acepto la tesis de la voluntad como esencia irracional del mundo, no acepto por fondo del mundo la unidad (mero escapismo del dolor) sino la pura multiplicidad o el caos ardiente, sin-fondo de donde emergen todas las unidades por obra de nuestro intelecto y sistema cognitivo. Aun sí tal “unidad fundamental” existiera, no podemos jamás comprenderla individualmente ni realizarla en el exterior bajo ningún régimen político (socialismo marxismo, comunismo) porque cada ser viviente se vive como la única y omnipotente voluntad que en esencia es y que quiere afirmarse. Todo intento por “salir de sí” para encontrarse con “el otro”, ya es en sí mismo parte de esta fuerza de autoafirmación, así que el desinterés, la compasión, el servicio y el “amor al prójimo” quedan descartados como posibilidad existencial. Hay lucha entre fuerzas, hay competencia, diferencia y oposición, y si no agrada a nuestros oídos resentidos que seamos seres de la guerra, en guerra y para la guerra (Heráclito), no es sino por ingratitud a la vida o por debilidad para aceptar éste nuestro trágico destino. Para ser justos, buenos y mejores, tendríamos no sólo que superar -por una toma de conciencia- el principio de individuación que nos hace percibirnos como entes separados, sino además negar nuestra voluntad en los casos independientes en que queremos con ella negar la de los demás. Se concluye de esto que, para hacer el bien o para vivir por el “bien común”, es primero que nada necesario hacerse daño a sí mismo, pisotearse

ante el ideal y la abstracción, y la voluntad de vivir de otro. Lo que el “amor al prójimo” pide es absurdo, que todos renuncien a su túnica (a sí mismos) y la entreguen a otro... ¡Que ideal éste que pide que nadie vestido esté y que todos pasen frío! La compasión a la que Schopenhauer hace un llamado y considera una virtud superior, sería más realizable solo en el caso de que comprendiésemos que la voluntad del otro no me es ajena (pero únicamente sería real en el caso de que la “unidad fundamental” fuese una tesis acertada) y si el otro a su vez comprendiese que la mía no le es tampoco. El Estado de Derecho surge para equilibrar las voluntades por un tercero, la ley. Sin embargo, esto no acaba con el sufrimiento, porque la voluntad misma, este regulada o no, es según Schopenhauer la causa del sufrimiento. De ahí que solo la negación de la voluntad de vivir pueda traer paz, agregaré, a los agotados que la deseen. Y mejor mientras más pronto perezcan en su propia complacencia los negadores de la vida, dejándonos a otros crear y sembrar el porvenir.

1.1 La voluntad de vivir

Siguiendo al filósofo Arthur Schopenhauer, la vida donde quiera y como sea que se manifieste (orgánica e inorgánicamente) es antes que nada, y esencialmente, *voluntad*. Una vez que esa “voluntad” consigue objetivarse, afirmarse en los distintos fenómenos de la naturaleza, y alcanzando su grado máximo de “perfección” en el hombre, entonces ella, la voluntad, se conoce a sí misma, razonando su propia esencia:

Pero el hombre es la manifestación más perfecta de la voluntad y su conservación exige que esté asistido de una inteligencia desarrollada de tal suerte, que pueda elevarse hasta llegar a formar en la representación una imagen adecuada de la esencia del mundo, que es la concepción o la intuición de la Idea... Por consiguiente, en el hombre, la voluntad puede llegar a la plena conciencia de sí misma, al conocimiento claro y acabado de su propia esencia, tal como se refleja en el resto del mundo.³

³ Op. cit. Pág. 292

La voluntad es la fuerza natural pero inmaterial (como la gravedad) que impele al fenómeno a manifestarse, a existir. Es el impulso ciego y sin finalidad (teleología) que habita inmanente en el interior del mundo como un querer siempre insatisfecho. No tiene razón de ser, es voluntad en sí, querer por querer, esencia constantemente activa que se anima a sí misma:

...hice ver que la voluntad, en todos los grados de su manifestación, desde el más bajo hasta el más alto, carece de objetivo final, porque su esencia es querer, sin que este querer tenga nunca fin, y que, por lo tanto, no alcanza una satisfacción definitiva y solo los obstáculos pueden detenerla, pero en sí va hasta lo infinito.⁴

La voluntad, como cosa en sí, reúne estas características⁵: 1) *Aseidad de la voluntad*. No tiene causa ni es causa, no obedece a la ley causalidad, pues escapa a las estructuras a priori del tiempo y espacio que la posibilitan. 2) Es la *esencia de todos los fenómenos* donde se objetiva. Pero no es espiritual ni material. 3) Es *aspiración infinita e insatisfecha*. 4) *La unidad de la voluntad*. Es una y la misma aunque percibimos múltiples fenómenos (esta es la ilusión de la individuación) 6) *La indestructibilidad de la voluntad*. Individuos y fenómenos pasan, la voluntad permanece pues escapa a tiempo y espacio que son formas del principio de razón que construye la representación y es ajeno al mundo en sí. 7) *Prima la voluntad sobre la inteligencia*. Las pasiones son el fondo de nuestros actos y pensamientos, los cuales le sirven (aquí vemos esbozos para una posterior teoría del inconsciente) 8) La voluntad es *incognoscible*. Aunque se le conoce indirectamente por sus manifestaciones, que son los fenómenos de la intuición, no se le conoce directamente si por conocimiento entendemos representación, pensamiento. Sin embargo, dado que raíces de nosotros mismos descienden hasta lo que ya no es fenómeno intuido (percibido), hasta la cosa en sí, y aunque ésta no pueda ser concienciada (sin volverla una representación), existe la excepción de ser sentida, vivenciada:

⁴ Ibid, Pág. 312.

⁵ Tomadas de M. Suances, *Arthur Schopenhauer, Religión y metafísica de la voluntad*. Barcelona: Herder, Colección Biblioteca de Filosofía, núm. 26. 1989.

Sin embargo, hay una excepción, constituida por el conocimiento que cada uno tiene de su propio querer. Este conocimiento no es una intuición (ya que toda intuición se sitúa en el espacio) y tampoco está vacío; es por el contrario más real que cualquier otro. Tampoco es a priori, como el conocimiento puramente formal, sino enteramente a posteriori.⁶

Veremos más adelante en qué consiste una aproximación sensible a la “cosa en sí”. Por ahora pasemos brevemente a apuntar en qué consiste el lado conocido del mundo: la representación.

1.2 Representación: el principio de razón e individuación.

Las razones, fundamentos o peticiones de principio vinieron después (se añadieron a la voluntad) con la aparición del hombre en una naturaleza instintiva y sin propósito, vacía de sentido. El “sentido”, suma del orden intuitivo (perceptual) y racional (abstracto conceptual), es una construcción humana, una representación. Dado que causalidad, tiempo, espacio, y el desdoblamiento sujeto-objeto en el mundo fenomenal de nuestra intuición son formas a priori del “principio de razón” según Schopenhauer, y dado que la razón es una facultad propia de la individualidad humana, es justo decir que el universo tal como lo entendemos intuitivamente, es decir, como un desplegamiento de objetos extensos, separados espacialmente y relacionados causalmente en una línea del tiempo, no existe hasta que el primer hombre, u otro testigo, lo concibe como tal (o al menos no se puede demostrar lo contrario):

El mundo no existe más que por y para el conocimiento, sin el cual no puede ser pensado; todo él es representación, por lo cual necesita del sujeto que conoce como fundamento de su existencia. Es más, toda esa larga serie de tiempo necesaria para explicar las transformaciones de la materia hasta formar la primera criatura inteligente no puede ser pensada más que en la unidad de una conciencia cuya serie de las representaciones y cuya forma de conocer es, y sin la cual carece de sentido y de existencia. Por consiguiente, el mundo entero depende del primer ser consciente, por rudimentario que sea; y por otra parte, vemos también necesariamente que este primer

⁶ Schopenhauer cit. en Michel Piclin, *Schopenhauer, el trágico de la voluntad*, Tr. Ana María Menéndez. Madrid: Edaf, 1ª edición, 1975.

ser consciente depende de una larga serie anterior de causas y efectos, de la cual es un eslabón insignificante.⁷

Sin embargo, estamos tan engañados por el velo de nuestra propia racionalidad e individualidad que creemos que dicha perspectiva es inherente o correlativa a la realidad del mundo “en sí”. Son el “principio de razón” e “individuación” los que nos obligan a ordenar la percepción según sus formas haciéndonos creer que inherentemente hay en la realidad dichas propiedades. Pero es únicamente nuestra percepción y conocimiento el que es espacial, temporal, causal y dual, no sabemos con certeza si estas propiedades pertenecen a la realidad en sí o sólo a la representación humana. Tampoco sabemos si otras especies comparten ésta forma de percibir, pues únicamente siendo ellas mismas y no nosotros podríamos asegurar lo contrario. Sin un punto de encuentro entre nosotros y el reino de la alteridad –que Schopenhauer afirmará es la voluntad– el mundo bien podría ser apenas nuestro reflejo, y mientras permanecemos engañados por el “principio de razón” e “individuación”, quizás solo estemos proyectando nuestra forma antropomórfica en la realidad. Todas las ciencias, religiones y filosofías, por este hecho, no harían hasta ahora sino adorar al hombre, pues las cosmovisiones y paradigmas no dan testimonio de la realidad de lo Otro objetivo como suponen, sino que son reflejo de nosotros mismos. En este sentido, ni la percepción empírica ni la razón abstracta son vías al conocimiento de la realidad, sino una suerte de actividad religiosa que adora la forma humana, es decir, egolatría. Esto ocurre así pues nos tomamos necesariamente a nosotros mismos en todo acto de conocer como referente, y nuestro conocimiento, por tanto, no es solo auto-referencial sino religioso en el sentido de *religare*, “religar” todo en torno a un mismo punto: el hombre. No son las cosas en sí nuestra base para conocer, somos nosotros mismos el punto de partida de todo lo que hacemos. No “tenemos” un límite, sino que *somos* el límite antepuesto a la “cosa en sí”. La frase “el hombre es la medida de todas las cosas” de Protágoras quizás encierre una verdad espeluznante, y es que en toda concepción humana del universo es necesario advertir un egocentrismo.

⁷ A. Schopenhauer, op. cit. pp. 46-47.

1.3 La voluntad asequible a la sensibilidad

Pero, ¿no sucede lo mismo con el concepto voluntad que pretende escapar a ese principio de razón y por lo tanto a la auto-referencia? ¿Afirmar que la voluntad es la esencia del mundo es también una proyección humana? No, puesto que la voluntad no es un objeto de la representación -y por lo tanto tampoco una intuición o un concepto- escapa al principio de razón e individuación y por lo tanto a la creación del mundo a semejanza del hombre. La voluntad en Schopenhauer es la cosa en sí que no se le conoce como objeto sino, como vivencia inmediata. Más si en un nivel profundo de nuestra experiencia, somos voluntad, no es del todo descabellado plantear que podamos acceder a un tipo de “conocimiento” irracional y esencial:

Pero también tenemos, anteriormente a la intuición y a la constitución de objetos, un conocimiento *directo* e interior del cuerpo, no a título de objeto, sino a título de vivencia, y aquí es donde se capta la presencia de la cosa en sí.⁸

La sensibilidad del cuerpo, no condicionada aún, no mediatizada por el principio de razón y sus formas ni por el de individuación, nos permite a la vez aproximarnos, develar la esencia y unidad del mundo como voluntad de una manera digamos pre-conciente:

Pero rápidamente se dio cuenta de que había que distinguir el cuerpo-objeto, que no es más que una representación (indirecta) y el cuerpo-vivido, que se capta directamente en su movimiento orgánico, y que para obtener una conciencia íntima de la cosa en sí había que remontarse más allá de la constitución de los objetos, había que remontarse hasta esa zona arcaica de lo vital, hasta esa zona pre-perceptiva, pre-intuitiva e inmediata, donde surgen las sensaciones brutas y donde se agita la cenestesia.⁹

Si la filosofía y ciencia racionalista intenta desprenderse de la sensibilidad para hallar verdades abstractas objetivas y universales, la propuesta de Schopenhauer es encontrar también las mismas Ideas Universales o Verdades pero a partir de una vivencia interna, una “percepción íntima” de la realidad, de

⁸ M. Piclin, op. cit, p. 48.

⁹ Ibid, p. 49

ahí que su método, en un afán de presentar la cosa en sí con la menor cantidad de “velos”, parta primero que nada de la intuición de los fenómenos (representaciones primeras) antes que de los conceptos (representaciones de las representaciones):

El pensamiento no tiene relaciones inmediatas con la intuición, pero la intuición si las tiene con la existencia en sí de aquello que se percibe intuitivamente, y es esta última relación la que constituye el gran problema que nos ocupa.¹⁰

De poco sirven los conceptos abstractos para el conocimiento de la esencia de la vida, a no ser para crear fantasmagorías y utopías. El científico que quiere no pertenecer a lo que observa quedará enredado en teorías de la realidad y la vivencia le escapará. El filósofo nos invita paradójicamente a ver un mas allá de uno mismo (como individuo) pero yendo mas acá del cuerpo (idea que retoma Nietzsche) Mas no el cuerpo como otro objeto intuido de mi representación y por tanto como otra imagen auto-reflejante del principio de razón, lo que ocurre, por ejemplo, en el conocimiento anatómico, sino el cuerpo como vivencia de deseos, afectos, dolor, placer, sacudidas de la voluntad, conjunto de fuerzas en tensión y en conflicto que luchan por sobrevivir afirmándose unas frente a las otras:

[...]resoluciones, deseos, afectos que vamos conociendo sucesivamente[...], inmediata pero no intuitivamente[...]En la conciencia de sí, la voluntad[...]no se presenta en la intuición bajo el aspecto de una sustancia duradera[...]El conocimiento de la voluntad en la conciencia de sí no es, pues, la intuición sino un sentimiento completamente inmediato de sucesivas excitaciones.¹¹

En este terreno, en esta zona arcaica, no es el hombre quien vive la vida, sino la vida misma de la voluntad la que habita y se afirma en el fenómeno hombre. ¿O alguien puede controlar sus reacciones biológicas y afectivas y asegurar ser dueño de ellas? Ya podemos presenciar en Schopenhauer, las bases filosóficas para una “psicología profunda” que surgiría mas tarde con S. Freud y su teoría de los instintos (voluntad) enfrentados a la cultura (representación)

¹⁰ A. Schopenhauer cit. en M.Piclin, Ibid, p. 42

¹¹ A. Schopenhauer cit. en M.Piclin, Ibid, p. 49.

Es en la dimensión sensible del ser donde sentimos la voluntad como tener hambre y querer comer, o miedo y querer esconderse de la tempestad. Sentir es entrar en contacto con el instinto de conservación y destrucción, con las fuerzas vitales que nos movilizan, que tironean en sentidos contrarios por debajo de esa capa de racionalidad que nos hace creer que todo es o puede ser claro, ordenado, fácil y congruente, sin contradicción y bueno. El filósofo pierde carácter y se vuelve academista cuando pierde contacto con la voluntad de vivir que bulle en el mismo, pierde conexión (tierra) cuando piensa sin cuerpo y en cosas que no están presentes. Para penetrar en la esencia de las cosas se debe, como dijo E. Cioran, ser “secretario de las sensaciones” más próximas, pues ellas son inmediatas, menos corrompidas por el lenguaje, y pueden dar cuenta con mayor certeza lo que el mundo es. Antes que leer y escribir (erudición) debiesen ensañarnos a sentir el mundo. El mundo es voluntad, y el instrumento para percibir lo que es real, auténtico, es el ser sensible. Es el concepto quien sirve a la vida (voluntad) y todo pensamiento, mera proyección fantasmagórica de la voluntad, si no fuese a caer en el engaño de su autonomía respecto a la vida, permanece sujeta internamente a una voluntad de vivir que se quiere a sí misma, y se vale de sus producciones como queriendo apropiarse de sí, sin jamás lograrlo. Pensando, representando, según Schopenhauer, es como se “conoce lo que se quiere”¹² y en cierta medida hacerse dueño de sí, conocerse, es responder a la pregunta “¿cuál es mi voluntad?” Conocer nuestro Deseo y encontrar el apropiado modo de “satisfacerlo” implica el dominio de sí. Pero también, si nos ponemos psicoanalíticos, seguir nuestro deseo más íntimo es cumplir trágicamente nuestro Destino (Edipo), porque jamás la voluntad termina de poseerse a sí misma, y esto se traduce en la existencia concreta de los seres como su condición finita e inacabada. Sin embargo, iremos viendo, cómo este “no poder terminar” de la voluntad en ninguno de sus productos, visto desde una óptica más alegre y heroica, y por lo tanto nietzscheana, consiste en la reiterada afirmación de *otra eternidad*, una de infinita y pródiga actividad. Y es que la incesante creación y destrucción de todas las cosas bajo el yugo de la

¹² Schopenhauer, Op cit. p.298

voluntad, el ser del devenir siempre en transformación, lleno de sed, también lo está de amor. Lo que en Schopenhauer se nos mostraba como carencia, la sed de la voluntad, aparece reinterpretado en Nietzsche como potencia, voluntad de poder.

¿Pero cómo se llega a percibir la voluntad no solo en mi vivencia física y psicológica particular sino en el resto del mundo? ¿Por qué universaliza Schopenhauer la voluntad? El argumento del filósofo sigue de esta manera: como la voluntad no es en última instancia “mi” voluntad, sino esa “gran voluntad” que quiere en todos los fenómenos y es la misma en todos ellos, tener una percepción íntima de la voluntad en mí, es a la vez poder conocer la esencia de todas las demás cosas. Pues el nexo inmanente que une en el fondo a la multiplicidad, es la Voluntad que todas ellas comparten. Anteriormente ya expuse mi objeción a esta idea, que hace desprender lo múltiple del Uno, en vez de lo uno de lo Múltiple, como por mi parte hago. Para Schopenhauer, la trágica existencia de la multiplicidad fenoménica queda salvada por su “cosa en sí”, que es la una Voluntad subyacente que permanece idéntica toda ella, y que mantiene como anudados todos los fragmentos a la única raíz del mundo. Esta mirada compasiva de la vida, yo agregaría complaciente, es ingenuamente optimista y no pesimista como se le tiende a considerar, pues nos permite descansar la cabeza sobre la idea de que no importa que cada particular quiera una cosa distinta y estemos en guerra ya que esencialmente, fundamentalmente, *somos* idénticos. Aquí critico yo precisamente el no tratarse el pensamiento metafísico de Schopenhauer uno de la diferencia sino de la semejanza. El filósofo no destruye el prejuicio moral de “la igualdad” o el lógico de “la identidad”, y por eso creo no se debe considerarle un pensador ni de la irracionalidad ni de la singularidad. Por mi parte, mirar la Voluntad, como núcleo único del ser al cual están subordinadas tiránicamente todas las diferencias, es una mera “petición de principio”, un pretencioso intento de cruzar el abismo alcanzando la objetividad o verdad absoluta con un instrumento (la razón) que solo puede conocer lo que está dentro de sus límites. Las voluntades o la

multiplicidad de fuerzas en pugna no solo quieren distintas cosas, sino que también *son* onticamente todas ellas distintas unas de otras: *variaciones de intensidad*, variaciones en la intensidad del querer y poder vivir. Toda semejanza o identidad entre ellas y consigo mismas que uno quiera atribuirles ya no pertenece al “campo de inmanencia” como tal sino a las simplistas lucubraciones de la mera representación, y consiste en un logocentrismo tornarlas representables abstrayéndolas en un sistema de categorías. Tal operación del entendimiento es reduccionista, y vale para la manejabilidad del mundo pero no vale para el rigor del pensamiento que la filosofía exige de nosotros. Aquí aparece la exigencia de un Otro lenguaje limítrofe (“Razón limítrofe”, Trías), mucho mas complejo, para hablar del ser de lo múltiple y del devenir sin caer en el prejuicio lógico de la identidad o de la semejanza, un modo de querer “decir las cosas” que es simultáneamente escucha a la vida, y que nos permita un romance más afinado con lo indecible o el misterio. La poesía, la música, el arte, pero también lo deseamos: la filosofía. Un lenguaje conceptual para la pura diferencia que no abstraiga ni fije el ser del devenir en categorías sino que le sirva de vehículo de expresión, un lenguaje abierto y por lo tanto también en devenir, fluido, es decir, queremos filosofar con un pensamiento vivo.

A todas estas objeciones cabe la cortesía de defender a Schopenhauer arguyendo que si bien la voluntad tiene un estatuto metafísico en su pensamiento, no se trata sin embargo de un principio de razón trascendente sino de una fuerza irracional inmanente -sin principio ni fin- al mundo que es su manifestación. Con esto, se le salva quizás de contradecirse, pero quizás no, pues si bien el autor niega todo principio racional, es solo para hacer aparecer otro, la universalidad de la Voluntad, que aunque ella en si misma sea irracional, debemos criticar, no es irracional el modo de proceder el filósofo cuando a través de esta nueva categoría se sirve para repensar otra vez *un* fundamento del mundo. Un poco siguiendo el método cartesiano, Schopenhauer a mi parecer dice “puedo dudar de todo menos de mí Voluntad, y de ahí desprendo *la* verdad

universal de La Voluntad en todas partes”. Es pues a partir de ese nuevo principio (el no-principio) que Schopenhauer funda su *sistema* de pensamiento. ¿Paradoja o contradicción?

Ahora bien, volviendo un poco, si la voluntad es la esencia del mundo, y si esta es irracional, infundada, cabe no sólo preguntarse si la razón es útil para aproximársele (a la voluntad) sino además si la mismísima razón realmente es racional. Más atrás afirmé que percibir y pensar, en suma representar, es una forma de la voluntad irracional que sólo parece distinguirse de ella por el tipo de universo aparentemente estable que crea. Pero esa estabilidad, podría sin duda ser una de sus locuras, un caos ordenado, un “sueño de la voluntad”, como de hecho afirma Schopenhauer. Si el mundo esta desfondado en su más íntima realidad ¿qué son las representaciones sino intentos fallidos de la voluntad de fundar un mundo objetivo, un “qué” donde satisfacerse o contenerse? Nuestros pensamientos mejor organizados y hasta más científicamente demostrados, son tan irracionales como el abismo (Ab-grund) del cual emergen hacia ésta superficie, la existencia. Se ha dicho, “por el fruto conocerás árbol”. Primero, con el racionalismo se creyó que siendo nosotros “hombres racionales” la vida toda también debía de serlo, y ya pretendíamos haber conocido el árbol de la vida por el fruto, y estábamos a salvo en el Edén de nuestro conocimiento lógico de la vida, que no era sino ingenuidad (Hegel). Pero luego, apareció la serpiente mítica para darnos la sabiduría profunda (dionisiaca) que se obtiene al penetrar en la existencia y no en la abstracción de ella, y con ello necesariamente nos vino la intranquilidad del corazón, pues la serpiente nos confesó (con el fracaso del proyecto ilustrado como demostración) la vida un impulso irracional e inconsciente, ciego querer como ella misma, que ahora se ponía de ejemplo. El “saber” que la serpiente nos dio, lo que nos hizo auténticamente sabios, fue justamente el “no-saber”, pues ella nos condujo, por el rigor del mismísimo discernimiento (“conocimiento del bien y del mal”) a la caída en un “abismo” (Ab-grund, Heidegger) del cual ningún pensamiento podrá rescatarnos, pues ya nada podrá salvarnos del desengaño de nuestra propia capacidad de *llegar* a un

saber o poder absolutos. A partir de ésta caída y ésta expulsión de un segundo Edén -el racionalismo- guiados todavía por la serpiente, llegamos al momento álgido del nihilismo donde la Razón por rigor de sus propia sed de verdad (en Nietzsche, "voluntad de poder") terminó por negarse a sí misma. Sumando a esto dos guerras mundiales, hoy en día ya nos es *afortunadamente* imposible suturar la herida de la existencia con nada, o lo que es lo mismo, pero en el plano epistemológico: nos es imposible franquear los límites de nuestro entendimiento para asir la exterioridad de *una* realidad. Pero ésta asumida "miseria" es sabiduría, un logro que debiera alegrarnos, porque nuestro choque con "el límite" es al mismo tiempo *posibilidad*, apertura a múltiples interpretaciones vencida ya la idea de un Sentido Único. El círculo lógico que cerraba herméticamente la realidad, ha devenido espiral tras su rotura en uno de sus giros, fractura provocada por el exceso de fricción del pensamiento que reflexionaba en sí mismo. A partir de entonces la realidad permanece abierta a ser revisada desde múltiples perspectivas o escuchada con otros oídos, y hasta nos es posible afirmar que: perspectiva y voz es toda realidad que hay. Desde tal relativismo *somos sabios por cuanto no sabemos*, y éste "oscurecimiento" o eclipse, se presenta como una nueva luz (lucidez), la lunar de la noche, ese "sol negro" y no el sol diurno de un tipo caduco de racionalidad. Para el propósito de esta tesis definamos: *todo pensamiento que se piense y, toda obra que se realice, en pleno reconocimiento de éste abismo que nos separa para siempre del saber o del poder absoluto, es lucidez*. Pero no se me confunda, no propongo "la humildad" o el pensamiento "débil". La inteligencia no se posó en el abismo para tirarse de cabeza y morir o callar, ni tampoco para mostrarse pálida de angustia o de terror, sino para afirmarse desde ahí, *desde su límite*, más poderosamente. Siguiendo a Zaratustra en esto, me parece que la inteligencia ha de permanecer colgada cual serpiente, del cuello de nuestro orgullo, el águila en vuelo:

Y he aquí que un águila cruzaba el aire trazando amplios círculos y de él colgaba una serpiente. No como si fuera una presa, sino una amiga: pues se mantenía enroscada a su cuello. "¡Son mis animales!, dijo Zaratustra, y se alegró de corazón. El animal más orgulloso debajo del sol, y el animal más inteligente debajo del sol- han salido para

explorar el terreno. Quieren averiguar si Zaratustra vive todavía[...]Ojalá fuera yo más inteligente de verdad, como mi serpiente! Pero pido cosas imposibles: ¡por ello pido a mi orgullo que camine siempre junto a mi inteligencia! Y si alguna vez mi inteligencia me abandona- ¡Ay, le gusta escapar volando!- ¡que mi orgullo continúe volando junto con mi tontería!¹³

La voluntad, estando desfondada como el barril de las Danaides, es decir, siendo un querer siempre insatisfecho que nada lo contiene ni lo detiene, lleva sí, una fuerte carga de sufrimiento. La voluntad de vivir nada tiene que ver con “alegría de vivir” sino con un suplicio constante, tanto para Schopenhauer como para Cioran (como creo estar demostrando, no me adhiero a ésta postura) Pero en ambos casos no se trata simplemente de amargura ni de pesimismo, sino de asumir una realidad: que como seres de la voluntad nos es imposible hallar compleción en ninguno de los objetos del mundo. Pasamos de uno a otro (objeto) como de pensamiento en pensamiento, pues a la vez que todo se moviliza en nosotros para asirnos de “algo” -bien sea por necesidad o por capricho- si llegamos a alcanzarle, inmediatamente iniciamos la carrera por algo más, buscándonos un conflicto. Los seres humanos somos doblemente intolerantes al sufrimiento y a la felicidad, porque lo que la voluntad quiere no es escapar de sí misma en la muerte o en la vida respectivamente, sino afirmarse a sí misma, o sea, quiere su propio querer. Así es que, contrariamente a Freud, quien colocó a los instintos (a la voluntad) al servicio de la vida o de la muerte, sostengo que la voluntad en tanto que solo “quiere querer” se halla doblemente en pugna tanto con una vida feliz como con una muerte liberadora. La voluntad se alimenta de la irresolución de lo conflictivo, y en este sentido se encarga de que nada esté totalmente vivo ni totalmente muerto, sino atorado entre los dos. La voluntad no busca el placer o el dolor, sino el estado intermedio, el esfuerzo y estímulo constante mas que el resultado absoluto que le pusiere fin. Que la voluntad falle en lo que quiere le es necesario, pues quiere querer, quiere su malestar, como se muestra claramente a continuación:

¹³ Federico Nietzsche, *Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie*, Tr. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial 3ª edición, 2000, pp. 48-49

El deseo es por su naturaleza doloroso, la satisfacción engendra al punto la saciedad; el fin era sólo aparente; la posesión mata el estímulo; el deseo aparece bajo una nueva figura, la necesidad vuelve otra vez, y cuando no sucede esto, la soledad, el vacío, el aburrimiento nos atormentan y luchamos contra éstos tan dolorosamente como contra la necesidad. Para que una vida transcurra felizmente es necesario que entre el deseo y la satisfacción no medie un tiempo ni demasiado corto ni demasiado largo, porque de este modo se reduce el sufrimiento que ambos causan.¹⁴

La voluntad en nosotros quiere querer, solo a nuestro juicio parece que queremos “ésto” o “aquello”. Parece que lo que evita la voluntad en dado caso es estar desempleada, inactiva, ello se vuelve evidente cuando contemplamos en la procesión histórica y maniática, cómo desde las cavernas, venimos voluntariosamente construyendo (fundando) el paraíso que añoramos a la vez que destruyendo el estado de cosas presente (revolucionando) No por nada Schopenhauer compara a la voluntad con el Dios Shiva del hinduismo, quien con muchos brazos, se encarga de la construcción y destrucción de los mundos. También recordemos al niño divino de Heráclito.

La voluntad en sí, no esta “preocupada” por la forma de manifestarse, sino “ocupada” en seguir su querer. No es moral ni inmoral, sino amoral. Es decir que, es tan bueno para la voluntad una guerra como un esfuerzo por prevenirla. Si con Cioran, imaginamos a la Voluntad como un “aciago demiurgo” tendríamos que pensarle como lleno de malestar, intentando curarse (remediar) del hastío y el vacío produciendo acontecimientos:

Esta incapacidad de permanecer en sí mismo, de la que el creador debía hacer una demostración tan irritante, la hemos heredado todos: *engendrar* es continuar de otra forma y a otra escala la empresa que lleva su nombre, es añadir algo a su creación por un deplorable remedo¹⁵

El bien y el mal no importan a la voluntad, siempre y cuando se mantenga entretenida, hacendosa, movediza, hacer lo uno o lo otro da lo mismo. Ella quiere y busca la cantidad de experiencia, el sentimiento aumentado de su

¹⁴ Schopenhauer, op.cit, p. 317

¹⁵ Emile Cioran, *El aciago demiurgo*, Tr. Fernando Savater. Madrid: Taurus ediciones, 2000, p. 15.

potencia (“voluntad de poder”), no la cualidad, de ahí que el placer y el dolor le sirvan igualmente para perpetuarse. No concierne a la voluntad ganar o perder el juego, sino que nunca termine, pues halla su eternidad en *siempre* estar insatisfecha, en *nunca* acabar. Es en este sentido que la voluntad es creadora de Tiempo, pues queriendo es como demora el coincidir, lo que significaría su fin. Como seres de voluntad que somos (no tenemos sino que somos voluntad), seguimos andando, no coincidiendo, y aunque pareciera que buscamos terminar, y nos pongamos nostálgicos respecto a un origen o una meta utópica, ésa persecución de un sueño ya es, en sí misma, otro modo de ponérselo a lo lejos para nunca realizarlo, y así, perpetuar la ida. Lo perdido y lo añorado en realidad es lo que evitamos, pues ponerlo siempre lejos es el modo de por siempre quererlo, preservando vivo el lance eterno del amor.¹⁶ Y ese lance en el perfecto amor es lo que llena el alma, no la captura de la presa. Es decir que, querer siempre será mantenerse a raya de lo querido, precisamente queriéndolo y nunca acabándolo de poseer.¹⁷ Aplica bien el dicho “de la discordia nace el amor”, porque la no-coincidencia, el desacuerdo perpetuo, es el amor inagotable que renace. La filosofía misma existe gracias a que por un amor insaciable, los pensadores nunca concuerdan, sino que difieren y trazan sendas. A diferencia del amor platónico, jamás aprehenderemos ningún Ser, jamás poseeremos lo Otro, “el Bien”. Porque siempre el amor, la voluntad en nosotros, estará exigiéndonos superarnos y transportarnos, mas allá de toda actualidad o realización. Y ésta actividad, éste viaje sin meta, es la autentica eternidad, no un “ser inmóvil” que se conquista escalando una montaña, de finitos escalones. En esto consiste lo que quiero llamar *la lucidez del amor*: uno que asume lo inalcanzable (el objeto) pero en tanto plenitud de deseo. Si la herida que cupido hace con su flecha cerrara, dejaríamos de amar, pero como no cierra, abunda el amar, se desborda la sangre. Todo esto por supuesto, y de lleno, contra la concepción freudiana del deseo como carencia, o “la voluntad de vivir” como suplicio, o el amor como mera ilusión engañosa. Pues lo engañoso no se

¹⁶ A sostener, la identidad entre “amor” y “voluntad”

¹⁷ Es mi interpretación de la *Minne*, el amor sublime de los trovadores.

encuentra en el amar mismo, sino en el querer una imposibilidad, su consumación. “Felicidad” que además destruiría el amor, y por lo tanto, realmente infelicidad. La “inmortalidad” de un alma enamorada, de un ser que es querer, no radica en lograr al fin perpetuarse en un objeto, sino en que su querer no alcance jamás fin, permaneciendo así por siempre incompleta. El no cierre, la no-conclusión, la reiteración de la voluntad (el “eterno retorno” de Nietzsche) hace del devenir, *otra eternidad*. Pues como dijimos mas atrás, la voluntad quiere su querer, no una cosa, no un estado, sino su propia afirmación. En el amor perfecto, querer no es el medio sino un fin en sí mismo, y el goce no es sino sobreabundancia de voluntad, ídem, amor.

Es un rasgo típico de la voluntad su incapacidad de coincidir con nada, pues querer nos saca de lo que esté presente y del presente mismo, llevándonos más allá. La existencia del movimiento no es sino la in-coincidencia de la voluntad con “algo” fijo. Podemos hablar de una voluntad errante, desatinada, necesariamente equivoca, cuya tarea es dar pretextos al encuentro, prorrogas a una cita pendiente con la Nada. Peligrosamente, para la voluntad de vivir, no-hacer puede apresurar lo que haciendo y queriendo se esquiva: no la muerte, sino la revelación de la muerte, el vacío. *Natura abhorret vacuum*. De aquí se desprende que lo único que intoleraba la voluntad es la quietud, pues en el gran silencio de ese *horror vacui*, sería destruido el movimiento del todo. Ya para los griegos la noción de “cero” era algo incómodo¹⁸, y es que quien busca y pretende consumir la quietud, necesariamente atenta traicioneramente a la voluntad de vivir. El ascetismo consiste en una forma de *negación de la voluntad de vivir*, concepto importante para ésta investigación, pues el deseo de nada y la nada que desear, pueden ser desgraciadamente los primeros efectos de la lucidez, momento de crisis, vacío y gran dolor, que a mi ver, para completar la experiencia de la lucidez y recuperar la salud, deben ser superados para no estropear el vivir. En otras palabras, ya como resorte de la afirmación de vivir o de la negación (mi apuesta es por la primera), nos interesan los efectos que la

¹⁸ Cfr. Charles Seife en *Zero: the Biography of a Dangerous Idea* E. Penguin Books, USA, 2000

lucidez o el “despertar” puedan o no tener sobre la voluntad. El peor y más despreciable de estos *efectos de la lucidez* es a mi ver: dejar de querer, luego entonces, empezar a coincidir con la Nada, y a querer no-ser. Ya en Schopenhauer el conocimiento, en su grado máximo, puede volverse un *aquietador* de la voluntad. Por su parte, la lucidez en la obra de E.Cioran también es un tipo de conocimiento paralizador de la voluntad de vivir. Bastará comparar el concepto de “conocimiento” que ambos tienen para poder sugerir que se refieren casi a la misma cosa. La obra de Schopenhauer influenció profundamente el pensamiento de Cioran, y podemos hallar rastros de ello tanto en los ensayos como en los aforismos del último. Ambos pensadores a su vez, tomaron mucho del pensamiento oriental para llegar a sus intuiciones de que la voluntad, “querer”, es fuente del sufrimiento individual (y universal) como del que inflingimos en otros y explica una gran parte de los fenómenos naturales, psíquicos y sociales. Ahora bien, si “iluminación” en oriente, “lucidez” en Cioran y “conocimiento de la voluntad y su negación” en Schopenhauer resuenan (aseveración que justifico mas adelante comparando ideas de ambos autores), por mi parte ubicaré a los tres críticamente en la categoría de “nihilismo pasivo” moderno. Crítica que por mi parte haré desde la perspectiva Nietzscheana que es -dígase de una vez- más afín al interés principal de mi tesis: *hacer germinar un concepto nuevo y vital de la lucidez*. Por ahora, vayamos a lo que Schopenhauer considera el punto crucial: cuando la voluntad, por el conocimiento que logra de sí misma, se niega.

1.4 La negación de la voluntad de vivir

El hombre renuncia a su voluntad de vivir porque llega a comprender que es el origen tanto de su mal como el del mundo, y que esencialmente no difieren, pues no están separados el uno del otro. Niega su voluntad porque el conocimiento que tiene de ella le permite ver el sin fin de sufrimientos que acarrea su querer. Abniega de la voluntad porque habiendo querido e ido por lo querido, concluye que sigue igual a como empezó, insatisfecho. El conocimiento

le permite superar la ingenuidad de creer que puede ser feliz “si tan solo...” y empieza a vivir más en el instante presente. Reducir sus necesidades y deseos al mínimo no es en nada una obligación, sino una disposición natural o congénita a la quietud y la austeridad, a la que se suma el entendimiento de que: no se puede ir a ninguna parte ni poseer nada realmente. El conocimiento apaciguador comienza a funcionar al medio asumir nuestra finitud en tanto fenómenos, limite que la voluntad aborrece y ante el cual responde multiplicando los fenómenos, pues sólo sus vehículos de manifestación son finitos, y no ella en cuanto “cosa en sí”. Sin embargo, según Schopenhauer, la Voluntad, a través del fenómeno “hombre”, que existe como momento azaroso de su autoconocimiento, consigue también su “al fin morir”, desde que puede desanimarse a sí misma por la comprensión o revelación que su último espécimen va teniendo de la inutilidad, inanidad, futilidad e insustancialidad de todas las cosas que produce y emprende. Es como si a través del hombre la Voluntad se convenciera así misma con razones de desacelerarse. Aquí a mi parecer es donde debemos ver el gran pesimismo de Schopenhauer, en la implícita aseveración de que en el “hombre” es donde queda mejor demostrado el fracaso de todo querer. No es el ser humano el instante más álgido y positivo de la voluntad, sino el instante donde comenzará, a través de la negación de sí, la parálisis y autodestrucción del universo entero. La negativa a vivir es mas que personal, es metafísica, cósmica. El tema en realidad es védico: después de sucesivas reencarnaciones en diferentes fenómenos incluido el hombre, la Voluntad/hombre ha hallado suficientes experiencias y razones para desmentirse como fuente de felicidad, y sí de dolor. Entonces surge el arrepentimiento de vivir, y la voluntad aparentemente simplemente empieza a distenderse, a rendir pacíficamente las fuerzas en tensión invertidas y orientadas a la consecución de metas imposibles. Por mi parte, debo criticar de todo esto, el hecho de que meramente se trata de una nueva inversión, orientación y meta imposible, y que en el asceta o sacerdote debemos de ver la presencia de otra ambición, incluso menos inocente que la de aquel que solo busca bienes materiales, porque además, ésta su ambición de poder, se disfraza en el santo

de pobreza, sacrificio, novedad, paz y compasión. Pero también, el “ideal ascético” visto desde el ángulo de un vitalismo Nietzscheano* no significa otra cosa que desear morir en vida, ceder a la decadencia a causa del resentimiento, poco amor y nulo agradecimiento hacia ella. ¡Y que mejor que los que quieren perecer lo hagan pronto, dejándonos a otros cultivar la Tierra o recrearnos! Sin embargo, para el renunciante que niega la voluntad de vivir, no solo la muerte y la decadencia se halla del lado del que todavía “quiere vivir”, sino que además, siente o se deja creer hallarse ya en “otra vida”, mucho más intensa, profunda y completa, la de la quietud interior, sentado en un Yo absoluto por fuera del tiempo y el espacio. Visto por ojos modernos y occidentales lo que logra el asceta oriental o el monje cristiano (que quizás le copio el modelo monástico) es una reconciliación con la muerte, con la nada y el vacío, pero visto en sus propios términos, “estaba muerto antes de morir”, y ahora ha resucitado a la eternidad. En palabras de Schopenhauer:

Nosotros lo reconocemos, efectivamente: lo que queda después de la supresión total de la voluntad no es para todos aquellos a quienes la voluntad misma anima todavía, sino la nada. Pero también es verdad que para aquellos en los cuales la voluntad se ha convertido o suprimido, este mundo tan real, con todos sus soles y nebulosas, no es tampoco otra cosa más que la nada.¹⁹

Sintetizando, dijimos ya que la voluntad alcanza su grado máximo de objetivación en el hombre, y que a través de éste ella llega a conocerse a si misma, lo que a nivel individual quiere decir “conocer lo que quiero” o conocer mi carácter. No quiero entrar aquí en elucubraciones sobre el concepto de “carácter” en la obra de Schopenhauer, baste decir que conocimiento de uno mismo, para el pensador, es conocimiento de “mi” voluntad. El conocimiento de lo que quiero, permite cierto distanciamiento de la conciencia, con lo que ésta se emancipa de la voluntad pudiendo ahora “elegir” entre *dos caminos* (aunque haciéndolo sometido todavía parcialmente a la disposición del carácter por lo

* Este “vitalismo” en Nietzsche que alimenta el fuego de la voluntad marca una brecha clara entre su obra y la de Cioran y Schopenhauer, quienes por su parte conservan siempre el tono ascético que los caracteriza.

¹⁹ A. Schopenhauer, op. cit, p. 407.

que es una libertad relativa): 1) seguir queriendo la vida “conciente y reflexivamente” 2) lo contrario y más excepcional, negar la voluntad de vivir con ayuda del efecto apaciguador que el conocimiento de la esencia del mundo nos trae. Esto llega a suceder solo en algunos individuos y depende más del carácter nato, de una disposición inherente a la renuncia, y menos de una decisión conciente. En el primer caso el conocimiento marcha a la par de la voluntad, en el segundo, saber y querer se vuelven incompatibles. En palabras de Schopenhauer refiriéndose al primer y segundo camino:

1) Aunque su objetividad, es decir, la vida y el mundo, le hacen reconocer de un modo claro y constante su esencia propia bajo la forma representativa, **tal conocimiento no dificulta en modo alguno su volición**, sino que esta vida así conocida sigue siendo deseada como tal, como era deseada sin conocimiento, es decir, como impulso ciego, y ahora es querida conciente y reflexivamente.²⁰

2) “Lo contrario, la negación de la voluntad de vivir, sobreviene cuando el conocimiento aniquila a la voluntad, porque entonces los fenómenos de la percepción no obran ya como estímulos sobre la voluntad; **por el contrario, en la concepción de las Ideas, que reflejan la esencia del mundo, encuentra un calmante, un aquietador, que la serena y la impulsa a anularse ella misma espontáneamente.**”²¹

Esta incompatibilidad en el caso de la negación entre el conocimiento y la voluntad de vivir, este efecto apaciguador sobre ella, parece ser la misma que encuentra Cioran refiriéndose a la lucidez cuando, en varios aforismos, a los cuales agregaré abajo una breve interpretación, dice:

“Lo que sé arruina lo que deseo”²²

Como si cierta forma de conocimiento estropeará a la voluntad

“El conocimiento o el crimen de indiscreción”²³

No es un rasgo de la voluntad ser discreta, anónima. En cambio la figura arquetípica del sabio siempre es discreta, humilde, nada protagónica.

²⁰ Ibid, p. 290. (las negritas y los números al comienzo de ambas citas son mías)

²¹ Id.

²² Emile Cioran, *Ese maldito yo*. Tr. Rafael Panizo. Barcelona: Tusquets Editores, 4ª edición, 1998. P.187

²³ Ibid, p.192.

“El desaliento, siempre al servicio del conocimiento, nos revela el otro lado, la sombra interior, de los seres y de las cosas. De ahí la sensación de infalibilidad que proporciona”²⁴

Otra vez, la relación entre lo infalible del conocimiento esencial y los estados de desanimo. Estar desalentado es tener certeza de lo irremediable. ¡Por medio de cuanto engaño salimos de ese estado de desesperanza!

“No hay posición más falsa que la de haber comprendido y permanecer vivo”²⁵

Parece que comprender lo esencial lleva necesariamente a la negación de la vida. Después de despertar, solo falseando, haciendo como que no se sabe, se puede seguir viviendo.

“Solo esta inclinado a producir quien se equivoca sobre sí mismo, quien ignora los motivos secretos de sus actos. El creador que ha llegado a ser transparente para si mismo, deja de crear. El conocimiento de sí indispone al demonio. Es ahí donde hay que buscar la razón de que Sócrates no escribiera nada”²⁶

Es sobre todo en éste ejemplo donde claramente vemos como el conocimiento de mi voluntad (los motivos secretos) es tal, que tiene un efecto apaciguador sobre ella, el “daimon” creador.

De todo lo anterior, y se podrían buscar varios ejemplos más, me permito concluir que la “lucidez” de la que habla Cioran, como tipo de conocimiento incompatible, profanador de la vida, es similar a lo que Schopenhauer llama “conocimiento “apaciguador” de la voluntad de vivir. Son similares en su efecto sobre el deseo, sin embargo, cabe aclarar, se trata de formas o vías de conocimiento diferentes. La “lucidez”, por el lado de Cioran, puede asaltar a cualquiera, no solo a los genios o avatares como parece sugerir Schopenhauer. Incluso un idiota, precisamente por estar vacío de entendimiento, es más próximo a la intuición de las verdades esenciales de la vida, cosa imposible para Schopenhauer, quien le vería totalmente adherido a los jalneos de la voluntad como el resto de la gente “vulgar” que no es intelectual. Habrá que distinguir, que una cosa es un acceso de lucidez, un raptó o arrebató, y otra un discurso

²⁴ Ibid. p. 87

²⁵ Emile Cioran, *Del inconveniente de haber nacido*, Tr. Esther Seligson, Madrid: Taurus, 1981, p. 177

²⁶ Ibid. p. 173

lúcido, ilustrado, escéptico pero estructurado, como es el caso de “El mundo como voluntad y representación”. Para mostrar esta diferencia, mostraremos la crítica implícita en el siguiente fragmento de un ensayo titulado “Adiós a la filosofía” que Cioran hace al mismo Schopenhauer y a la filosofía en general:

Los grandes sistemas no son el fondo más que brillantes tautologías. ¿qué ventaja hay en saber que la naturaleza del ser consiste en la “**voluntad de vivir**”, en la “idea”, o en la fantasía de Dios o de la Química? Simple proliferación de palabras, sutiles desplazamientos de sentidos. Lo que es repele al abrazo verbal y la experiencia íntima no nos revela nada fuera del instante privilegiado e inexpresable. Por otro lado, el ser mismo no es más que una pretensión de la Nada. Solo se define por desesperación. Hace falta una fórmula; incluso hacen falta muchas, no fuera mas que por dar justificación al espíritu y una fachada a la nada.²⁷

La lucidez más que un conocimiento acabado del mundo acaba con el mundo, es una experiencia íntima e inexpresable del instante. Nada tiene que ver con la claridad intelectual, sino con su imposibilidad. Hay mas lucidez en la perplejidad, en el asombro y en el trauma que en la explicación posterior. Que podamos dar varias de ellas (explicaciones), no significa que estemos innovando, descubriendo nada, sino que damos a los mismos estados anímicos en los que se ha pasado la humanidad desde sus orígenes, a los mismos nodos de conflicto y aporías, nuevas formas de decoro:

El Saber, en lo que tiene de profundo, no cambia nunca: solo su decorado varía. Prosigue el amor sin Venus, la guerra sin Marte, y, si los dioses no intervienen ya en los acontecimientos, no por ello tales acontecimientos son más explicables ni menos desconcertantes: solamente, una retahíla de fórmulas reemplaza la pompa de las antiguas leyendas, sin que por ello las constantes de la vida humana se encuentren modificadas, pues la ciencia no las capta más íntimamente que los relatos poéticos[...]Hegel es el gran responsable del optimismo moderno ¿cómo no vio que la conciencia solo cambia de forma y de modalidades pero que no progresa en nada?²⁸

Y cómo no enfrentar la “lucidez” al “conocimiento” con pretensión de sistema de un filosofo moderno, que afirmaba antes de morir: “La humanidad ha aprendido

²⁷ Emile Cioran, *Adiós a la filosofía y otros textos*, Tr. Fernando Savater. España: Alianza Editorial, 4ª reimpresión, 2005, p. 129.

²⁸ Emile Cioran, *Breviario de podredumbre*, Tr. Fernando Savater. España: Punto de lectura, 3ª edición 2004, pp. 279-280.

cosas de mí que nunca olvidará”. Sin embargo, para Cioran, pensador más fragmentario, el espíritu lúcido es aquel se sabe del todo vano y en el que resuena el fastidio de las palabras del Eclesiastés 1. 2-11:

Según mi entender, nada vale la pena; todo es vano. Pues, ¿qué obtiene la gente de todo su trabajo?. Generaciones vienen generaciones van y todo sigue igual. Sale el sol y se pone, y en rápido giro vuelve a surgir. Sopla el viento del sur y del norte, aquí y allá, yendo y volviendo, sin ir a ninguna parte. Los ríos desembocan en el mar y éste nunca se llena, y el agua vuelve a los ríos y nuevamente fluye hacia el mar. Todo es indecible fastidio y fatiga. Por mas que vemos, jamás nos satisfacemos; por más que oímos, no estamos contentos. La historia es simple repetición.

Por mi parte y, por amorosa dedicación a la creación de un concepto de lucidez más vital, debo enemistarme contra esta “sabiduría” de viejo cadáver (presente en Cioran y Schopenhauer), que en nada nos sienta bien a la salud, los aún vivientes. Iremos viendo que en el “eterno retorno” nietzscheano, según mi interpretación, no abunda la monotonía sino el riesgo, la aventura, pues éste “retornar” no refiere a esas rígidas formas modelo (Ideas eternas o arquetipos) que se repiten “acá abajo” pálidamente (copias) Lo que se repite en el eterno retorno, con mucho vigor y sin cansancio, no son los “números” (pitagóricos) de la tirada de dados, sino *el movimiento del tirar mismo*, el juego del azar. Y los números, las formas e Ideas, sólo son simulacros de ser. Al fondo, dígame, ya no es el Ser sino el no-Ser, es decir, lo sin-fondo. A mi parecer, ésta es la llamada por Nietzsche “inversión del platonismo” que comienza con la “muerte de Dios”. A partir de tal buena nueva, Dios no juega a los dados, sino que los dados juegan a Dios. Esto quiere decirnos que, en el “abismo” (Ab-grund, sin fundamento) que no terminamos de caer ni de salir, pues *siendo fuertes y lúcidos ni nos hundimos en “cero” ni jamás terminamos de convertirnos en “uno”*, nos recreamos a nosotros mismos (y al mundo de valores) en tal “limite”, como el águila que con dolor se despluma a sí misma para regenerarse; pero lo hacemos también cargados de la fuerza afirmativa o alegría del eterno retorno, que encontrará su múltiple expresión en percepciones y lenguajes. Después de todo, si tanto el águila al desplumarse como la serpiente que muda de piel se someten a éstas mutaciones, es solo porque arde en ellas el anhelo de

superarse para elevarse juntos mas alto, por amor al “superhombre”,
Quetzalcóatl que vendría a nacer en uno de los giros del eterno retorno *

*Se exige, desde luego, una nueva investigación para fundamentar más esta interpretación con la que quiero comparar al “superhombre” nietzscheano con el Quetzalcóatl, “serpiente emplumada” de las culturas prehispánicas. Uno de los apodos que se le da a éste dios es el de “príncipe de las transfiguraciones”, y habría que argumentar resonancias con el concepto de transmutación de Nietzsche, así como con el simbolismo de los animales de Zaratustra, el águila y la serpiente, que se presentan reunidos. A mi parecer Nietzsche conocía la bandera mexicana, pero no le pareció que el águila devorase a la serpiente, y por eso creo que en la cita que utilice mas arriba el especifica “ y de ella colgaba una serpiente, **no como si fuera una presa**, sino una amiga...” (las negritas son mías)

II.- EL PROBLEMA ABISAL DEL FUNDAMENTO: DEL PORQUÉ AL POQUE SÍ EN HEIDEGGER.

2.1 La proposición del fundamento (Grund) o el porqué.

La pregunta por el fundamento se cuestiona por el principio de todas las cosas, por aquello que funda y es condición de posibilidad para todo lo demás, en un sentido aristotélico, la “causa primera”, el “porqué” de todo lo que viene a ser, y que como último fundamento, no tiene fundamento otro mas que sí mismo. Después, la proposición del fundamento, explicitada como tal en el pensar moderno, es formulada por Leibnitz de la siguiente manera: “*Nada es sin fundamento (razón)*”. Sin embargo, siguiendo a Heidegger, esta proposición del fundamento no dice nada sobre el fundamento mismo, solo advierte que si algo es, tiene a fuerzas que tener un fundamento racional:

¿Dónde y cómo obtenemos información fidedigna acerca de lo que es un fundamento? Al parecer, por medio de la proposición del fundamento. Y sin embargo, es cosa digna de nota que en la proposición del fundamento no se trate del fundamento en cuanto tal. La proposición del fundamento dice mas bien: todo ente tiene necesariamente un fundamento. La proposición del fundamento presupone, por su lado, que esté determinado lo que sea fundamento(...)la proposición del fundamento no nos ayuda mucho en el intento de esclarecer en que consista la esencia de esto que se llama fundamento¹

Entramos además en un terreno oscuro cuando preguntamos por la esencia del fundamento, pues si el fundamento de todas las cosas no tiene fundamento, porque es último y fundador, y además, si todo lo que es, a su vez supone un fundamento, tal como reza la proposición, entonces el fundamento mismo en

¹ Martin Heidegger, M. *La proposición del fundamento*, Tr. Duque, F y Pérez de Tudela. J. España: Serbal, 2003, p. 30.

tanto algo que decimos ser, porque de hecho decimos de él como si fuese cierto que “es”, requeriría de otro fundamento, y entonces, ya no estaríamos diciendo nada de ese último fundamento que buscamos. Es decir que, aquí hay un problema, una paradoja, por un lado decimos que el fundamento es o que hay un fundamento, pero si esto es cierto, si el fundamento pertenece a las cosas que son, entonces ¿cuál es su fundamento de acuerdo a la proposición “nada es sin fundamento”? Además, si al fundamento mismo puede interrogársele otro, ya la pregunta misma lo pone en entredicho, sacándonos ágilmente por sí sola fuera del terreno de lo último o más esencial:

En resumen: dada una proposición que designa un estado de cosas, siempre puede tomarse su sentido como lo designado de otra proposición. Si convenimos en considerar la proposición como un nombre, sucede que todo nombre que designa un objeto puede convertirse a su vez en objeto de un nuevo nombre que designe su sentido: dado n1 remite n2 que designa el sentido de n1, n2 a n3, etc. Para cada uno de estos nombres, el lenguaje debe contener un nombre para el sentido de este nombre. Esta proliferación infinita de entidades verbales es conocida como paradoja de Frege.²

“Nada es sin fundamento”, si se examina, encierra una paradoja a la vez que advierte la imposibilidad del lenguaje de adentrarse en el *fondo* sin equivocar o perderse. Podemos indagar en ese pretendido fondo (Grund), pero cualquier intento de acceder al fundamento en cuanto tal, nos coloca mediatamente en el plano de los entes fundados, de los predicados “acerca de” algo (un sujeto) y no dentro de ese algo mismo (la esencia del fundamento):

Según la doctrina gramatical, la proposición simple consiste en el enlace de un sujeto proposicional con un predicado. Éste, el predicado, se aduce del sujeto, se predica del sujeto. Pero, ¿qué significa sujeto? El latín *subjectum*, el *hypokeímenon* griego, significa: Lo que se halla de fundamento, lo que se halla ahí delante como fundamento en pro, en efecto, de la enunciación sobre el mismo. Esto quiere decir que lo que una proposición sea se deja únicamente esclarecer, igualmente, si previamente hemos aclarado en qué se basa la esencia del fundamento. Lo que sea una proposición-fundamento queda oscuro³

² Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*. España: Paidós, , 2005 pp. 57-58

³ M. Heidegger, M. Op. cit. p. 30

La dificultad, el “límite”, radica en que cuando hablamos, nunca predicamos sobre algo “en sí” sino sobre predicados de otros predicados, *ad infinitum*. Es decir que, la proposición del fundamento queda siempre corta, nunca alcanzando a decir o apropiarse de la cosa misma. El lenguaje permanece restringido a su propio plano: precisamente el de las proposiciones acerca de “algo”, que no se deja ver del todo y siempre se oculta. De este modo, el pensamiento existe enclaustrado en un universo lingüístico infinito, en una virtualidad uroborica*, y no accede nunca al lugar o meollo del “ser en tanto que ser” (sujeto) de los entes y las proposiciones.

Interpelados, exhortados a decir lo imposible de decir, Heidegger pretende hablar acerca de “algo” que no son solamente otros predicados, atributos o rostros del Ser, sino llegar mas bien a enunciar “aquello que habla en lo hablado”(Anspruch) Pero el Ser, lo que habla en lo hablado, se oculta a la vez que desoculta, y este juego es el “sino del ser” (su si y no), parecido al juego del gato y el ratón, a la danza, o bien, al cortejo de los enamorados. Lo esencial se escurre como mantequilla al tratarlo de asir con fuerza, pero deja un rastro en nuestra mano: la historia acontecida del ser en tanto lo venimos pensando (el ser) de distinto modo, de época en época. Para aproximarse al fondo, Heidegger irá desmontando esta historia ontológica del pensar (el ser), dejándolo hablar, queriendo permitirle ser tal cual es, sin aquella actitud dominativa producto del tipo de razón moderna tecno-científica o metafísica. La invitación de Heidegger a mi parecer, es a situarnos por medio de lo que llama “salto transposicional”, en el “sino del ser”, a la escucha de un “lenguaje originario” que en relación de juego con lo llamado *ser: fundamento*, intente decir sin poder jamás agotar, lo referido con el nombre “ser”. Sólo así podemos todavía hablar del ser en tanto que ser, haciendo al pensamiento dar un “salto”:

* “Uroboros” es un monstruo en la mitología alquímica que resuena a mi parecer con el “logos” que se piensa a si mismo, con la racionalidad ensimismada, auto-referencial y sin conexión a aquello supuestamente “Real” y exterior a sus eternos giros. Vivimos en un mundo-serpiente enteramente virtual, constituido de meros predicados de predicados, y de estratos yuxtapuestos.

La proposición del fundamento no es solo pro-proposición en el sentido de proposición fundamental suprema. La proposición del fundamento es una brusca trans-posición en el sentido de ser un salto(...)ya no nos es lícito decir que la proposición del fundamento es una proposición acerca del ser, sino que tenemos que decir que la proposición del fundamento es una transposición al ser en cuanto ser, es decir, en cuanto fondo.⁴

2.2 El ser: abismo/ fondo (Ab-grund) y sin porqué.

La distinción entre el ser” y el ente, radica para Hiedegger en que el primero estando desfondado, es principio de todo lo demás sin tener principio. Ser y abismo se identifican. Quizás podamos llamarle “fondo” de toda realidad a ese sin-fondo, pero al hacerlo, al pensarlo o enunciarlo como “algo”, ya lo convertimos en ente en nuestro intelecto, y deja de ser el ser en cuanto tal. La proposición “nada es sin fundamento” no aplica al ser fundante, solo al ente fundado. El *ser: fondo/abismo* no tiene fundamento racional, carece de “porqué”:

Ser “es”, en esencia, fundamento. Por eso el ser nunca puede, para empezar, tener aún un fundamento que lo fundamente. Conforme a ello, el fundamento queda fuera del ser. El fundamento permanece distante del ser. En el sentido de un tal permanecer-distante el fundamento respecto del ser, el ser “es” fondo y abismo (Ab-grund). En la medida en que el ser, en cuanto tal, es en sí fundante, él mismo queda sin fundamento. El “ser” no cae bajo el dominio de la proposición del fundamento, sino sólo el ente⁵

Podemos a pesar de lo difícil que será, preguntar por el ser o la esencia de “ese” abismo, “andar de camino” a la respuesta, orientar el pensamiento fuera de sus casillas, salir de “la ciudad” hacia el “bosque oscuro”, pues solo así estaríamos pensando ya no limitados por la representación o forma del pensamiento moderno. Para “avistar” lo referido, no debemos identificar pensar y representar, pensar es andar de vuelta y de ida al ser (sino del ser), jugar el corresponder, representar por el contrario, es imponer o preponer un marco rígido donde contener y organizar todo en función de un fundamento pensado y supuesto, una ley o principio rector. Establecer lo que el ser es, confundiendo al ente con el ser, queriendo hacer pasar nuestra palabra por la “cosa en sí” (realismo ingenuo de la metafísica), llevando además a la vida a someterse a un

⁴ Ibid. p. 85

⁵ Ibid. p. 82

sistema de categorías organizado jerárquicamente, convirtiendo el fantasma en rey del mundo (sea el Ser, Dios, o el Capital), eso no ha sido sino un esfuerzo lógico al servicio de la dominación política e ideológica de lo Otro. “Ponerse” en cambio en el lugar (en su lugar) del ser en cuanto ser, mas que una pro-posición -según Heidegger- es una trans-posición:

Poner es estar fuera de sí, vivir en aquello que, por esa posición, alcanza fondo y raíz. El pro-poner es, así, un trans-poner; un ponerse, no en lugar de otro, sino un ponerse en *su* lugar, dando así ocasión, dando *lugar* a lo otro. *Satz* es una trasposición, un *salto*. Solo en el salto la proposición (se) pone. Antes, es mera pro-puesta.⁶

El fundamento en tanto que ser, es elusivo, insustancial, precisamente porque carece de sustancia no lo podemos pensar como una cosa, pero si no es una cosa, ¿qué es? ¿cómo podemos hablar de algo que no es un ente? Encaminarse a pensar el fundamento sin caer bajo la presuposición de que es una cosa fija que nos espera, implica cierta pericia y *lucidez*. Se le tratará como un “algo”, como una cosa – pero sólo para poderle interrogar- a ese *ser*: *abismo/fondo*, aun cuando precisamente se sabe, nuestro “objeto” de interrogación es *lo no-objeto*, lo indefinido (*apheiron*). En este sentido, podemos decir: el ser indefinido, sin fundamento pensable (misterio del ser) pero fundador de todo pensamiento, es sin-fondo, irracional sin “por qué” pues si tuviese un “por qué”, no sería desfondado (abismo), ni tampoco fundador de todo ente, pues algo le precedería:

En la medida en que el ser abre su esencia como fundamento, no tiene el mismo ningún fundamento. Y ello, sin embargo, no por el hecho de que se fundamente a sí mismo, sino porque toda fundamentación –y también, y justamente, la fundamentación por si misma- sigue siendo inadecuada al ser como fundamento. Toda fundamentación, toda apariencia de fundamentabilidad, tendría que deponer al ser, hasta hacerlo algo ente. Ser se queda como ser-carente-de-fundamento. El fundamento –entendido como un fundamento que por vez primera fundamentara al ser- queda pendiente y distante del ser. Ser: el fondo-y-abismo.⁷

⁶ Ibid. p. 9 (En la nota de los traductores)

⁷ Ibid. p. 153.

“*Nada es sin fundamento (razón)*” parece no aplicar para el ser mismo, que acontece sin razón (o cuya razón es un acontecer porque sí) Ya esta excepción a la regla, desmiente la proposición como tal, pues ya algo es sin fundamento: el ser mismo. Pero además, si lo primero (el ser fundante) no tiene razón de ser (fundamento pensable), y si eso primero sin razón quiere dar razón, y ser principio, de lo segundo (los principios fundamentales, leyes) se encontrará que estos mismos están de hecho des-fundamentados, por surgir de lo primero, el ser: *fondo-abismo* irracional. La proposición del fundamento que reza “Nada es sin fundamento”, queda por esta lógica, apoyada en la paradoja de Frege, demostrada incorrecta y todavía invertida, pues de cierto debiéramos decir: “Todo es (o todo ser es) sin fundamento (racional)” equivalente socrático en el dicho “*lo único que sé, es que no se nada*”. A esta destrucción del propio pensamiento como posibilidad de conocimiento alguno se llega irónicamente por el rigor en el pensar, lográndose así, para bien o para mal, perforar cualquier justificación racional de lo que acontece, porque lo mostrado por este método, a donde este “camino” Heideggeriano lleva con excepcional lucidez, es a la revelación esencial, el abismo y su asombro:

“Por esencial debe entenderse aquí lo que no remite a ningún discurso ulterior, lo que no es comienzo, punto medio ni conclusión de ningún razonamiento; lo esencial es aquello que desvanece los fundamentos mas remotos y las causas primeras de todo lo que el verbo del mundo nos había enseñado, sin ponerse a si mismo como fundamento ni pretenderse fundado en nada. Más que un resultado coherente, lo esencial es la volatilización de la coherencia...En una palabra, quien ve lo esencial se cura de los discursos que explican el mundo, lo justifican o fundamentan su realidad, de todas las formas de pedantería o ingenuidad que creen poder suministrar una respuesta al “¿qué es esto?” del niño”⁸

2.3 El sin-porqué o la des-estratificación del cuerpo disciplinado.

Ahora bien, ¿qué de lo fundado puede ser razonable, si lo fundado descansa sobre lo irracional? Nada. Sin embargo, la “tonalidad” de la búsqueda metafísica,

⁸ Savater. F *Ensayo sobre Cioran*. Ed. Espasa Calpe, España 1992. Colección Austral. Pág. 75

que es la del porqué, insiste y presupone que existen para la vida razones “claras y distintas”, justificaciones, y que nuestra racionalidad es racional, en vez de cómo hemos demostrado: sin-razón, delirio, presuposición sin fundamento. El pensamiento “del porqué” es uno atado al principio de causalidad, a la necesidad humana de fundamentos, argumentos racionales que justifiquen el existir (petición de principio) y lo ordenen controlando su azar (el “cuidado”) Requerimos un pre-texto (texto antes del ser), una explicación que anteceda el “Sí” a la vida, que haga justicia respondiendo al malestar (nostalgia y melancolía) del hombre existencial como remedio o fármaco a nuestro no-saber y no-poder. Fijaciones de la razón, (instituciones mentales y sociales) fantasmas que nos ayuden a soportar nuestra pobreza y finitud y que también se han apoderado del cuerpo, disciplinándolo. Todo nuestro juego de simulación de fundamentos poderosos sirve para ser organismos organizados, para instituir un Cuerpo con órganos y tener de donde sujetarnos, estar y ser sujetos de algo: un fundamento pensado (o varios), un Estado (psicológico y de derecho) Por el contrario, cuando concedemos que el ser es sin porqué y todavía “porque sí”, o ya existencialmente, que somos porque sí y sin porqué, devenimos límite resistente al “Juicio de Dios”⁹ o “cuerpos sin órganos”, pues la creencia en un orden racional donde éramos órganos de un Cuerpo trascendental, al servicio de un Todo coherente, causal y sin contradicción (Hegel), queda abolida por la lucidez que desmonta todo este pensamiento dominativo para descubrir sus raíces no en un suelo (grund) sino en lo sin-fondo (ab-grund) La lucidez además, nos permite aceptar la necesidad de ficciones, únicos soportes falsos y provisorios de realidad. Ficciones creadas que al recrudecerse y ganar supuesta autonomía, se han rebelado contra el cuerpo creándole a su pura condición energética, un centro operatorio: la conciencia o la ficción de la identidad, del “yo”. Han poseído y sometido al cuerpo, que es su propia fuente, cual vampiros

⁹ Todo lo que todavía vive sanamente ofrece resistencia al “Juicio de Dios”. Resistencia que significaré aquí, como aquella voluntad de vivir quiero no se presenta ante el “tribunal de la Razón”, organizadora de organismos. Esta resolución a abolir todo juicio estructurante lo retomamos del poema de A. Artaud, *Para acabar con el juicio de dios y otros poemas*. Argentina: Ed. Calden. Colección *El hombre y su mundo*. 1975. Conviene relacionarlo con Heidegger en un aspecto: abolir a Dios es abolir, también por medio del sobrio desmontaje ontológico y no solo por el peyote, cualquier fundamento racional, abismarse en lo sin-fondo.

o espectros (fuerzas reactivas), pues lo han alineado y orientado hacia fines, cual si el cuerpo fuese “apenas” un mero instrumento del “Espiritu”, en tanto “Logos”, y no al revés, como lo pide nuestra salud: que todo lo espiritual sirva de mero medios para la realización del cuerpo en toda su potencia. ¡Es terrible!, abstrayéndolo de su pura inmanencia, el cuerpo se ha tornado sólido, y se ha vuelto la cosa de un Yo, su objeto o propiedad. Con ello por supuesto, el cuerpo ha perdido toda su libertad. A la lucidez en tanto proceso despertador de todo sueño dogmático o camino del desencanto y la desesperanza, corresponde una paulatina des-estructuración o des-estratificación corporal, una *transfiguración*. ¿Cabe la posibilidad de una interpretación de la transfiguración y resurrección del cuerpo de Cristo en tanto realización de un cuerpo sin órganos? ¿No fue el auténtico mensaje o la intención del Nazareno la salvación y la abolición del Juicio de Dios? Tema de otra investigación. Baste decir que el programa de experimentación es un movimiento de liberación que consiste en la disolución de los estratos, o mejor dicho, es la propensión hacia “ello”, pues habría que pensar el cuerpo sin órganos siempre como algo provenir, y nunca como algo actual. Mas lucidez menos Juicio, y menos juicio, más amor. El organismo estratificado es el dominativo Juicio de Dios, y el “*cuerpo sin órganos*”¹⁰, por el contrario, un proceso de experimentación hacia la abolición del Juicio. Para aclarar todo esto más, escuchemos decir a Deleuze/Guatarri:

El organismo es un estrato en el CsO [cuerpo sin órganos], “un fenómeno de acumulación, de coagulación, de sedimentación que le impone formas, funciones, uniones, organizaciones dominantes y jerarquizadas, trascendencias organizadas para extraer de él un trabajo útil. Los estratos son ataduras, pinzas”¹¹

El CsO sufre ese juicio de Dios, sobre él se trabaja para realizar una labor de plegamiento fatal; el juicio de Dios lo arranca de su inmanencia, le hace un organismo, una significación, un sujeto. Él es el estratificado. El CsO es un límite, nunca se acaba

¹⁰ El “cuerpo sin órganos” según Deleuze/Guatarri sería el objetivo de un programa de experimentación: “*El CsO es lo que queda cuando se ha suprimido todo. Y lo que se suprime es precisamente el fantasma, el conjunto de significancias y de subjetivaciones*”. Precisamente, el organismo, se encuentra estratificado en tres distintos niveles que impiden la liberación del CsO: el organismo, la significación, la subjetivación.

¹¹ Deleuze G & Guattari, F. *Mil Mesetas, capitalismo y esquizofrenia* Ed. Pre-Textos, 2002, p. 164.

de acceder a él, se necesitan muchos estratos para hacer el juicio de Dios. Se produce un combate perpetuo y violento entre el plan de consistencia, que libera el CsO, atraviesa y deshace los estratos, y las superficies de estratificación que lo bloquean o lo repliegan¹²

Este otro cuerpo (drogado), confundido porque no sabe, desfondado, por la experiencia de intuiciones prohibidas, indisciplinado, no rígido, derramado en varios sentidos, deseos contrarios y diferentes, sin orientación metafísica, des-sistematizado, no puede instituirse más a sí mismo como régimen organizado en torno a un fundamento pensado, ni tampoco en aras a una única finalidad (objetivo), sino que seguiría mas bien nómada el flujo de un deseo tras otro (hedonismo), y de un sentido a otro sin pretensión de verdad, en constante devenir. Rompe con el egoísmo (centralismo) de un solo objeto, con la monogamia de un pensamiento único, y tiende a la poligamia (abre su amor) de un pensamiento múltiple, pues el deseo brota como un riego en varias direcciones cuya tendencia es alejarse cada vez mas del centro o de todo origen, descentralizarse, no tener principio rector, vivir dislocado, cual amante alocado. *Ventaja y el peligro* de todo esto: la no-adhesión a ideología alguna. Este es el *modus vivendi* trágico, quien deja la familia o lo familiar en un viaje sin retorno y a ningún punto pensado. No es un viaje dialéctico, es un arrojado fuera de sí, en línea de fuga perpetua hacia lo Otro desconocido.

Entonces, lo que des-fundamentar permite, tanto por el ejercicio traicionero de una razón crítica de sí misma como por el instante de la captación de “lo esencial”, es absolver al ser “en tanto que ser” de tener que comparecer frente al “tribunal de la razón” que no quiere dejarle libre en su misterio atribuyéndole “por qué”, ni reconocer su inocencia y simpleza, su “porque sí” irracional e injustificado, en un movimiento desinteresado y de incondicionado amor. Solo la intervención del juicio lo hacia sospechoso, solo el juicio veía la necesidad de explicarle. El Juicio no podía amarle así nada mas, desnudo. El amor sin razón y sin interés, se sustrae al juicio de Dios. Es, por lo tanto, una tontería hablar de

¹² Idem.

un “Dios de amor”, pues mucho más adecuado a la vida será pensar en un amor sin Dios. Puede suceder en la experiencia amorosa que se disuelvan los estratos organizados por Su Juicio, sin violencia y sin peligro de sobredosis, pues otros caminos hay para descoserse. Amar es desorganizarse, amar salva del Juicio de Dios organizador y de juzgar, amar salva de Dios mismo. No se puede juzgar y amar a la vez. Las cabezas desconfiadas, han dicho del amor ser una droga poderosa. Pero es una actitud del racionalista temer el efecto “cegador” del amor y oponerlo al pensamiento claro. Por mi parte, no concibo lucidez y amor enemistados, pues *dilucidar* la ausencia de fundamento, hace posible la vivencia del amor en tanto que el amor es el nietzschano decir “sí”, querer sin porqué. El afecto desbordado, las explosiones de intensidad del amor, la entrega sin reservas, sólo son posibles en la medida en que suspendemos el juicio y nos permitimos experimentar todo “lo que un cuerpo puede”, pues en el amor, cuando no es mera conveniencia, no se trata de funcionar, sino de gozar, no se trata de invertir, sino de dar. Si el sueño es la vía regia al inconsciente, el amor es vía sin escalas al cuerpo sin órganos. Nada más ajeno a la ley que el amor en su sin porqué o sin razón. La pérdida de fundamento abre a la posibilidad de amar, porque amar es asentir sin justificación o necesidad de pretexto. Sí quiero es, sí amo.

Tenemos así pues, un *ser: fondo/ abismo* absurdo que no escucha razones, sin-razón de ser (fundamento), y por otro lado, una “razón” humana militante, sorda a lo absurdo, a la sin-razón de su propia actividad, y que quiere, porque necesita “cuidar de sí”, simular principios, valores, fundamentos, tareas, un suelo donde pisar, orden donde impera caos (simular razón) El camino del pensar, si se le recorre lúcida y lúdicamente, es como la vida, un camino que conduce a su propia abolición, al límite del mundo en tanto que representación, atolladero donde lo que se deja ver es su fondo irracional, o acaso “la razón” de un existir que consiste en ser un “sí” sin-razón que se repite (eterno retorno), una afirmación injustificada y reiterante, ilógica y absurda, poco filosófica pero vital. Aquí el “sí” se adelanta a la explicación, e incluso es la explicación misma.

Vemos esto en la interpretación realizada por Heidegger a uno de los versos del poeta Ángelus Silesius que dice “la rosa es sin porqué, florece porque florece. No cuida de sí, no pregunta si se la ve” observamos que:

“Porqué” y “porque” significan cosas distintas. “Porqué” es la palabra que pregunta por el fundamento. El “porque”, contiene un apuntar, un apuntar que responde, dirigido al fundamento. El “porqué” busca el fundamento. El “porque” lo aporta.¹³

Lo que se marca es la diferencia de tonalidad en la proposición del fundamento, distinguiendo el primer *porqué* del segundo *porque*. El primero nos aleja del “ser en tanto que ser” buscando su fundamento en otro lado (mas allá), el segundo nos coloca al instante, de inmediato, mediante una desterritorialización o transposición, exiliados de la representación, no ya en el pensar el ser, sino en el ser del pensar. “Florece porque florece” indica que su razón de florecer es su propio florecer, como si su aparecer injustificado también fuese su justificación. El “porque” aporta el fundamento, responde, no problematiza, y en ese sentido es enemigo de la filosofía, cuya tonalidad y búsqueda siempre ha sido preguntarse “porqué” en aras de justificar, de ajusticiar (vengarse) elaborando juicios. Esto se debe, a que se ha filosofado con los órganos y para el organismo, pues el pensamiento a trabajado más como una institución fundadora de los principios de sociedades controladoras y menos como un libre pensar. La filosofía ha sido cómplice del poder político en su intento de organizar el mundo en torno a principios, fundamentos. Una gran resistencia a desorganizarse, a quedar sin fundamentos, a amar sin porqué. Pero la lucidez no sugiere amar más y pensar menos, sino pensar amorosamente, afirmar la vida, una y otra vez. El pensamiento puede arropar (enmascarar) y nutrir “el sí del niño” que juega a la tirada de dados, puede constelar y disolver ordenes posibles para la vida sin la pesadez del Juicio, con el ánimo del amante eterno (eros) que renovando el deseo encuentra siempre a Otro en su amado, lo renueva o reinventa y por eso lo perdona. Vivir y pensar como el colibrí que va de flor en flor, de sentido en sentido, huyendo perpetuamente de un Estado fijo,

¹³ Heidegger, M. Op.cit p. 66.

pues su compromiso es fidelidad a una vida activa, y que en el plano del pensamiento significa: *reiterada actitud valorativa, lucidez*. Es el lance lo que importa; no importa llegar o conocer, lo que implicaría termino y muerte del proceso, sino que el eterno “ir” es ya alimento, calor del fuego, presencia del amor que arraiga el pensamiento al ¡Sí! de un corazón que ya no es órgano. Vive y vibra intenso sin serlo:

El lenguaje no pertenece a la lengua, sino al corazón. La lengua es sólo el instrumento con el que se habla. Quien es mudo es mudo en el corazón, no en la lengua (...) Déjame oírte hablar y te diré cómo es tu corazón ¹⁴

Es en los momentos de mayor “lucidez”, en algún “instante poético” (Bachelard), que podemos hacer esa transposición al ser en cuanto tal, lanzarnos hacia el encuentro no racional con lo ocultado y no objetivo. En el camino, mientras tanto, somos des-organizados, desmembrados, desarticulados, y cuando por medio de un avistar intuitivo y esencial, nos encontramos transpuestos al pie del abismo, en los límites de la ciudad (del lenguaje), entonces participamos del “cuerpo sin órganos”, experiencia de disolución, situación posible porque no hay fundamento pensable, representación cuadrada que se ajuste o ajusticie a la realidad. Nada viene a salvarnos del vacío, que ahora es llenado por la fuerza, por la intensidad de la vida. La vida siendo, arrojándose, acontece sin porqué. El “Dasein” no está fundado en una Razón, su arrojamiento en la existencia, gratuito y no interesado como es, ya consiste en sí mismo su porque (sin acento), su sentido. Abolición de las historias justificadoras universales, o de las personales del diván que solo eran pretextos. “¿Porque esto y no mas bien nada?” Porque sí. Pero lo anterior no debe significar la ruina de todo pensamiento, sino su comienzo, ahora el pensamiento puede abrigar la vida, porque quiere expresar, crear con y no contra ella, toda esa fila dionisiaca de simulacros: figuras, imágenes, símbolos, mitos y conceptos, una mascarada carnavalesca que no oculta un Ser, lo pone pues no lo hay. Simulacro: no sustitución, sino producción de la realidad. Un pensador, uno lúcido, ha de ser una araña en un precipicio,

¹⁴ Paracelso cit. en J. Hillman, *El pensamiento del corazón*, España: Siruela 3ª edición, 2005.

una que despliega y repliega las redes de un lenguaje que lo sustenta. Saca de sí finas pero resistentes hebras imbricadas que son trampa para conseguir el alimento. Pensar así deja de ser una búsqueda de la Verdad, y pasa a ser una estrategia vital, porque una necesidad para la vida es la creación de esas ficciones que llamamos ideologías. Son los grandes contenedores, estructuras de orientación existencial, sin las cuales se seca el alma de los pueblos. Solo el ideólogo, el mitólogo y mitómano, es capaz de crear movimiento para sí y pellizcar con fábulas a otros, pero debe estar al tanto de sus propias mitificaciones y preservar la lucidez. Ni demasiado dormido para convertirse en un fanático creyente de una religión de Estado dictatorial, ni demasiado despierto para estropear la espontaneidad vital. El hombre lucido es una paradoja, sabe lo que hace, porqué lo hace y cómo hacerlo, y a la vez se deja llevar, como un idota que no sabe nada. Cuando manda obedece, porque lo que lo guía en el fondo es el deseo más íntimo, el cual le pertenece y no le pertenece. Por eso, para la lucidez, no es pensamiento lucido el dogma religioso-político pero tampoco llega a serlo cualquier pretensión de la racionalidad por distinguirse de o por abolir una irracionalidad que inherente al ser. Los necios de la razón ven fracasar el Proyecto Ilustrado, y dicen, “Ah! necesitamos *otro tipo* de racionalidad, para que no se repita...” Por mi parte, creo que lo que necesita ésta modernidad en decadencia y para nada post-histórica, es sí una re-vivencia mítica, pero con un margen mínimo de criterio. A ésta necesidad de agua del espíritu moderno moribundo, árido desierto del caanan, responde todo el concepto de lucidez que quiero formular. ¿No dijo aquél que se sentía con las manos llenas: “dejad que se acerquen a mí”? Pero no es un mito determinado lo que quiero proporcionar, sino devolver al lector, además de la conciencia de “errores necesarios para la vida”, el poder de fabricar esos mitos o pseudologías, para vivirlos *como si* fuesen autónomos y ser transformado por ellos en la medida en que los vamos creando. Reclamar esa mágica heredad, es cosa de cada cual, y mucho tengo que discutir al que me diga que el pensamiento nuestro a dejado de ser “primitivo” o que existe un saber realmente “objetivo”. Como ya señale en la introducción a esta investigación, parto de la

afirmación de que conocimiento e imaginación son lo mismo, dando al traste con el problema de las apariencias enfrentadas a la verdad. Espero quede claro entonces, porque la lucidez no es una ideología, sino condición de posibilidad de un pensamiento que opere entre el “*mythos*” y el “*logos*”, es decir, creativamente. Para esto, muy importante ha sido Nietzsche para ésta tesis, pues la relación, el sitio donde se imbrica lo “*dionisiaco*” y lo “*apolíneo*”, es el “lugar” donde habita la lucidez... ese extraño umbral clarooscuro donde un demiurgo creador hace de las suyas, maravillas del horror. Los pensamientos racionales “claros y distintos” de un lado, y la ebullición loca y fervorosa de la vida por otra, pero cuando la vida deviene obra de arte, que es cuando más se vive, ambas polaridades se reúnen paradójicamente de modo magistral, renunciando cada una a un poco de sí, para formar Otro, un “sí mismo” que nunca acaba de realizarse, el “Hijo del hombre” tal vez. Volvemos doblemente más y menos racionales, es el coito entre fuerza y figura, que no vamos a confundirla con ninguna síntesis dialéctica. La actividad artística reúne el mundo, el acto creativo es íntegro, pues en el movimiento total, decidido hacia una totalidad a la que nunca accedemos (el superhombre), todo está involucrado, y nada ha sido excluido de ese movimiento formador, de ese “gesto creador” como sugiriera H. Bergson.

III. LA LUCIDEZ Y LA INTUICIÓN DE LO ABSURDO EN A. CAMUS

*“Hay que desesperar de que podamos reconstruir
alguna vez la superficie familiar y tranquila
que nos daría la paz del corazón”*

-Albert Camus.

Primero que nada una advertencia. Dar una explicación de lo absurdo es una contradicción. La explicación de lo absurdo quiere poner sentido y orden a una experiencia que se caracteriza precisamente en adolecer de incoherencia:

Toda filosofía de la no-significación vive de una contradicción por el hecho mismo de expresarse. Da así un mínimo de coherencia a la incoherencia, introduce consecuencia en lo que, de creerla, no la tiene. Hablar repara.¹

La *sensación absurda*, como le llama Camus, no puede ser enunciada sin perderse de vista, porque hablar o pensar ya es articular y orientar el discurso hacia la salvadora unidad de una comprensión:

Cualesquiera que sean los juegos de palabras y las acrobacias de la lógica, comprender es, ante todo, unificar. El deseo profundo del espíritu mismo en sus operaciones más evolucionadas se une al sentimiento inconsciente del hombre ante su universo: es exigencia de familiaridad, apetito de claridad. Para un hombre comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello[...]Esta nostalgia de unidad, este apetito de absoluto ilustra el movimiento esencial del drama humano.²

Así, hacernos la idea de algo, nos salva de tener que vérnoslas con lo absurdo, al menos directamente. El pensamiento en sí no puede ser sincero; impulsado en el fondo por la voluntad de vivir existe para hacernos más aguantable la existencia, menos confusa, pues sírvenos mañosamente para decorar lo llano, llenar lo vacío y ordenar el caos. El pensamiento sigue a la voluntad de vivir

¹ Albert Camus, *El hombre rebelde*, Tr. Luis Echávarri. Buenos Aires: Editorial Losada/Grandes Obras del Pensamiento, 1ª edición, 2007, p. 15.

² Albert Camus, *El mito de Sísifo*, Tr. Luis Echávarri. México: Alianza Editorial/El Libro de Bolsillo, 1ª edición, 1989, pp. 31-32.

que obstinada se niega a morir, y esta negación de la evidencia, en el pensar, se convierte en delirio. Visto de este modo, donde quiera que algo quiere, y además piensa, reina la insensatez o el desatino, pues con cualquiera actividad, negamos la imposibilidad para afirmar persistentemente el ser, la posibilidad. Es decir, cuando ideamos algo soñamos posibilidad de ser, y nuestros pensamientos son cómplices del deseo de vivir frente a lo inevitable: la muerte, no-ser. Voluptuosamente, pensar es tender a la unidad, y con cada idea no hacemos sino afanarnos en sustanciar la realidad del mundo y la de uno mismo. Esta necesidad maniaca de aclarar también es la de fijar, necesidad de tierra firme (tierra prometida) que guía nuestros pensamientos, sobre todo cuando pensamos en términos de 1) causas primeras, 2) fines últimos, y 3) esencias reales. Nada mejor para nuestra incertidumbre y perplejidad, que una cura epistémica de este tipo que cierre o suture la experiencia (al menos temporalmente) de encontrarnos inmundamente frágiles, en una situación absurda. Esta cura bien puede ser el conocimiento de causa que nos arraiga a un origen y que presta respuesta al *porqué* a la existencia de algo. También puede servir de cura la intuición de una finalidad, que inmediatamente convierta este tiempo en un trampolín para algo más y que otorgándonos un destino, individual y colectivo, llene nuestros actos de propósito respondiendo al *para qué* de una existencia. O bien, que mejor para curar nuestra inconsistencia y paliar la náusea del movimiento que la invención de sustancias o esencias espirituales fijas, por ejemplo, esa creencia en el alma inmortal que se viene expresando desde la antigüedad, y que ahora más modernamente, psicológicamente, se traduce en la idea de identidad personal o en confianza en la existencia de un "yo". Ante la insustancialidad que nos caracteriza, ante la experiencia de sentirnos barridos del tiempo, y por lo tanto del ser, reunimos (asociamos, Hume) ese polvo disperso que somos, y afirmamos nuestra identidad y diferencia con rotunda credulidad. Nos constituimos pues, entes separados gracias a la superstición de un centro fijo. Pero esto no es sino un truco de magia; el préstamo de sustancia, la dación del nombre, el centramiento, es mera acrobacia y fantasmagoría, una mascarada que simula presencia. Así nos

curamos (nunca del todo) de la equivalencia universal que implica la no-significación, la ausencia, mediante la afirmación del “yo” ¡santo remedio!. Pero esta diferenciación e individuación, estructuración de la experiencia que es la puesta en escena de un sujeto enfrentado a un objeto, no es sino un intento de cosificación o cierre categorial que quiere responder a la experiencia absurda, fundando el *qué* de la existencia y al *quién*, sin embargo...

¿De quién y de qué puedo decir, en efecto: ¡Lo conozco!? Puedo sentir mi corazón y juzgar que existe, puedo tocar este mundo y juzgar que existe. Ahí termina toda mi ciencia y lo demás es construcción. Pues si trato de captar ese yo del cual me aseguro, si trato de definirlo y resumirlo, ya no es sino agua que corre entre mis dedos(...) Entre la certidumbre que tengo de mi existencia y el contenido que trato de dar a esa seguridad hay un foso que nunca será colmado. Seré siempre extraño a mí mismo.³

En cualquiera de los tres casos antes mencionados, intentamos respondernos de dónde venimos, para donde vamos o qué y quienes somos, como queriendo tejer un fondo a una vida que nos resulta insondable. Difícilmente un pensamiento exente alguna de estas tres pretensiones cargadas de vanidad, pues a mi parecer en sí mismo y naturalmente, el pensamiento es una actividad de inclinación teleológica, es decir, buscadora de sentido, de coherencia y de unidad, cuya función existencial quizás sea simplemente hacernos la vida tanto menos terrible como maravillosa. En efecto, pensar positivamente es apaciguar la angustia, pero también matar el asombro que permite maravillarnos. El precio de nuestras certezas no sólo es la ilusión de seguridad, sino el aburrimiento, el hastío. Dar por sentado el mundo no solo sírvenos de suelo y de alfombra, sino de jaula. Pero no todo el mundo se acomoda o domestica, existen espíritus más honestos que arrojados y tempestuosos, salvajes y groseros como ineducadas bestias del pensamiento, andan siempre al filo del abismo donde la razón se niega a sí misma, espíritus clarividentes que no logran cerrar el mundo como un libro ya leído, pero que sobre todo no quieren concluirlo porque aceptan que no

³ Ibid, p. 33-34.

pueden: “La honestidad consiste en saber mantenerse en ese borde vertiginoso, lo demás es subterfugio”⁴

Los “espíritus desfondados por la lucidez”, expresión de Cioran, han sido sobrepasados por la misma vida que antes pretendían escrutar, y que se les muestra ahora sin fondo. El pensador que no resuelve no puede sino ser el que niega toda solución posible y última a la existencia, experimentando del mundo su aspecto inhumano, enigmático y horroroso:

En el fondo de toda belleza yace algo inhumano, y esas colinas, la dulzura del cielo, esos dibujos de árboles pierden, al cabo de un minuto, el sentido ilusorio con que los revestíamos y en adelante quedan más lejanos que un paraíso perdido. La hostilidad primitiva del mundo remonta su curso hasta nosotros a través de milenios. Durante un segundo no lo comprendemos, porque durante siglos de él solo hemos comprendido las figuras y los dibujos que poníamos previamente, porque en adelante nos faltarán las fuerzas para emplear ese artificio. El mundo se nos escapa porque vuelve a ser él mismo. Esas apariencias enmascaradas por la costumbre vuelven a ser lo que son⁵

Existe pues otro tipo de pensamiento, el que en vez de afirmar niega, y por lo tanto termina o suele caer en paradojas y antinomias donde se aniquila a sí mismo. Este pensamiento negativo si bien no es del todo honesto, porque como dije anteriormente ningún pensamiento lo es por su inherente inclinación teleológica, al menos reconoce su límite, y en ese sentido es que se le ha llamado pensamiento “al límite”, “humillado” o “débil.” Escuchemos a Albert Camus decirnos nuevamente:

El mundo esta lleno de estas irracionalidades. El mundo mismo, cuya significación única no comprendo, no es sino una inmensa irracionalidad. Si pudiera decir una sola vez “esto esta claro”, todo se salvaría. Pero estos hombres proclaman a porfía que nada esta claro, que todo es caos, que el hombre conserva solamente su clarividencia y el conocimiento preciso de los muros que lo rodean.⁶

Por lo contrario, el pensamiento fuerte, afirmador, no reconocía su límite, a la vez que se pensaba creía estarse adecuando a la realidad, a las cosas en sí, y

⁴ Ibid, p. 70.

⁵ Ibid, p. 28.

⁶ Ibid, p. 43.

de este modo, lo que pensaba el hombre debía valer para todo el universo. Parecía incluso posible poder agotar la realidad en una explicación que la abracase toda. Estos fueron los pensadores totalitaristas y sistemáticos del racionalismo frente a los cuales vinieron sus críticos a derribarlo todo, por supuesto, con más ferocidad en pensadores del siglo XX tras el desencanto generado por dos guerras, desencadenadas por las conciencias infectadas de un modelo de racionalidad que daba auspicio a ideologías intolerantes bajo el falso manto de pureza de la ilustración. Lo que pensadores como A. Camus rechazan es la propensión racionalista a dejar todo en claro, esa intolerancia hacia la incertidumbre primaria y al absurdo, que queriendo paliar la angustia existencial ante nuestra finitud, ofrece mediante ideas “claras y distintas”, metafísicas de trascendencia, la finalidad a la vida y el sentido. El negativo es el tipo de pensamiento “humilde” que además no pretende ir más allá de la propia subjetividad para apoderarse de las demás, y por ello le parece más honrado partir y quedarse en la experiencia del yo concreto y existencial enfrentado a su finitud, o en la mera descripción de fenómenos, que hablar en abstracto del “Hombre” en general. Lo que importa a estos pensadores es más la experiencia singular que tenemos en relación con otros que la función que desempeñamos en algún orden de realidad trascendental, metafísico o político, exigente de sacrificios de las diferencias a favor de algún ideal, de la “parte” a favor del “Todo”. En efecto, el clarividente de Camus, desde mi punto de vista, lucha por mantener la *lucidez* necesaria para no identificarse con ideologías, religiosas, políticas o filosóficas, advirtiendo de antemano fallas, contradicciones, y paradojas tanto de los discursos consigo mismos como en relación a la vida que pretenden subsumir. Una conciencia o cultura altamente crítica, en especial de sí misma, es más propensa a la lucidez que una que se entrega a las soluciones fáciles, unidimensionales. La vida no se resuelve ni se agota en algún sistema, su libertad aterradora e indefinida desborda las representaciones donde fallidamente tratamos de contenerla e inmovilizarla. Las categorías, los conceptos, son probetas donde osamos como hechiceros capturar su espíritu, y ciertamente al hacerlo también queda como atrapado el nuestro. Se vuelven el

tipo de filtro solar, las gafas con las que miramos el sol para no quemarnos, y terminamos por apercibir otros puntos de vista (otros mundos) convencidos de que el mundo es del único color en el que lo vemos y de que es el único mundo que hay. Este es el error ante el cual la lucidez se mantiene siempre en guardia, y lo mejor posible: el de hacer pasar nuestras ideas por las cosas mismas. La realidad y la mediación son cosas distintas, a no ser que se crea que el lenguaje es la única realidad que existe accesible a nosotros, desvirtuando el problema entero de una posible exterioridad (como veremos mas adelante) Pero la única forma de estar de vuelta siempre de la ingenuidad, que nos hace comprarnos una posición, es enfocar el pensamiento no primero en su contenido sino en qué lo motiva, es decir, ¿para qué se piensa?. Por ejemplo, con el dilema anterior ¿Para qué me sirve a mí creer en una exterioridad al lenguaje, o al contrario, en el lenguaje como única realidad? ¿A que necesidad existencial responden en mí el pensar de una u otra manera? En el primer caso, quizás quiero dejando a la realidad inescrutada mantener un velo de misterio para hacer mi vida menos aburrida de lo que es y más interesante, y huyo del hastío creyendo nostálgicamente en realidades indecibles mas allá de mis "límites de lenguaje"... y en el segundo caso, tal vez necesito cerrarme a todo misterio para sentirme seguro en mis límites y como que apoderarme de la realidad diciendo que ella sólo es lo que pienso porque no podría conocer más, lo que me hace sentirme demasiado fuerte, creador y autónomo, con las riendas en la mano de mi realidad. Este es el caso de un sujeto como principio ultimo. Pero en ambos casos descubro mi vanidad, mi necesidad de prolongarme dentro o fuera de mis límites, una búsqueda de disminución del riesgo de vivir simplemente no sabiendo. Esta *sospecha* de la motivación es característica esencial en los críticos de la racionalidad, pues antes que nada no quieren engañarse a sí mismos y terminar engañando a otros, sin embargo y al mismo tiempo, reconocen la necesidad de ficciones explicativas funcionales y provisionales para vivir, así como la necesidad de decisiones pobremente justificadas en prejuicios o en la mera costumbre. En efecto ¿quién podría pararse si quiera de la cama por la mañana si lo asaltara siempre la pregunta "para qué", y si hecha

ya la cuestión, inmediatamente un propósito salvador del sentido, un pensamiento, no diese respuesta a esa cuestión sacándonos de ascuas? El “para qué” pide una justificación que al impulso le era innecesaria, y en ese instante se produce un divorcio entre la vida y la conciencia que permite la sensación del absurdo, sobre todo si en vez de responder inmediatamente a esa interrogante con alguna ficción provisional, dejamos que cimbree en nosotros y nos mine el sin-sentido. Sin embargo, como vengo diciendo, es el mismo clarividente quien reconoce la necesidad de cierta dosis de inconsciencia y de ficción para no quedar paralizado, porque la vida, más concretamente el deseo en uno que nos mueve, no atiende a razones negativas, simplemente quiere ciegamente. La conciencia ciertamente frena nuestra voluntariedad, pero no la detiene, y este *apaciguamiento* del deseo también es una característica de un pensamiento debilitado por la lucidez, humillado por la conciencia tanto de nuestra finitud, como del sufrimiento que nuestros excesos en el querer, y como consecuencia en el pensar, nos vienen causando históricamente. Esta mirada en la evidencia, rastro de sangre que deja la historia, no nos sirva para leer que esta humillación y debilitamiento es un momento dialéctico de la naturaleza o de la historia, sino tan solo para aclarar que en algunos espíritus, cada vez en más, existe un desencanto cuando miran su vida y la de su pueblo con honestidad.

Las preguntas que Camus se hace en “*El mito de Sísifo*” son mas o menos las siguientes y, cabe recordar, resuenan con el problema planteado en la introducción de mi tesis: si la vida es absurda ¿qué consecuencias le siguen a este descubrimiento? ¿Es por absurda menos digna de ser vivida o acaso se puede vivir absurdamente? ¿Es dable vivir y estar despierto? ¿No escamotear nuestra sensación y certeza del absurdo, y llegar a ponerse de acuerdo con ella significa matarse? Pero antes de responder a ello será preciso, aun cayendo en contradicción -pues como dije al principio no se puede “explicar lo absurdo”- intentar definir lo que Camus quiere decir por “absurdo”, pues hasta aquí, únicamente he puntualizado que hay dos tipos de pensamiento, uno que le huye a lo absurdo y otro mas honrado que lo enfrenta, asumiendo que el lector sabe a

que me refiero cuando digo “absurdo”, lo que por cierto, es absurdo creer de mi parte. Por lo tanto, es importante para esta investigación aclarar lo que es en “el mito de Sísifo” la *sensación absurda* pues la *lucidez*, objeto de mi trabajo, coincide en gran medida con lo que Camus llama *clarividencia*, que no es otra cosa que *ver claro* el absurdo de la existencia. Si esta “luz” es exactamente la misma que yo afirmo de la lucidez, se verá hasta al final de este capítulo. Por lo pronto, tratemos algo absurdo: hacernos un sentido de aquello a lo que nos referimos al decir “absurdo”, mas particularmente, aquello a lo que se refiere A. Camus, pero no sin antes hacer una indagación personal.

De entrada afirmaremos que, lo absurdo es lo que carece de sentido. En algún momento sucede algo y entonces digo: “esto es absurdo”, como si advirtiera algo fuera de lugar, algo que no entra en el orden de las cosas, un elemento extraño al margen de mi representación del mundo, una diferencia que pone en peligro la lógica preexistente que daba sentido y estructura a mi mundo. Necesariamente este elemento extraño es maligno, en el sentido de que evoca y me devuelve la angustia que mi racionalidad me había ayudado a esquivar. Ya no me siento seguro en mis categorías, algo acontece, y me parece absurdo porque todavía no lo puedo explicar, o peor aún, por que es inexplicable. El mundo que me parecía razonable se ha tornado irracional, quedo indefenso ante la insistencia de esa extraña otredad que no puedo ya ignorar ni integrar. También sucede que digo en tono descalificativo “¡qué absurdo!” porque a la vez que no me lo explico, “eso” me reta, me amenaza, y quizás recorro al mezquino desprecio moral precisamente porque no me siento calificado para encontrarme con algo que me contradice, o que va contra todo o por fuera de todo lo que pensaba conocer. Lo cierto es que ambas expresiones tienen algo en común, una incoherencia o contradicción derivada de la aparición de algo ajeno e inesperado, y la angustia que genera comparar lo nuevo con lo viejo, o lo que imaginábamos que era con lo que ahora es: Camus dice: “Es absurdo quiere decir “es imposible”, pero también, “es contradictorio””. La sensación del

absurdo nos dirá, nace del choque o divorcio a partir de una comparación entre hechos o realidades irreconciliables:

Por lo tanto, tengo razón al decir que la sensación de la absurdidad no nace del simple examen de un hecho o de una impresión, sino que surge de la comparación entre un estado de hecho y cierta realidad, entre una acción y el mundo que la supera. Lo absurdo es esencialmente un divorcio. No esta ni en uno ni en otro de los elementos comparados. Nace de su confrontación.⁷

Que -por ejemplo- insistamos en vivir sabiendo que tenemos que morir, este divorcio entre el impulso de vivir y la conciencia de morir, nos coloca de lleno en la sensación absurda. Saber la muerte y vivir, es tan inconsecuente como creer que todo es inútil y actuar. O creer que el mundo es irrazonable y aun así quererlo aclarar. Es la tensión entre contradicciones irresolubles y vitales de este tipo lo que genera la absurdidad:

Mi razonamiento quiere ser fiel a la evidencia que lo ha estimulado. Esta evidencia es lo absurdo. Es ese divorcio entre el espíritu que desea y el mundo que decepciona, mi nostalgia de unidad, el universo disperso y la contradicción que los encadena.⁸

Camus pone un ejemplo concreto y sencillo:

Si veo a un hombre atacar con arma blanca a un grupo de ametralladoras, juzgaré que su acto es absurdo. Pero no lo es sino en virtud de la desproporción que existe entre su intención y la realidad que le espera, de la contradicción que puedo advertir entre sus fuerzas reales y el fin que se propone.⁹

Esto aplica también para el hombre Sísifo que insiste en subir la roca a una colina para que caiga y vuelva a empezar su asenso. Podemos averiguar lo absurdo de su actividad no solo porque su acto es “imposible” de realizar, sino porque entraña una contradicción, una desproporción entre la intención y la evidencia, lo que se desea y lo que es. Podríamos decir que el hombre olvidaba sus fracasos precedentes y empezaba la subida siempre como si fuese la

⁷ Ibid, p. 47.

⁸ Ibid, p. 69.

⁹ Ibid, p. 46.

primera vez. Pero de este modo el personaje mítico jamás tendría la sensación del absurdo, su ir sería inconsciente e ingenuo, y no sufriría:

Si este mito es trágico lo es porque su protagonista tiene conciencia. ¿En qué consistiría, en efecto, su castigo si a cada paso le sostuviera la esperanza de conseguir su propósito? [...] Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la magnitud de su miserable condición: en ella piensa durante su descenso. La clarividencia que debía constituir su tormento consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se venza con el desprecio.¹⁰

De este último se desprende otra interpretación, una más alegre, aunque no menos trágica. Existe un modo de ver a Sísifo, modelo mítico del tema absurdo, como un hombre liberado, victorioso, y que responde a la cuestión práctica que veníamos preguntando páginas atrás, a saber: si se puede vivir plenamente conciente del absurdo y cómo. (Pág. 6) Ya hemos, hasta aquí, más o menos dado algunas fórmulas y ejemplos para definir a qué se refiere Camus con *sensación absurda*, y vimos que tal experiencia nace de dilemas existenciales donde entran en juego elementos o hechos que al compararlos se contradicen. También, por mi parte, sumo a su explicación, la idea de que lo absurdo también es una especie de desajuste cognitivo, que sucede cuando nuestro sistema de representación detecta un elemento extraño, una diferencia “maligna” que no cuadra en sus dominios, y que ya no puede rechazar ni tampoco incorporar. En este momento crítico, se hace necesaria una re-configuración radical de nuestra representación del mundo, que no es sino una revolución paradigmática. De este modo, hago del absurdo, además de un problema existencial, uno de tipo epistemológico. Lo inexplicable, lo contradictorio, lo que se sustrae al orden y lo sobrepasa, aquello que nos resulta extraño, fractura la unidad de una cosmovisión, orillándola a morir o a transformarse. Es el caos emergente la madre de nuevos ordenes de pensamiento, porque es la aparición de lo indecible e indeterminado lo que nos posibilita y obliga a volver a decir y redefinir el mundo, sin llegar jamás a agotarlo. Ejercer nuestra libertad creadora es partir de lo absurdo para generar sentidos, situarnos en lo incierto para después decididamente afirmar. Mas no partimos ya de un fundamento racional y

¹⁰ Ibid, pp. 159-160.

metafísico para fundamentar, sino de un abismo irracional y sin rostro al que venimos dándole humanas y razonables formas.

Pasemos entonces ahora a la siguiente cuestión, presente en la obra de Camus: ¿Qué se sigue del descubrimiento absurdo, que consecuencias existenciales le son necesarias si somos fieles a una filosofía y experiencia de la no-significación? ¿Es dable conciliar con la vida nuestra clarividencia del sin-sentido, nuestra intuición del absurdo, y cómo sería esto? ¿Es compatible la lucidez y la acción? Vivir o matarse parece la cuestión esencial en el ensayo del autor, quien matiza también el intersticio entre el “sí” y el “no” en el que esquivos vivimos los que no concluimos nada, no llegando a ponernos de acuerdo con nosotros mismos, ni en vivir sin hacer trampa ni en matarnos:

“Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”¹¹

“[...]los problemas esenciales, y considero como tales a los que ponen en peligro la vida o los que duplican el ansia de vivir..”¹²

[...]así como uno se mata o no se mata, parece que no hay sino dos soluciones filosóficas: la del sí y la del no. Eso sería demasiado fácil. Hay que tener en cuenta a los que interrogan siempre sin llegar a una conclusión.¹³

Se puede sentar como principio que para un hombre que no hace trampas lo que cree verdadero debe regir su acción. La creencia en lo absurdo de la existencia debe gobernar por lo tanto su conducta. Es una curiosidad legítima la que lleva a preguntarse, claramente y sin falso patetismo, si una conclusión de este orden exige que se abandone lo más rápidamente posible una situación incomprensible.¹⁴

Ni el suicidio ni el asesinato se desprenden del “razonamiento absurdo”, nos dirá Camus, y no puedo sino coincidir con él; querer solucionar el absurdo es huir de él. Dado que dicha sensación absurda se alimenta de la contradicción de la voluntad de vivir en conflicto con el tener que morir, del deseo infinito enfrentado

¹¹ Ibid, p. 15.

¹² Ibid, p. 16.

¹³ Ibid p. 19.

¹⁴ Idem.

a la conciencia finita, decidirse a resolverse en un acto no es consecuente con la absurdidad, sino con el anhelo de lógica y sensatez en un mundo que al contrario, se nos muestra incomprensible:

La conclusión última del razonamiento absurdo es, en efecto, el rechazo del suicidio y el mantenimiento de esa confrontación desesperada entre la interrogación humana y el silencio del mundo.[...]ese razonamiento admite la vida como el único bien necesario, pues permite precisamente esa confrontación y sin ella la apuesta absurda no tendría apoyo. Para decir que la vida es absurda la conciencia necesita estar viva.¹⁵

Del absurdo no se sigue tampoco la inactividad sino la actividad desesperanzada, la “creación sin mañana”, como lo nombra Camus. Es dable podernos imaginar a un hombre como Sísifo, consciente de la inutilidad de todo, y al mismo tiempo esforzado en su labor *como si* creyese en el futuro (sin creerlo), arrojado amorosamente a su obrar no en tanto inversión, no para “lograr” o para “poder”, pues sabe que eso es imposible, sino por el puro gozo de repetir la ida a la colina infinitamente. Aquí, me parece, tendríamos al superhombre anunciado por el Zaratustra de Nietzsche, que quiere el eterno retorno, “dice ¡sí!” alegre, inocente, ligeramente, porque superada la negación, devenidas las fuerzas reactivas nuevamente activas, vive queriendo que el instante se repita infinitamente, cual eterno amante de la vida. Ha transformado el camino en meta, vive para lo que tiene enfrente y no para el metafísico “más allá”. El nietzscheano “más allá de sí”, por “amor al superhombre”, no significa un “allá” fuera de este mundo, todo lo contrario, su sentido es mas acá, el “sentido de la tierra”, como queriendo hacerle parir a esta tierra de sus entrañas un dios, un Quetzalcóatl, según una intuición muy personal. Un acto absurdo, si es que ha de ser posible, es efectivamente un acto inocente, sin sentido ni esperanza, libre de toda altura y profundidad, razón y motivo. Un obrar enteramente superficial, para aquí y para ahora, sin embargo un acto creativo que simultáneamente rompe e inicia un mundo, como en el teatro. Así puede Sísifo amar su piedra (su vida vuelta obra de arte) y su andar como fines en si mismos, regocijarse en el “sí” alegre superando el “nihilismo reactivo” de quienes

¹⁵ Ibid, *Hombre rebelde*, pp. 12-13.

veían en lo absurdo un pretexto para la amargura, la infertilidad o el suicidio. Apropiarse del destino de uno es negárselo a los dioses. “Dios ha muerto” porque ya no es el responsable de la creación:

Toda la alegría silenciosa de Sísifo consiste en eso. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. Del mismo modo, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hace callar a los ídolos.¹⁶

La felicidad y lo absurdo son dos hijos de la misma tierra. Son inseparables. Sería un error decir que la dicha nace forzosamente del descubrimiento absurdo. Sucede también que la sensación de lo absurdo nace de la dicha.¹⁷

Al que odia la existencia y no es alegre en el llevar su piedra a la colina sino que, lamenta y reprocha estar vivo como un castigo de los dioses o una manda, le resulta intolerable pensar que del mundo nadie o nada es responsable -lo que Nietzsche indica en la siguiente cita como una “gran liberación”- y que no tiene una finalidad preestablecida. El débil no soporta que le quiten la muletilla con la que anda, su sentido de vida. Que no existe la “causa primera” ni el “fin último”, y que todo deviene inocentemente, es decir, que la vida así como es, amoral, es una alegre afirmación sin principio o razón, todo ello resulta blasfemo para el “espíritu de pesadez” para el que todo tiene que ser un “deber” y a todo le da demasiada importancia o valor, creyendo que las cosas tienen más peso que el que les insuflamos, es decir, que el significado es algo “en sí”, esperando ser revelado:

Ha sido el hombre quien a inventado la idea de fin, pues en la realidad *no hay* finalidad alguna...Somos necesarios, un fragmento de la fatalidad; formamos parte del todo, *somos* en el todo; no hay nada que pueda juzgar, medir comparar y condenar el todo. *Ahora bien, no hay nada fuera del todo.* La única gran liberación consiste en no responsabilizar a nadie, en no poder atribuir el modo de ser a una causa primera, en que el mundo no sea una unidad ni como sensorio ni como “espíritu”, solo así se restablece nuevamente la *inocencia* del devenir. La idea de Dios ha sido hasta ahora la gran objeción contra la existencia. Nosotros negamos a Dios, negamos la responsabilidad de Dios, solamente así redimimos al mundo.¹⁸

¹⁶ Ibid, *El mito de Sísifo*, p.161.

¹⁷ Idem.

¹⁸ Friedrich Nietzsche, *Como se filosofa a martillazos*, México: Editorial Tomo, 2004, p. 63.

La desventaja de tener ficciones sin saber que lo son es no poder redimir el querer y el pensar (que crean el mundo) del yugo de un principio rector que dicta un solo sentido y exige un pensamiento único también. La fortuna en cambio de tener la muletilla de una buena justificación para la vida, un Plan de Dios al cual acudir y una Voluntad a la cual someterse radica en que así es más fácil todo pues se da por respondido quién se es, de dónde se viene a dónde se va y también qué hacer. Las respuestas ya no tienen que inventarse ni el conocimiento tiene que construirse, basta leer cómodamente la “sagrada escritura” que es tomada como una verdad en sí misma dada por Dios para poder dormir bien. Con ello sin embargo, cubrimos la desnudez del misterio de la vida como si ésta fuese culpable. El “porqué” el “quién”, el “qué” o el “para qué” son interrogatorios a la vida que le hacemos como a un acusado desde el tribunal de la razón. Ni jugamos con ella ni la amamos. Nuestro modo occidental de obtener conocimiento ha sido un procedimiento que de entrada exige razones como si las hubiera (no las hay las ponemos), y tal desconfianza orgánica en una vida que es “porque sí” es lo que también nos hace desapercibir su inocencia. Por otro lado, asumir el absurdo, es decir, que no hay razones, fondo significativo, ni responsables de la existencia, exonera a la vida de ser algo deliberado o maquiavélicamente planeado, y devuelve al devenir o al acontecimiento toda su espontaneidad mágica, su sin-razón, lo que para nosotros significa experimentar asombro. No exonera al hombre de responsabilidad moral ante una comunidad, pues si bien la moral de un “bien” y un “mal” no existe en la pura vida que mana ajena a todo juicio y el hombre es parte de ese torrente irresponsable, no por ser esencialmente inocentes deja de existir la “culpabilidad” en el marco de las ficciones necesarias para la vida y en el mundo de valores creados y acuerdos que pactamos para regular nuestras relaciones. En suma, lo único por afirmar es que, *somos* biológicamente, ontológicamente inocentes aunque juzguemos lo contrario. Sin embargo, eso no nos dispensa de tener que responder por nuestros actos en el mundo social artificialmente creado.

Bajo el yugo de la Razón, hacemos como si fuésemos a alguna parte, así lo juzgamos, y este engañarse a sí mismo es querer escamotear la muerte. Este *disimulo* teleológico tan acostumbrado, que niega la muerte afirmando el sentido, es quizás hasta instintivo, y nos proporciona un ilusorio sentido de orientación, misión y protagonismo dentro una supuesta “historia universal” contemplada por un “Espíritu absoluto” fuera del devenir. Identificados con ese absoluto, nos dejamos creer en el tiempo como algo ajeno y como si no nos concerniera. Logramos, racionalizando el mundo, olvidar la muerte y hacer como si no existiese. Y todo este discurso legitimador descansa sobre la ficción trascendental de un “Ser” distinto del devenir, o de una “Unidad” subyacente dando coherencia en el fondo o desde lo alto a toda la multiplicidad. Cualquier proyecto en mente implica creer de modo inconsciente o ingenuo que uno dispone de tiempo suficiente para realizarlo, planear el futuro siempre requiere engañarnos bastante respecto a nuestra efimeridad. Si pensamos demasiado en ella no hacemos nada, a no ser que hagamos todo cuanto nos es posible desde la conciencia plena de la posibilidad tan esencial de nuestra muerte. Nuestra confianza y convicción al obrar no tienen por base ninguna garantía en la razón. La muerte tiene todas las razones de su lado. No hay ningún fundamento real que justifique la sobrada seguridad en nuestros pasos, pero hacemos *como si* lo hubiere. Esta *hybris* nos permite caminar con el cuello alzado, vivir ligeros (con la ayuda del consumo), inconscientes de la angustia. Creemos sin la menor duda haber esquivado a la muerte, y éste constante disimular poder, es ilógico por inconsecuente con la evidencia, con el dato del límite, nuestra impotencia. Si fuésemos consecuentes, lógicos con el descubrimiento de lo absurdo que nos viene de mirar con honradez la evidencia, si nos guiásemos por esa revelación del vacío en las cuencas de un cráneo, y fuésemos fieles a esa verdad, entonces nada haríamos, *ni siquiera no hacer*. Sucede lo contrario, en todos los actos y decisiones, aunque sean los más minúsculos, tomamos caminos *como si* fuésemos viajeros con un destino, y de este modo escamoteamos lo que Miguel Unamuno llamó “sentimiento trágico de

la vida". Tal parece que llevamos bien arraigada en nosotros la convicción injustificada no sólo de nuestra eterna duración sino de nuestra importancia protagónica. Tal vanidad es el soporte de nuestra heroicidad, pues ella es quien nos tiene siempre en marcha, pues constituye un motor individual y social creer que podemos escapar a nuestro fin y que estamos aquí, cada cual, por alguna razón en especial o con un propósito trascendental. El espíritu lúcido se diferencia del resto de los mortales sólo en una cuestión, no vive de su inconsciente deseo de vivir solamente ni de las creencias y supersticiones que lo apoyan, sino primeramente de la conciencia clara de su muerte. La lucidez exige que en vez de escamotear la evidencia se ponga al servicio de la vida, y que dejando de disimular y huir, se enfrente el absurdo. Además, para el lucido éste conflicto del que no huye más, entre su deseo infinito y su reconocido límite, en vez de menguar las fuerzas vitales y creadoras, las alimenta más, las vigoriza y estiliza. No obstante, no olvidemos que se trata de la fuerza de la humildad, y que si se decidió nombrarle a esta actitud "pensamiento débil" o "humillado", solo lo es en tanto a su incapacidad de ir más allá de sí mismo. "El hombre absurdo es la razón lucida que comprueba sus límites"¹⁹ Sin embargo, es dentro de sus límites, en la humildad, donde será sano, vigoroso, y bello, capaz de afirmar o crear grandes cosas sin creerlas en modo absoluto, o mejor dicho, sin tomarlas como si fuesen verdaderas, desligadas o exteriores a las conciencias finitas que las piensan. Ni siquiera, cabe aclarar, estas conciencias serán el centro del mundo, pues también son construcciones en devenir, parte de ese mundo y no principio. Ya advertí anteriormente que no solo se ha debilitado el pensamiento al asumir su límite, sino que también se ha efectuado un golpe a la idea -de proveniencia cartesiana- del "yo" que piensa, precisamente porque la lucidez le considera una idea más y no el centro administrador de todas las ideas.

La muerte reta al hombre lúcido, y éste acepta el desafío sabiendo que perderá. Véase aquí el elemento heroico de la lucidez, donde se da todo solo

¹⁹ Ibid, p. 68.

para perderlo todo, porque lo que cuenta para quien sabe vivir con arte es el “cómo” hacerlo y no el “porqué”. A diferencia de los héroes que se sacrifican por una Idea, llenos de un afán por alcanzar gloria e inmortalidad o por conquistar un sueño, el heroísmo lucido, consciente de lo inalcanzable, es mucho más trágico. Se muere por nada y para nada, y se vive igual sin una Gran Razón, pero eso sí, con la cabeza en alto y alegre. Recordemos a Nietzsche decir: “El héroe es alegre, esto es lo que han ignorado hasta el presente los autores de las tragedias”²⁰ En la lucidez, no hay una Causa pensada que haga que la vida valga “la pena”, no se necesita ese pretexto, ni se busca una justificación racional. Ya ni siquiera se ve la vida como una pena, un cruz que cargar. Al auténtico guerrero no lo deprime o le preocupa la falta de finalidad última ni el principio o la verdad de todo, se ocupa en cambio de ponerse fines, metas, y de encontrar creativamente el modo de realizarlos: una estrategia a seguir, que siempre es una posibilidad en medio de caminos posibles. Cuando haga falta darse sentido y ponerse en orden, puede acudir al repertorio de ficciones para orientarse. Son los “saberes no verdaderos” de Hegel los mejores recursos para la vida, sin importar su falsedad. Así, aunque sin fundamento, sin verdad, nuestro héroe es fundador de civilización, Prometeo dador de esos “fundamentos” para la vida, Lucifer “portador de luz” o “estrella de la mañana”. Lo importante es que tome sus decisiones, y de modo auténtico. Es decir, que sea dueño de sus decisiones, que se apropie de su elección ¿Cómo será la más suya de sus elecciones? Cuando viva con la conciencia anticipada de su muerte y sepa que cuando elige lo hace desde el lugar del que *todavía* puede hacerlo. “Todavía” significa que “aún” cabe la posibilidad de ello, pero “aún” significa que se tiene la intuición de otra posibilidad: que llegue el momento en no se pueda elegir más. O sea, la “posibilidad de la imposibilidad”. Por ahora elegimos, por ahora es posible, y elegir en esta conciencia es hacerlo de un modo más auténtico: alerta de esa otra posibilidad que nos arranca de toda posibilidad: la muerte. La vida heroica es trágica porque nos asumimos como mera posibilidad, es decir, y parafraseando a Heidegger, el “Dasein” asume la posibilidad de su

²⁰ Ibid, Nietzsche cit. en *Nietzsche y la filosofía*, p. 30.

imposibilidad como lo más esencial de sí mismo, y en esto radica el concepto de “ser para la muerte”:

[...]la muerte es la posibilidad mas propia del Dasein en cuanto lo afecta en su mismo se, en su esencia misma de proyecto, mientras que cualquier otra posibilidad se sitúa en el interior del proyecto mismo como su modo de determinarse.²¹

Pero este asumir la propia muerte como posibilidad, significa a la vez, redoblar el valor de la propia vida. Que la vida se asuma como mera posibilidad no la hace menos, sino más rica. Ésta vida, ésta elección, se vuelve nuestra cuando la elegimos auténticamente, y la elegimos auténticamente cuando tenemos en cuenta que cabe la posibilidad de su imposibilidad:

La muerte, en efecto, como posibilidad de la imposibilidad de toda posibilidad, lejos de cerrar el Dasein, lo abre a sus posibilidades de un modo más auténtico. Pero esto implica que la muerte sea asumida por el Dasein de un modo auténtico, que sea explícitamente reconocida por él como su posibilidad más propia. Ese reconocer la muerte como posibilidad auténtica es la *anticipación de la muerte*, que no significa un “pensar la muerte”, en el sentido de tener presente que deberemos morir, sino que más bien equivale a la captación de todas las otras posibilidades en su naturaleza de puras posibilidades.²²

En tanto seres irrealizables, e inacabados, nuestra esencia consiste en un “poder ser”, lo mismo que nuestros proyectos. El sufrimiento no habría de venirnos si no fuere porque olvidamos que cuanto somos o realizamos es mera posibilidad. Y toda cura de la neurosis debiera empezar por ahí, pues además, el choque con nuestro límite nos devuelve a la posibilidad, y devueltos a la posibilidad es también devueltos a una vida revalorada en el límite y como limite. Píndaro, con gran lucidez y a la vez lleno de vitalidad dijo una vez: “No pretendas la vida inmortal, alma mía, y esfuérate en la acción a ti posible”.²³ En este hombre la luz mortal, no hacia “estragos a la vida”(Cioran), todo lo contrario, una enorme sed de aventura. No niega lo que se es (mortal), sino que afirma contundentemente el intento de agotar el campo de lo posible, partiendo del

²¹ Gianni Vattimo, *Introducción a Heidegger*, Tr. Alfredo Báez. España: Editorial Gedisa 3ª reimpresión, 1998, p. 48.

²² Ibid, p.49

²³ Píndaro, *Odas y fragmentos*, Tr. Alfonso Ortega. Madrid: Ed. Gredos, 1995, p.157.

hecho de que somos nada y no se puede ser algo. La auténtica desesperanza lleva implícito este lance a la vida tan radical. El hombre lucido piensa: dada mi imposibilidad de ser, tendido entre la nada en que me convierto a cada instante y el ser que nunca alcanzo a completar, no siendo lo uno ni lo otro pues ni estoy muerto ni tampoco soy un ser terminado, agoto todo lo que me es posible *parecer ser* en el medio de ambos términos, experimento lo más posible las infinitas formas, todos los gestos y rostros de hacer *como si* pudiese ser, y así vivo lo más, que no siempre es lo mejor:

Si me convengo de que esta vida no tiene otra faz que la de lo absurdo, si siento que todo su equilibrio se debe a la perpetua oposición entre mi rebelión conciente y la obscuridad en que forcejeo, si admito que mi libertad no tiene sentido sino con relación a su destino limitado, entonces debo decir que lo que cuenta no es vivir lo mejor posible sino, sino vivir lo más posible.²⁴

Quien disimula, esconde para sí mismo y para otros su verdadera condición finita, quien simula en cambio, expresa en las múltiples formas que adquiere como disfraces o máscaras precisamente esa desnudez, fragilidad e impotencia humana. La máscara no esconde algo, pone algo donde no lo hay, en este sentido no guarda algo, lo da. Dándolo pone de manifiesto que no hay eso que pone, demuestra precisamente el montaje. La simulación no versa pues en un cinismo impudoroso, un retorno a la naturaleza descarado (sin careta), simular es la actitud dinámica de quien acude provisionalmente a las múltiples caras, al repertorio infinito de formas y combinaciones -el campo de lo posible entre el ser y el no ser- necesitado de un *mínimo* de orden para la vida, y porque no, un orden estilizado. La disimulación, por su parte, no permite este libre juego de performance. Quien disimula actúa en función de suposiciones y prejuicios, asume un saber que pasa por verdadero y definitivo. Es decir, ciertas ideas se pretenden verdaderas, adecuadas a la realidad, disimulan, fingen no ser lo que son: meras ideaciones humanas. Quien disimula hace *como si* sus conceptos fuesen hechos o se refiriesen a hechos, en vez de ser solo discursos de discursos. Se disimula, se oculta que no son hechos tratándolos como tales. Ya

²⁴ Ibid, *El mito de Sísifo*, p.82.

advertí, páginas atrás, que la lucidez se mantiene en guardia de hacer pasar nuestras ideas por realidades irrevocables, dadas, exteriores al lenguaje, la lucidez es conciencia de que “[...]toda sabiduría es disfraz, voluntad de verdad que esconde sus presupuestos en proclamas de evidencia y certidumbre.”²⁵ Quien en cambio baje la guardia, es absorbido (demás) por el sistema y sus modelos, pues vive en piloto automático reproduciendo las formas heredadas por la tradición que a veces son conscientes, si bien la mayor de las veces inconscientes. El autómatas ejecuta y reacciona a los programas establecidos con obediencia implícita y explícita, si la ley dice “matrimonio!”, este tipo de conciencia mimética dirá lo mismo o lo opuesto, adhiriéndose ciegamente - dialécticamente- a los valores culturales (tesis) o contra-culturales (antítesis) vigentes y perdiéndose en la impropiedad* Por el contrario, el simulador, critica pero también funda esos valores (devenir activo que falta al hippismo), su postura es pro-activa en la incesante creación del mundo y acepta su labor sin resentimiento, pues no es como el “indignado” al que tal tarea resulta cargosa y pretende inculcando a los demás, deshacerse de la responsabilidad de su destino. El “indignado”, lo está siempre con otro, pero en su lucha contra el Poder se desposee aun más de poder apoderando más a su verdugo. Quien se cree víctima, y sólo es víctima quien así se percibe, pierde con su cara de indignación y “espíritu de pesadez”, el placer y el cargo de ser origen y participe del juego de simulación junto con todos los demás usuarios de máscaras: “...trocar ese disfraz solemne y severo en un disfraz carnavalesco que permita proseguir el festival de la sabiduría con espíritu lúdico.”²⁶

²⁵ Eugenio Trías, *Filosofía y Carnaval*. España: Editorial Anagrama 3ª edición, 1984, p 44.

*Las contra-culturas siempre son reacción, más oposición que creación o propuesta. La resistencia lucida no es pro nada ni contra nada, se limita a crear discursos provisionales posibles sin pretensión de verdad, y a descubrir los resortes internos o presupuestos que los hacen plausibles. Esta “reiterada actitud valorativa” es a la que llamare propiedad y autenticidad. Lo “auténtico” no está en el contenido sino en la fogosa actitud mencionada. La adhesión a una postura es necesaria, pero provisoria; si uno cree que conviene a la vida se lucha pro ella y contra las otras, pero no porque se la tome por verdadera, sino por útil al momento. Instrumentos de la fuerza vital son los “saberes no verdaderos”, y grandes desgracias acontecen cuando es la vida la que se subordina a la ley. Esta solo debe prevalecer mientras proporcione un aumento de fuerza (no se entienda violencia, que en la mayoría de los casos, es debilidad)

²⁶ Ibid, p. 44.

Siguiendo a Baudrillard²⁷, en la disimulación las apariencias representan a la realidad o la falsean, pero no son la realidad. La perspectiva del disimulo reserva aun cierta existencia exterior a la que nuestras ideas se refieren o no se refieren. Esto vale al afirmar que una cosa son los hechos y otra las interpretaciones de los hechos. Aquí el referente aun existe, el lenguaje se refiere a algo además de sí mismo: los hechos. Sin embargo, con la simulación vamos un paso mas allá, pues lo que sucede no es representación de lo real sino producción:

Mientras que la disimulación intenta absorber la simulación interpretándola como falsa representación, la simulación envuelve todo el edificio de la representación tomándolo como simulacro²⁸

Las llamadas “apariencias” (la imagen)²⁹, siendo toda realidad que hay dejan de ser apariencias, porque el lenguaje solo se refiere a sí mismo, también las imágenes. Así, solo existen hechos de lenguaje y no un lenguaje para unos “hechos”. Al identificar realidad y lenguaje se rompe la distinción falso/verdadero, exterior/interior. Con la simulación, no solo “*no hay fenómenos morales , no hay mas que interpretaciones morales de los fenomenos*”,³⁰ también el mundo fenoménico es producido, una construcción epistemológicas que penden sobre un abismo sin fondo... araña que pone su propio soporte. Los hechos, hechizos están, hasta el mundo empírico es un ensamblado una operación de la conciencia y no es tal y como se presenta a nuestro sentido común. Lo “Real”, de haberlo, sufre varias modificaciones y no lo conocemos inmediatamente. No es posible diferenciar la percepción de un objeto y el objeto mismo (Berkeley) La superficie donde los signos hablan consigo mismos en diferentes sentidos y niveles de interpretación es de ahora en adelante toda la realidad, y las

²⁷ Jean Baudrillard, *Cultura y Simulacro*, Tr. Antoni Vicens y Pedro Rovira. Barcelona: Kairós, 2005, p.

²⁸ Ibid, p. 18.

²⁹ Según Baudrillard las fases de la imagen son a) reflejo de una realidad profunda (buena apariencia) b) enmascara y desnaturaliza una realidad profunda (mala apariencia) c) enmascara la *ausencia* de realidad profunda (juega a ser una apariencia, orden del sortilegio) y d) no tiene nada que ver con ningún tipo de realidad, es ya su propio y puro simulacro. *Por mi parte, considero que a esta conversión del disimulo en simulación también corresponde al despertar de la lucidez.*

³⁰ Friederich Nietzsche, *Mas allá del bien y del mal*, Tr. Eduardo Ovejero y Maury. México: Ed Porrúa, 2004, p. 66.

realidades que hay. Se trata de signos que refieren a mas signos, no a cosas o acontecimientos “en sí”. Y la creación de simulacros requiere que el usuario, participe en el mecanismo de producción de esos signos que *son* toda la realidad virtual que puede haber, envistiéndose del poder y la responsabilidad que conlleva ser creador con la vida, no de apariencias, sino de simulacros de lo real. Cabe aclarar, se trata del *poder crear* y no de un “sujeto poderoso”. No es “uno” dueño de la creación como existiendo trascendentalmente por fuera de ella sino inmanente a ella, mediando activamente entre la fuerzas vitales y los signos que les prestamos para que tengan sentido. “El creador” es vida balbuceante, hay un proceso vital que dice “yo” pero no es yo. Al contrario de un yo rígido, a la lucidez corresponde un yo elástico y resistente, una estructura flexible, “de abierto incumplimiento”, en devenir o transformación perpetua que precisamente porque ha dejado de creer en el mito de la “identidad”, *puede* simularla, y su faz, la singularidad de su rostro, será siempre un claroscuro, vida en el *limite*, entre el día y la noche, sea esto en la aurora de un mundo o en su crepúsculo. Los actores en las obras de teatro alcanzan grados de autenticidad, expresión y sentimiento que jamás suelen darse en la vida cotidiana, ¿por qué no considerar todo espacio un escenario? ¿por qué no llevar el teatro a la vida en vez de la vida al teatro? Mi propuesta: resucitar es volver al escenario, es decir: a “la vida vuelta obra de arte”. No propongo una actuación que desnaturaliza o que quiere un comportamiento artificial, lo que sería comprender equívocamente el teatro como mera representación o copia de la realidad. A sostener otra cosa: el juego y la máscara son condición de posibilidad de toda naturalidad y autenticidad, y no como hasta ahora hemos creído, charlatanería, artificialidad o mendacidad. No es lo mismo un hombre que miente que uno que inventa. El primero forja una “apariencia”, luego sugestion a al espectador y así mismo para que la crea. Pero todo esto, tanto el dispuesto conscientemente a “mentir” como el posterior juicio de quien descubre la farsa y la condena, descansa sobre un paradigma: que es distinta una verdad de una versión. En cambio, el paradigma del que inventa es otro, uno para el que “en el fondo” no hay algo oculto, sino nada, un vacío sin fundamento. Así que cuanto dice no oculta la verdad, la pone. Desde esta

postura existencial, que es la que por mi parte quiero para la lucidez, la realidad tanto lo que se experimenta como lo que se piensa esta estructurada y estructurándose de continuo. La verdad de la lucidez es la del Quijote, la reiterada reinención del mundo, para la que primero que nada es necesario, que no exista ninguna verdad. Pasarse a este “lugar” mágico por casi-hecho, vivir en ese umbral donde las cosas aún comienzan a ser y todavía no son, solo puede ser juzgado de “locura” por otros locos, e incluso más locos, que creen que su cuerpo psiquiátrico de “conocimientos” se adecua a una “realidad” exterior del todo autosuficiente y omnipresente. Me permito redefinir al “loco” como al que se engaña respecto a ser poseedor de una verdad que le trasciende, es decir, loco es quien no acepta que su cuerpo de conocimientos es un mero punto de vista subjetivo aceptado quizás por una mayoría que lo comparte, y quien cree alcanzar absoluta objetividad en lo que dice o hace. Nada mas loco que el realista que dice, “vayamos a los hechos concretos”. Sin embargo, debido a que bajo ésta definición estamos todos locos, ya nadie lo esta, y podemos abandonar de una vez por todas un termino tan pesado y originado del mismo falso problema de la verdad y la apariencia. Ahora si con Nietzsche podemos afirmar, que lucidez no solo es vida y obra “mas allá del bien y del mal”, sino también mas allá de lo verdadero y lo falso. El error que la lucidez advertía de no tomar las ideas por las cosas mismas no se refería sino a la creencia en que unas o las otras tendrían existencia extra-mental y a que fuesen inamovibles, eternas y también mejores. Ahora me atrevo a decir lo contrario: las ideas efectivamente *son* las cosas, pero no en el sentido de una adecuación a una realidad extra-mental, sino como producción de lo real. El pensamiento es la única sustancia del mundo, pero esto no quiere decir que “el hombre es la medida de todas las cosas”, pues también se anuncia la muerte del “hombre”. Y la critica al sujeto va por ahí..

Simular, signifiquémoslo, sería que: no serán mas las sustancias (o las ideas) quienes nos presten existencia, determinándonos por fuera (la voluntad

divina) o por dentro (ideas o carácter innatos, sujeto), sino que cuanto nos sea dable crear, constituya un préstamo de sustancia a una existencia sin fondo racional. Lo virtual es lo real. La simulación que enmascara lo vacío de sentido (enmascara nada), es ordenamiento del azar y regulación de lo contingente. Simular no solo es posible sino necesario ardid para una vida que se ha tornado absurda, sin fundamento, y que aun se quiere vivir. Ante lo incomprendible del mundo, su silencio, todo se torna extraño, incluido uno mismo, pues no hay nada en que apoyarse, a que referirse, ni interioridad ni exterioridad. La sugerencia lúdica es: poner lo que no hay, simular realidad, forjar el sortilegio, instituir, sacar del vacío un conejo, realizar una autentica magia sin fondos ocultos. Efectivamente, *desfondamiento* quiere decir: ¡Muerte de Dios y del Hombre!, descentrar el pensamiento y la acción para hacer surgir múltiples posibilidades, vitales y discursivas. Ante la agonía de esas viejas categorías metafísicas, requerimos de estructuras psíquicas y sociales flexibles, permeables, difusas, capaces de juegos de simulación, dúctiles para la personificación de lo diverso, de lo otro. Sin embargo, no hay suficiente desengaño, ni por lo tanto lucidez, para lograr esto, aun operamos desde estructuras fijas dicotómicas, y en esto seguimos siendo esencialmente modernos o maniqueos antiguos. Quizás sea cierto, que la tarea del filosofo deba limitarse al diagnostico cultural y a constelar la mera posibilidad de un “superhombre”. Eso quiero anunciar hablando de simulación y lucidez, la posibilidad de un nuevo tipo de conciencia, más fuerte, despierta y feliz, un nuevo proyecto de hombre o más que hombre. Doy algunos preceptos, y corresponderá al lector experimentar con ellos, encontrar el modo de practicarlos para luego, volverlos a cambiar y volverlos a practicar. De la idea a la vida, de la vida a la idea, hasta donde nos sea posible. No creo que debamos desanimarnos si el ensayo del porvenir nos ha costado siempre la monstruosidad. Revisamos el pasado, creamos avenidas mejores, pero no nos demos golpes de pecho. ¿Eso quieren algunos, que ahora todo se piense desde el lugar de la culpabilidad? ¿No se comprende que con remordimiento no será posible pensar ni crear nunca mas nada? El fin no esta definido o prefijado, el movimiento entero permanece cual “arco tendido”, y no creo sea hora de aflojar

la tensión dinámica y matar el intento. Porque el fin de la vida es ese mismo intento, y no lo que de ello resulte. Juzgan el intento por el resultado, pero si juzgásemos por el intento, nada de cuanto hemos hecho resultaría condenable, y todos estarían perdonados, luego vueltos a la obra.

Esta actividad del que vive en obras, no es escamoteo de la muerte. El *simulador* simula lo que primero ya ha asimilado no ser ni tener (inmortalidad). El mago creador de simulaciones es clarividente de la condición humana, mira lo absurdo, confronta el abismo, lo vacío sin fundamento que “es”, valga la contradicción, la ausencia de ser; respira en el desierto de lo real, y en vez de amargarse o resentirse por la no-significación de la vida, convierte esa inconsistencia primaria en potencia, partiendo de ese no-lugar y no-saber (de ese caos) para la creación de principios y valores necesarios para la vida (orden), que son para el creador solamente ficciones provisionales y estéticas, nunca realidades autónomas y fijas; y sin embargo, no hemos de olvidar, que esos mitos casi-rationales son ideaciones de repercusiones y consecuencias concretas en la vida de quienes las adoptan o se someten a ellas. Ahora que muchos pensadores creen estar “salvados” siendo críticos de toda ideología y mitificación, ¿no han convertido tal propensión enfermiza a la nada, encubierta bajo el lema “pensamiento débil”, en una nueva actitud dogmática (fuerte) en contra de ellas, y de toda simbólica imaginaria? ¿Y no descansa en parte, esta nueva actitud indignada contra lo fuerte afirmativo, en la caricatura propagada de la segunda guerra por todos los medios, que es la versión convincente de los vencedores-victimas de esa guerra? Si el nazismo hizo caricatura y distorsión de los judíos y aliados, no hicieron los aliados y judíos lo mismo con el nazismo. A los filósofos actuales, me parece nos compete este problema, pues ¿cuánto del pensamiento contemporáneo de izquierdas, que reacciona indignado a los “totalitarismos”, se asienta en varios tantos de esos “saberes no verdaderos”, rumores y narrativas operantes disparados por las cúpulas del poder? ¿No

respondieron los judíos con la narrativa mítica del “Holocausto”³¹, a la narrativa mítica alemán de la “raza pura”? ¿no es el proyecto de democratización del mundo un nuevo mito (el del “nuevo orden mundial”) cargado de la misma fuerza totalitaria e ideológica que los estados absolutos precedentes? ¿Debemos prevenirnos contra la fuerza dionisiaca arbitraria e irracional y su sequito de figuraciones apolíneas mítico-místicas cuando éstas y las otras se encuentran *necesariamente* al fondo de todas nuestras cosmovisiones más racionales y las echa andar? No debemos. Recordemos que muchas cabezas se tuvieron que cortar para hacer el liberalismo posible, y los masones franceses saben cuanto mito, símbolo, imaginación y rito religioso fraguó su mundo “más racional” y “laico” de nuestros días. También es interesante recordar que, si bien la gente del pueblo se opuso a las élites aristocráticas y a los tronos, el entero movimiento de las revoluciones liberales fue impulsado en logias exclusivistas de iniciados, con una organización jerárquica y secreta, basada en gran medida en el sistema de castas faraónico y de herencia sanguínea. ¿Porque en el billete de dólar de un pueblo supuestamente cristiano protestante aparece una pirámide egipcia con el ojo de Horus en la cima y una gran variedad de simbología pagana decora la misteriosa Washington? Sucede que el ideario del protestantismo, la francmasonería y los liberales resuenan entre sí, y también como lo demostró Max Weber, el “espíritu del capital”. De igual modo masones, sociedades secretas de origen extranjero intervinieron poderosamente en la gestación la “independencia” de México, la Reforma y Revolución, tanto en México como en las revoluciones de toda latinomaerica³² A la cabeza siempre

³¹ ¿Porque estaría penado, perseguido y vuelto un tabú en Europa el revisionismo o “negacionismo” del Holocausto si es un “hecho” que ocurrió un plan de exterminio con cámaras de gas? Afortunadamente, vivo en México. Hay grandes inconsistencias en la narración, pero el mundo entero cree, no sin ayuda de Hollywood, que los nazis eran el “mal encarnado”, mucho más que los rusos, o los norteamericanos, y que el pueblo judío, blanca paloma, sufrió “especialmente” aquella guerra. La “víctima universal” es su mito, mucho es real, pero mucho exagerado, mistificado, y aprovechado políticamente. Recomiendo el libro escrito por un judío hijo de supervivientes de Auschwitz “*La industria del holocausto*” de Finkelstein.

³² Cfr. Luis Zalce y Rodríguez, *Apuntes para la historia de la masonería en México*, México: Panamerican, 1950. También para una amplia bibliografía sobre el tema leer el artículo de la investigadora de la UNAM María E. Vázquez Semadeni *Historiografía de la masonería en México*, Costa Rica: REHMLAC/ Revista de estudios históricos de la masonería en Latinoamérica y el Caribe/ISSN 1659- 4223 Vol. 2 núm.1 Mayo-Noviembre, 2010.

los pocos con agendas esotéricas desconocidas (no transparentes, no democráticas), aunque se hable de soberanía popular, nacionalismo, asistencia social, marxismo, libertad, igualdad, fraternidad etc.. Y no lo digo con reproche, así es, y no puede ni debe ser de otra manera. Puede crear el mundo quien reconozca primero que existe ese poder mitificador, para en segundo lugar, expropiárselo. Para el arquitecto masón que construye un templo, el obrero es mano, pero de su voluntad. Al obrero le dicen pon aquí, quita allá, pero solo el “gran arquitecto” tiene la visión del Todo para la cual el obrero es solo un peón. Así piensan los masones que construyeron Washington con orientación astrológica.³³Y mientras al obrero le paguen, le respeten sus derechos, garantías o privilegios ¿qué le importa si lo que esta construyendo es su propia celda? ¿Qué le importa al ciudadano que no sea él en realidad el que esta creando detrás de bambalinas el escenario mundial si hasta le hacen creer que en efecto es su mano la que se mueve cuando pica la piedra (o vota) y no la del amo a través del? Así es y así debe ser, las excepciones creadoras, las aristocracias del espíritu, pastorean a los rebaños. No son los ricos supercapitalistas los guías, son los filósofos iniciados de entre ellos, quienes al modo de una republica platónica, dejan a los suyos la realización de visiones y la toma de decisiones (consejo de ancianos sacerdotes), mientras los esclavos hacen la barata mano de obra. Esta tesis, que quiere devolvernos la lucidez, es un esfuerzo por parte del autor para hacerse más dueño de sí, de esa voluntad formadora, pero también, de volverle más asequible al lector un poder mítico fundador de mundo, que muchas veces no sabe que tiene, porque su potencia mágica duerme, y hay fuerzas dedicadas a que se conserve tal condición pasiva, pues quien despierta, inmediatamente lo hace como guerrero, no solo desenmascarándolas, sino volviéndose dueño nuevamente de su voluntad formadora, que hasta ese instante, el dormido la creía “libre” por “derecho”. El hombre moderno es supersticioso de su libertad, cree que ya la posee, porque puede elegir a la carta lo que desea consumir, por quien votar o cómo

³³ David Ovason *La arquitectura sagrada de Washington*, México: Editorial Planeta/ 1ª edición, 2009.

expresarse. Nada de eso! hasta el gusto estético esta condicionado, basta examinar el ejemplo de como la publicidad no solo atina a lo que la gente necesita, sino que además define, crea esas necesidades y moldea nuestras aspiraciones. Elegimos entre opciones dadas, pero no elegimos las opciones. El juego, sus reglas y el tipo de baraja ya están configurados, y cada vez que uno pareciera tener una incitativa propia (comprar, votar, manifestarse en Wall street), en realidad uno simplemente asiente y es cómplice a nivel estructural del juego que se nos pide jugar. ¿Que tan libre es mi "libertad"? es una pregunta que compete a la lucidez. Pero también ¿se puede ser libre sin cierta ciega obediencia? La lucidez, con un ojo tuerto que no ve (que cree) y otro que si ve (que manda), es diabólicamente juguetona, como el pirata. Este toma la simulación, la producción de lo real que son los falsos saberes, como una verdadera tarea, seria y comprometida. Pero el pirata, el falsificador como dicen que lo fue Diógenes el perro cínico, es a la vista del académico Platón que cree en la diferencia entre verdad y apariencia, un imitador de lo autentico y original, un artista que desearía expulsar de su Republica. ¿Porque? Por que el soberano sabe en el fondo que esta inventando sus verdades y si quiere gobernar a la gran mayoría, sabe que no debe compartirse ese secreto que el artista tan abiertamente divulga. Platón sabe, en mi opinión, que su filosofía no esta por encima de la esfera de lo demiúrgico, que sus propias Ideas no son la Verdad, sino un trabajo artesanal. El conoce el limite del conocimiento, aunque para darse credibilidad haya dicho y hecho de su filosofía el camino a la Verdad. Y si no fuere así y en efecto fuere el ingenuo que se muestra, entonces Platón no comprende el ser pirata/artísta porque no a descubierto su propia piratería en los principios y fundamentos de esa "alta moralidad" que exige legislen ordenadamente la vida. El abismo donde el mundo pierde fondo, le debió ser o bien del todo desconocido o una experiencia para el frecuente. Pero la pregunta por la Verdad parece la de un ingenuo realista, que nunca comprendió que no hay que preguntarse cual billete es el original (verdadero), sino comprender que el original es también falso, producción, mero papel al que se le atribuye un valor que "en si" no tiene. Pero tan creemos que el dinero es "en sí" algo, y tiene

un “ser”, que incluso llega a parecernos más valioso ese “ser” que su creador, cuando ya no titubeamos en pagar un escuadrón de hombres armados que lo defiendan a balazos. Lo mismo ocurre con cualquier ídolo que forjemos (la entidad Dios) si olvidamos que broto de nuestro cuño. Con el dinero, que no significa por sí mismo nada - y reaccionamos ambiciosamente ante el fantasma que proyectamos en la cosa y nunca debido a la cosa misma- termina por decidir la vida, si comes o te mueres de hambre, si vales un centavo o no tienes ni donde caerte muerto. El pirata en cambio, conciente de las profundidades sin fondo del océano, intuye la fragilidad de su navío, símbolo de las flotantes y maleables creaciones de la razón. Por eso sabe cometer embustes, conoce el poder de lo que otros llaman “apariencias” y sabe que no hay mas verdad que una apariencia bien montada, y así entra en el terreno de lo ilícito, único espacio donde el juego se hace posible. El filósofo artista, como el pirata y el mago, se mueven entre las fracturas del sistema; encuentran esos espacios donde el mundo inconsistente, y los aprovecha. Desorientado de ir y venir tantas veces, no tiene rumbo fijo, y sin embargo, esa eterna repetición que es su viaje, en sí misma consiste el sentido. Porque no tiene principios inamovibles, el pirata se recrea a sí mismo, pone unas normas según lo que va dictando la necesidad, y no duda en traicionarlas y seguir otras si esas ya no le sirven. La conveniencia no el “bien común” también le hace pactar con los demás las reglas para vivir en comunidad. Absurdo que el “bien común” le interese como un fin, mas bien, sin santurronerías, reconoce que el bien común es un medio para su propio bien. El pacto con otros respecto a las leyes que se respetaran, no nace del “amor al prójimo” sino del amor propio, y si muchos protestan contra el egoísmo ajeno, se debe a su propio egoísmo que quiere ser atendido. No se deduzca de esto, deshonor, irresponsabilidad, pues para el artista la lealtad consiste no en ser fiel a sus principios o las leyes, sino en serse fiel a sí mismo, sobre todo cuando sus principios o las leyes se tornan en su contra. Si pierde la gracia, la fuerza, la intensidad de vivir ¿a qué le sirve la severidad del reglamento?

Crear nuestras simulaciones exige, que nos sirvamos *de* y que sirvamos a las fuerzas irracionales vitales: para eso, el pensamiento no ha de ser “débil” sino fuerte, afirmativo, y hasta metafísico. Mi propuesta: dejémonos soñar-vivir del único modo posible de soñar-vivir, cediendo *en parte* al prejuicio o la arbitrariedad, *con la salvedad* de que se haga, concientemente, lucidamente. Ficciones provisionales, tal es la necesidad cultural, y el tratamiento propuesto para reanimar la sangre que se nos vuelve atole. Sin duda es peligroso hacerlo, pero más peligroso es no hacer nada y, guiados por un maldito deseo de morir, añorar acomodaticamente “descansar en paz” en la impropiedad anónima del tímido o del tibio mediocre (que también es el que piensa demasiado las cosas), sin otro añoro que lo que se le ha mandado querer. Las generaciones de jóvenes actuales ceden demasiado al pacifismo, a la tolerancia, a la relatividad y subjetividad como al ensimismamiento e individualismo. Y nada de eso tiene que ver con ser un auténtico “sí mismo”. No hay ideales, no hay por lo tanto sentido del honor, ni el suficiente heroísmo para que no desaparezca la valentía y se luche contra esa cobardía que hoy aparece disfrazada de virtud de lo “polite”. Consumir, lucir, pastar, son en verdad las salidas desesperadas del incapaz ya de crear. Sospecho que el sospechar demasiado de nuestras sin-razones idealistas, pueda arrebatar nos los sueños, y los promotores (envenenadores) de un nuevo “tipo de racionalidad” nos previenen del mito, de la ideología, de la espontaneidad reflexiva y de la ingenuidad, para que no soñemos, como si evitar mitificar o identificarse con un mito fuese no solo posible, sino además mejor. Ése es ¡su mito!. Y suelen usar las desgracias de los siglos pasados como mejor argumento para que generando escepticismo e indignación, no creamos en nada, no nos arrojemos pro ningún ideal ni tomemos postura política alguna, y al fin así, no hagamos ni tengamos historia. Pero ellos ya empiezan a hacer la suya, instituyen su espurio Estado respaldados en su drama y en recursos que el nuevo imperio mundial de post-guerra disfrazado de ONU les da, y así continúan con su plan profético. Ya hasta nos definen seres “post-históricos”, estos celebradores del vacío de época, estos desinfladotes de espíritu humano. Ustedes dicen “recordar para no repetir”, yo digo olvidar para poder vivir,

recomenzar, Nietzsche dirá “prometer”. ¿Sobre quienes cae su venganza de resentidos? sobre las generaciones actuales de jóvenes intelectuales convenciéndolas de que es inútil, absurdo y peligroso crearnos un creer, y creer en nuestro crear. Es propagando el freno de nuestras tendencias irracionales, como se nos quiere separar de toda fuerza orgánica y ablandar nuestra voluntad. Con la psicología freudiana (y sus seguidores lacanianos) se quiere traer lo inconsciente a la conciencia, para refrenarlo, para adecuarlo a la sociedad moderna y preservarla, no transformarla. Muchas de esas energías irracionales necesitamos en cambio para generar profundas transformaciones, y la mejor forma de entendérselas con ellas no es a través de una ciencia racional-moral-matemática, sino a través de los mitos, de los símbolos arcanos y de las facultades imaginativas que son el auténtico lenguaje de ese “inconsciente”. Ni las matemáticas ni la escritura sagrada -con lo que se kabaliza la vida poética, alcanzan la belleza y la fuerza del mito. El “cómo” nuestra conciencia sirve al mito y no cómo el mito sirve al yo, es el giro que da un C. Jung a la psicología freudiana. Los resentidos quieren en cambio acabar con nuestras leyendas, con nuestros duendes y gigantes, se critica la magia, el ocultismo, deseando separar, excluir a todos estos anómalos de nuestras visiones políticas, sociales, científicas y filosóficas. La literatura se vuelve así el “campo de concentración” del mito. Un mundo sin alma es lo que quieren, un mundo seco como el del desierto del cual esos envenenadores provienen, de altas y complejas matemáticas cabalísticas inaccesibles, como su Dios ¿No hacen ahora algunos contemporáneos nuestros, una filosofía matemática sin rostro? Por mi parte, pienso en una filosofía tolteca, que tiene por ideal supremo para el hombre, hacerse dueño de “un rostro con corazón” mediante una “guerra florida”. Más colores, no series de unos y ceros.

La simulación no descubre la verdad, tampoco la niega, mas bien la inventa y la pone a funcionar. Tal teatralidad es lúcida mientras se sabe que eso es: una ficción temporal para la vida. El guión, el vestuario, el escenario y los gestos, producen lo real que no hay. Y cualquier saber, cualquier ficción,

cuando se propaga, cuando se publica, se vuelve ipso facto propaganda, contaminación, mensaje hipnótico, sugestión, y si convence a una masa alcanza el estatuto de verdad objetiva. Los filósofos y científicos, que desde mi perspectiva, nunca dejan y necesariamente son y han sido ideólogos, mitólogos y mitómanos -pues no existe el conocimiento verdadero, siendo lo “objetivo” meramente un consenso de subjetividades- forjan las sustancias del mundo porvenir, recubren el abismo, enmascaran el vacío, lo tornan presentable. Todo cuanto hoy nos parece razonable y verdadero mañana resulta falseado y ridiculizado. Los doctos crean las leyes que después ingenuamente dicen “encontrar” en la naturaleza. No tienen conciencia de la velocidad con la que inyectan y dan forma a las cosas, así que cuando aparecen en su conciencia creen que las encontraron. No se incluyen como observadores en el experimento, ni ven cuanto el resultado depende del que lo ejecuta. Lo cierto es que, el creador de simulaciones, hace emerger figurillas de apariencia racional del sin-fondo irracional, y lo hace de modo espontáneo, pues mucha de “la realidad” la estructuramos sin racionalizarlo. Contra Hegel y con Nietzsche, la lucidez establece la no-verdad como verdad del hombre y de la vida. Podemos así pensar la vida como “la potencia de lo falso”, el simulacro. Que Hegel llame “momento” en el camino hacia la verdad, a todo saber no verdadero, es discutible; por mi parte, me animo más a pensar que es el momento de Hegel y su filosofía el que ya ha pasado. Aún con que “todo lo real es racional y todo lo racional real”, el pensador por excelencia “científico” en su “Fenomenología del espíritu”, acude a lo mágico para explicar la potencia espiritual como aquella fuerza de permanecer en tensión dialéctica hasta que “aparezca algo nuevo”:

Pero la vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu solo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a si mismo en el absoluto desgarramiento. El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo, como cuando decimos de algo que no es nada o que es falso y, hecho esto, pasamos sin más a otra cosa, sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a

lo negativo y permanece cerca de ello. Esta permanencia es la **fuerza mágica** que hace que lo negativo vuelva al ser.³⁴

Si según Hegel la creencia en la magia debió ser superada como una etapa primitiva de la conciencia en su progresión ¿cómo es que ahora, en la cita anterior, lo mágico es tan fundamental a lo largo de todo el proceso e incluso parte esencial de la potencia de un espíritu cuyo proceder se supone es lógico? Lo único que quiero con esto sugerir, es que al fondo de todo sistema racional, podemos encontrar creencias supersticiosas, prejuicios, caprichos de fe, aseveraciones injustificadas, debilidades, contradicciones e inconsistencias, no porque los pensadores hayan cometido errores, sino porque el error es la condición de posibilidad de toda construcción de un saber. Se dan por sentado ciertas cosas que sirven como pautas, y a partir de ellas damos consistencia a mundos. Lo real no parece ser lo racional, mas bien lo Real son “fuerzas mágicas” inmanentes y arbitrarias que hierven y hacen emerger de su caos todas las esferas perfectas de la razón. Cual burbujas a la superficie de un caldero donde hierve el agua, el brujo Leibniz invento su monadología. El “logos” o la “conciencia” es un mero epifenómeno de la materia, y ésta, la apariencia sólida y estable de un mar inmanente de tensiones energéticas, inconsistencia pura que no se puede pensar, pero que *hace* el pensar, lo realiza. La realidad es realizada, es decir, hecha real. No esta ahí dada sino después de un largo a aunque increíblemente veloz proceso de conversión de la energía en materia, y de esta en símbolo. Y como no podemos tal como pensaba el empirista G. Berkeley separar un objeto en sí mismo de nuestra percepción de ese objeto, por ende, estamos involucrados necesariamente en la creación del mundo. ¿Quién explicará el sortilegio por el cual éste sale del sombrero cuando toda explicación ya lo hace nuevamente salir?

³⁴ G.W.F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, Tr. Wenceslao Roces. México: FCE 20ª reimpresión, 2000. p. 24. (las negritas son mías)

IV. LA LUCIDEZ Y LA FILOSOFIA TRAGICA DE NIETZSCHE

Pensar es siempre seguir una línea de brujería.

Gilles Deleuze

4.1 Plano de obra

Es el momento de hacer claro y palpable el sentido en el que la lucidez, según mi interpretación, amista con las ideas de Nietzsche. Se trata pues de una proximidad amistosa, no solo en el tono afectivo (la alegría) y en el estilo artístico de vida que propone (creación y crítica de valores), sino también respecto a varios conceptos presentes en su pensamiento (transmutación, voluntad de poder, sabiduría dionisiaca) Quiero afirmar lo siguiente: la lucidez se alimenta de dichos conceptos, pero también ellos, recíprocamente, se han vuelto posibles mediante accesos de lucidez. El pensamiento nietzscheano es lo más parecido a un discurso de la lucidez, pero también la lucidez, es condición de posibilidad para un discurso tan abismático y vertiginoso como el suyo.

Para apretar con fuerza este lazo amoroso, pues me propongo explicitar las resonancias de sus conceptos con la “lucidez” según mi apreciación, me valgo además de otro autor, quien ayude a legitimar y justificar este lazo amistoso ante el dios de la academia. Para mi interpretación me sirvo de dos obras de Gilles Deleuze: “*Nietzsche y la filosofía*” y “*Nietzsche*”.¹ También utilizaré el “*Nietzsche: biografía de su pensamiento*” escrita por R. Safranski.² Sin embargo, cabe aclarar, que en concordancia con la misma propuesta nietzscheana de creación en apuesta perpetua por la diferencia, y en resistencia rebelde a la identidad (e identificación), se demarcará también en el presente capítulo, un camino distinto, para decirlo sin modestia, *mi* camino y tesis:

¹ Gilles Deleuze, *Nietzsche y la Filosofía*, Tr. Carmen Artal. España: Editorial Anagrama, 2002. Y el otro del mismo autor titulado simplemente *Nietzsche*, Tr. Isidro Herrera y Alejandro del Río. Madrid: Arena Libros, 2000.

² Rudiger Safranski, *Nietzsche: biografía de su pensamiento*, Tr Raúl Gabás, España: Tusquets Editores, 2001.

*Toda creación es singular, y el concepto como creación propiamente filosófica siempre constituye una singularidad.*³

Estoy al tanto de los peligros para la lucidez cuando hay el caso de una identificación con el discurso ajeno al grado de perdersenos de vista la diferencia (la propia ante el gurú o la del otro ante la propia mistificación), con lo que, si esto llegara ser el caso de mi pensamiento, no habría ninguna innovación (relativa) y solo aburrida repetición, pero además, caería en una contradicción con la misma tesis de la lucidez en tanto *desencantamiento* o no-fascinación. Es peligroso hacerse “fan” o “discípulo” y hasta “amigo” de las ideas de Nietzsche (como de cualquier otro pensador), pero a la vez, me parece es un romance necesario en él filósofo para alimentar y luego liberar su pensamiento al arte, a la invención conceptual. Ante este doble peligro y necesidad, la lucidez será aquello que me permitirá disfrazarme y nutrirme de un pensamiento ajeno sin perder de vista la propia tirada de dados o constelación:

La amistad comportará tanta desconfianza emuladora hacia el rival como tensión amorosa hacia el objeto del deseo. Cuando la amistad se vuelva hacia la esencia, ambos amigos serán como el pretendiente y el rival.⁴

Seré pues amigo de las ideas nietzscheanas únicamente en la medida en que me permitan dirigirme al objeto (en construcción) de deseo de esta investigación: la “esencia” de la lucidez, la creación de su “sí” *en tanto concepto*, objeto en el cual recae realmente mi amistad y fidelidad. Y en este sentido, no sería amigo de un pensamiento “legislador” si hiciera lo contrario, pues en él encontramos la exhortación a crearse a sí mismo, (auto-postularse) a forjar los propios conceptos, diferenciándose del camino de otros pasajeros, aunque partiendo de un encuentro con ellos. Respecto a esto, Nietzsche escribe del filósofo:

(...)disponen del trabajo previo de todos los obreros filosóficos, de todos los sojuzgadores del pasado-extienden su mano creadora para coger el futuro, y todo lo

³ Gilles Deleuze y Felix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Tr. Thomas Kauf. España: Editorial Anagrama/ 8ª edición, 2009. p. 13

⁴ Ibid. p. 10.

que es y lo que fue se convierte para ellos en medio, en instrumento, en martillo. Su “conocer” es *crear*, su crear es legislar, su voluntad de verdad es- *voluntad de poder*.⁵

Se observa el mismo carácter legislador de la filosofía cuando Deleuze/Guattari escriben:

Pero el concepto no viene dado, es creado, hay que crearlo; no está formado, se planeta a si mismo en sí mismo, autoposición. Ambas cosas están implicadas, puesto que lo que es verdaderamente creado, de la materia viva a la obra de arte, goza por este hecho mismo de una autoposición de sí mismo, de un carácter autopoético a través del cual se reconoce. Cuanto más creado es concepto, mas se plantea a si mismo. Lo que depende de una actividad creadora libre también es lo que se plantea a si mismo, independiente y necesariamente: lo más subjetivo será lo más objetivo.⁶

¿En dónde veremos éste camino “nuevo”, éste sentido “otro” en el que voy a leer las ideas del autor en cuestión? Como dije anteriormente: en explicitar las relaciones o resonancias entre sus conceptos y la lucidez. Para conceptuar la lucidez me será necesario además definir *su* problema, plantear dónde esta puesta en juego la lucidez o bien, qué es lo que ella pone en juego. Mostrar también en que medida la lucidez es un problema en filosofía que justifica su concepción. En otras palabras, el “nuevo” concepto de lucidez será meramente la forma original de establecer relaciones entre conceptos precedentes, y que refiera a uno o varios problemas ya planteados, sin que por ello mismo la lucidez deje de ser la presentación de un nuevo problema. Mi camino viene siendo el de urdir el tejido, el nexo heurístico, entre los conceptos ya definidos por varios autores (lo dado) y un futuro concepto de la lucidez (lo (buscado) que viene tomando forma, pues mis ensayos a modo de capítulos son preparativos de un alumbramiento, realizan el devenir de un concepto-germen (la lucidez) y confío en que tal nonato llegue a dar sus primeros berridos, a tener sus primeros brotes al final del túnel, es decir, que el concepto de lucidez, ahora en proceso de formulación, quede más definido en las conclusiones. Conviviendo y tomando hilo prestado de otros discursos cercanos a la intuición de la lucidez, intento la composición de un concepto póstumo que todavía me parece fugitivo. Sigo la

⁵ Ibid, Nietzsche cit. en. *Nietzsche*, p. 75.

⁶ Ibid, *¿Qué es la filosofía?*, p. 17.

huella que deja la presa, pero todavía no esta bien esclarecido de qué criatura misteriosa se trata, y como Alicia en el país de las maravillas, no me queda sino ir de un encuentro en otro (con los autores) hasta realizar la experiencia trágica del perderse para encontrarse, pero no siendo el mismo, sino otro: el que haya logrado o malogrado formular la lucidez. Sin embargo, no me preocupa del todo el resultado, reconozco los alcances y límites de una tesis, cuyo “triumfo” entiendo más en términos de una intensa tensión propositiva. Será digno lograr al menos, y éste “al menos” lo digo porque veo cerca el cierre, haber dado vida a los gérmenes de un concepto que da para un desarrollo posterior. Me he lanzado a una aventura filosófica, y he corrido el riesgo. Estoy embarcado en la “nave de los locos”, partiendo aguas sin saber a donde voy pero también apoyado en vagas referencias, pues la lucidez como tal, no la encuentro filosóficamente definida en ningún lado en toda la amplitud que le quiero dar. Aunque por el momento no tenga una idea acabada de lo que la lucidez es, únicamente a la mano los esbozos presentados en estos ensayos, voy de camino, no al descubrimiento de la lucidez sino a su creación conceptual. Precisamente, la labor filosófica, si hay lucidez, consiste menos el decir lo que una cosa es en sí misma cuanto en crear esa cosa:

*“Los conceptos no nos están esperando hechos y acabados, como cuerpos celestes. No hay firmamento para los conceptos. Hay que inventarlos, fabricarlos o más bien crearlos, y nada serían sin la firma de quienes los crean. Nietzsche determinó la tarea de la filosofía cuando escribió: **“Los filósofos ya no deben darse por satisfechos con aceptar los conceptos que se les dan para limitarse a limpiarlos y a darles lustre, sino que tienen que empezar por fabricarlos, crearlos plantearlos y convencer a los hombres de que recurran a ellos. Hasta ahora, en resumidas cuentas cada cual confiaba en sus conceptos como en una dote milagrosa procedente de algún mundo igual de milagroso”** pero hay que sustituir la confianza por la desconfianza, y de lo que más tiene que desconfiar el filósofo es de los conceptos mientras no los haya creado el mismo”⁷*

Es una labor interpretativa, no científica. La “cosa” que quiero decir es la lucidez, pero parto de que se trata de un concepto a formular, que no tiene ninguna realidad “en sí” por fuera del lenguaje que la enuncia. Su “en sí” o “sustancia”

⁷ Ibid, p. 11. (las negritas son mías)

será mas bien ese nudo gordiano que voy entretejiendo, palabra a palabra, para dar consistencia al concepto. Su ser es su decir. Como se formule, será. En este sentido, las conclusiones de esta investigación, pretenden decir la “ousia” de la lucidez, o sea, explicitar los componentes del concepto, de qué esta hecho: “(...)cada concepto será por lo tanto considerado punto de coincidencia, de condensación o de acumulación de sus propios componentes”⁸. El concepto de lucidez será pues, ese punto que reúne la multiplicidad de ideas dispersas que en estos ensayos e ido forjando como series de argumentos, y que en la conclusión pretendo agrupar en un todo consistente. Decir la fórmula del concepto (lucidez) será precisamente, explicitar las relaciones implícitas entre sus componentes (otros conceptos), relaciones que apenas voy entretejiendo, argumentando. Siguiendo a Deleuze, existen zonas de proximidad, “*umbrales*” entre componentes intrínsecos al concepto que señalen el lugar de su “*articulación*”, “*intersección*” y “*repartición*”. Pero también, “*puentes*” a otros conceptos y filosofías extrínsecas a la lucidez, pero que resuenan de algún modo con ella pues se sitúan en un mismo plano. Es la “*endoconsistencia*” y “*exoconsistencia*” del concepto:

(...) lo propio del concepto consiste en volver los componentes inseparables **dentro de él**: distintos, heterogéneos y no obstante no separables, tal es el estatuto de los componentes, o lo que define la **consistencia** del concepto, su endoconsistencia. (...) Los componentes siguen siendo distintos, pero algo pasa de uno a otro, algo indecible entre ambos: hay un ámbito **ab** que pertenece tanto a **a** como a **b**, y en el que **a** y **b** se vuelven indiscernibles. Estas zonas, umbrales o devenires, esta indisolubilidad, son las que definen la consistencia interna del concepto. Pero éste posee también una exoconsistencia, con otros conceptos, cuando su creación respectiva implica la construcción de un puente sobre el mismo plano. Las zonas y los puentes son las junturas del concepto⁹

Sea pues reiterado que, he intentado en lo posible, seguir para esta construcción conceptual de la lucidez, el espíritu constructivo deleuzino expuesto en “*¿Qué es la filosofía?*”. Si apenas hasta ahora anuncio el “*método*” que he seguido, es porque no estaba al tanto, no tenía nombre para lo que hacía hasta ahora: *crear un concepto, empezar sus esbozos*. En este sentido, he sido mas bien anti-

⁸ Ibid. p. 25

⁹ Id.

metódico en mi exposición, aunque muy en la práctica, he sido fiel a la idea de un pensamiento que deviene, que no se preestablece, y que encuentro muy bien articulado en la expresión poética de A. Machado “*caminante no hay camino, se hace camino al andar*”. Puede tomarse con humor el hecho de que esta investigación termine justo donde “debía” de comenzar. Ahora estoy al tanto, de que mi trabajo hasta aquí, ensaya un concepto, y es un experimento. Pasemos por lo pronto al pensamiento de Nietzsche, y digamos, en este último capítulo, cómo es que aporta al concepto de lucidez.

4.2 Lucidez y transmutación

Comencemos por decir en cuáles ideas tuyas está presente la lucidez y porqué, pero también aclarar cómo a tales concepciones geniales, es necesaria y consustancial un tipo de experiencia intuitiva y constitutiva de la lucidez que llamaré *despertar*. Quiero mostrar por supuesto de Nietzsche, lo mucho que sus conceptos filosóficos son expresiones de una vida vivida en “*los límites del mundo*”, y cómo esta *condición* (de un pensamiento creador) depende a su vez de un despertar: acceso de/a la lucidez. Sólo hay lucidez cuando se está situado en el límite o como arrojado en él por ese “despertar”. Este concepto de *límite* (E. Trías) lo encuentro en resonancia con lo que Nietzsche llama “abismo” y tiene un correlato fisiológico, el “vértigo”. Oímos a su Zarathustra, a mi juicio “*personaje conceptual*” de la lucidez decir:

El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, un cuerda sobre un abismo. Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse. La grandeza del hombre esta en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso.¹⁰

Sin embargo, para encontrarse ahí, arriesgado en esa cuerda tendida (el límite), algo acontece: una iniciación por lo regular accidental con la muerte, literal o metafóricamente, el choque trágico contra ese límite que sacude el edificio

¹⁰ Friederich Nietzsche, *Así habló Zarathustra, un libro para todos y para nadie*. Tr. Andrés Sánchez Pascual. España: Alianza Editorial, 2000, p. 38.

entero de la ficción y que provoca *despertar*. Siguiendo el sentido de la narración ¿No pasa eso después que el volatinero cae? Mediante un último acceso de lucidez, antes de morir del todo, despierta y renace a cierta verdad liberadora oída de Zaratustra¹¹:

Al poco el tiempo el destrozado recobro la conciencia y vio a Zaratustra arrodillarse junto a él. “Que haces aquí, dijo por fin, desde hace mucho tiempo sabía yo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres tú impedirselo?”

“Por mi honor, amigo, respondió Zaratustra, todo eso de que hablas no existe, no hay diablo ni infierno. Tu alma estará mas muerta aún mas pronto que tu cuerpo: así, pues, ¡no temas ya nada!”

Y todavía en una actitud pesimista característica de un nihilismo reactivo el moribundo dice:

“Si tu dices la verdad, añadió luego, nada pierdo perdiendo la vida. No soy mucho más que un animal al que con golpes y escasa comida, se la ha enseñado a bailar.”

Pero Zaratustra, transmutando los valores y dignificando la condición de quien danza en el límite, contesta al aquejado:

“No habléis así, dijo Zaratustra, tú has hecho del peligro tu profesión, en ello no hay nada despreciable. Ahora pereces a causa de tu profesión, por ello voy a enterrarte con mis propias manos.”

Finalmente el volatinero da las gracias. Su “ocaso” en realidad es superación, “tránsito” a una vida revalorada. La narración dice “...*el destrozado recobró la conciencia*”, en mi interpretación, la lucidez. No se trata en realidad de una recuperación de la conciencia moral, más bien y por el contrario, todo ese universo de valores a sido destrozado (desmembramiento dionisiaco), el volatinero se encuentra desmoralizándose, perdiendo con ayuda de Zaratustra hasta el respeto por su alma, mero fantasma de la vida, “*no temas ya nada!*”. Una vez transmutada la reactividad del volatinero en actividad, agradece y no lloriquea más, quiere lo que es, “*quiere perecer*” y su fortaleza se haya tan

¹¹ Ibid, pp. 43-44.

próxima al superhombre, que Zaratustra lleno de amor carga con él para enterrarlo:

*Yo amo a quienes para hundirse en su ocaso y sacrificarse, no buscan una razón detrás de las estrellas: sino que se sacrifican a la tierra para que ésta llegue alguna vez a ser del superhombre.*¹²

La lucidez quita de preocuparse por la salvación, por mas allá, pues revela la mera creencia en el alma (yo), una *idea* mortal “*tu alma estará mas muerta aún mas pronto que tu cuerpo*”. Lo que por mi parte, me animo a interpretar implícito en el entierro, es que ha devuelto al volatinero el “*sentido de la tierra*”. Zaratustra, ejemplo de la lucidez, enseña a los moribundos (los decadentes) a vivir sin reservas, no a la espera de un después, un mañana o un más allá. El lance hacia el porvenir que es “amor por el superhombre” que la tierra parirá, se provoca, no se espera como la promesa religiosa, se activa no postergando las posibilidades como cuando nos imaginamos dueños de ellas mañana (mito del progreso) o en una eternidad post-mortem fuera del tiempo vivo e inmanente, sino que bebiéndonos y dando de beber cuanto se puede a éste instante, es como fusionamos nuestra conciencia con esa “voluntad de poder” que *somos* y que quiere “agotar el campo de lo posible” que es la vida. Un incremento en la intensidad de vivir, en el vigor y en la fuerza, no necesariamente en el “Bien”, es la consecuencia de esta revaloración de la vida que sólo nos viene por accesos de lucidez. Hacerse una representación de lo que será el “superhombre” para luego fanáticamente tratar de imitar una imagen rígida como hicieron los imitadores de Cristo, es no haber comprendido que lo que es “superior” es ya el estado danzarín de permanente tensión dinámica de quien se encuentra en un viaje hacia sí mismo (Otro), fuera de sí mismo, arrojado con valor a la vida y sin regatearle nada. Se trata pues de la ruptura con toda teleología e ideología, divina o humana. Pero esta ruptura no nos dejara inactivos (incluso para retomar la creación esta vez conciente de ideologías y mitos), pues este romper con los

¹² Ibid, pp. 38-39.

fantasmas y arcontes¹³ de las superestructuras estrecha lazos con la vida y su poder activo, creador. En otras palabras, tal recuperación de “conciencia” del destrozado significa una re-configuración, una diferencia o ruptura respecto a lo anterior y no un retorno de lo Mismo. Se trata de un comienzo, una iniciación en la “*sabiduría dionisiaca*”, que para los fines de mi trabajo, identificaré con la lucidez. Se ha utilizado el término “conciencia”, pero ésta no corresponde a “sabiduría” sin una aclaración previa: decir en que medida lucidez sea o no conciencia. No lo es (conciencia) si por ésta última entendemos distanciamiento de la vida, elevación espiritual contra los instintos saludables o control. Éste sería mas bien el “innoble” contrasentido de la “*voluntad de poder*”, que ha convertido las fuerzas activas en reactivas:

Nietzsche responde: las fuerzas reactivas, aunque se unan, no componen una fuerza mayor que sería activa. Proceden de un modo distinto: descomponen; **separan la fuerza activa de lo que ésta puede**; sustraen de la fuerza activa una parte o casi todo su poder[...] ¹⁴

El desdoblamiento de la conciencia que se mira a sí misma, la autoconciencia (Hegel), es reactiva no sólo porque separándose de la vida la rechaza, sino además, porque al hacerlo yergue su propia fantasmagoría como única realidad, sometiendo así la vida al Logos, maldición de la dialéctica denunciada por Nietzsche. Si en cambio por lucidez entendemos sí conciencia, pero ya no *de* la vida (volviéndola un objeto familiar) sino *con* ella, es decir, en relación y participación creativa (activa) con las fuerzas vitales (potencias) y al servicio de ellas (coproducción) entonces tenemos que la vida (la tierra) no es subyugada dialécticamente (conocida, representada), sino amada en toda su maravilla y

¹³ Los “arcontes” en la mitología gnóstica son los guardianes y agentes del sistema cósmico del Demiurgo y que en realidad son las partes constitutivas de su estructura. Esta era la razón de que a los planetas y a las distintas partes del cuerpo humano se le atribuyeran distintos “ángeles” regentes. Los “guerreros de la lucidez” por nuestra parte, queremos “acabar con el juicio de Dios”, con Dios mismo y su mundo de categorías dominantes que es la entera superestructura, con el fin no de lograr la Nada o el Caos, sino una recreación estética de la vida. Esto es: recuperación de su fuerza y belleza, volviendo al “cuerpo sin órganos” que según mi lectura se parece mucho al concepto ocultista de “cuerpo energético”, contraparte o “doble” sensible y desconocido del cuerpo humano.

¹⁴ Ibid, *Nietzsche y la filosofía*, p. 83. (las negritas son mías)

horror. Si lo activo como dice Nietzsche es *“tender al poder”* y si como Deleuze indica *“Apropiarse, apoderarse, subyugar, dominar son los rasgos de la fuerza activa. Apropiarse quiere decir imponer formas, crear formas explotando las circunstancias”*¹⁵, todo ello a mi parecer, debe leerse en un sentido muy preciso: las fuerzas están *de la mano* para afirmarse **ellas** y no *en la mano* de un “yo” que las niega alzando contra ellas su propia fantasmagoría e irrealidad, su propia reactividad. La reapropiación de la fuerza no es por un “Yo”, sino por la impersonal voluntad de poder que arma un Yo. El gran egoísmo es cualidad de la voluntad, de la fuerza, no del yo. El triunfo de las fuerzas activas en el creador no significa que “yo” se fortalezca, al contrario, al abrirse a lo múltiple y a la fuerza que lo inunda, situado en el límite, el ego es desapropiado de sí mismo, se debilita y se olvida de sí: *“Yo amo a aquel cuya alma esta tan llena que se olvida de sí mismo, y todas las cosas están dentro de él: todas las cosas se transforman así en su ocaso”*¹⁶ En las “tres transformaciones” lo que se torna poderoso en un hombre es la fuerza, no el “hombre” que únicamente es su máscara. Esto anterior, el empobrecimiento del yo, significa para la voluntad lo contrario: se ha tornado más sana, vigorosa, poderosa y creadora, juguetona con el sentido, que sólo es disfraz. Ha recuperado, al devenir activa, toda su plasticidad. “Superhombre”, en mi sentido, no es que el hombre se redima de la naturaleza, o que ésta se redima en aquel; mas bien la naturaleza (la inmanencia) se redime a sí misma *del* “Hombre” transformándolo en aliado activo de su propio ocaso-superación. Que la fuerza devenga más ella misma significa menos *de un yo*, pues según mi interpretación, que las fuerzas transmuten activas significa su auto-pertenencia, destierro (desterritorialización) del yo:

Quien sabía plenamente que la inmanencia sólo pertenecía a sí misma y que por lo tanto era un plano recorrido por los movimientos del infinito, rebotante de ordenadas intensivas[...]era Spinoza [...] (No es la inmanencia la que pertenece a la conciencia, sino a la inversa)¹⁷

¹⁵ Ibid, p. 63.

¹⁶ Ibid, *Así habló Zaratustra...*, p. 40.

¹⁷ Ibid, *¿Qué es la filosofía?*, pp. 51-52.

En una conversión así (dionisiaca), donde las fuerzas activas se apropian de sí mismas desposeyendo parcialmente al “yo” de autonomía y soberanía, el hombre (lo que queda de él, pues ha sido desmembrado) acaba en la posición servicial del artista que obedece a su “daimon”, entiéndase: el punto singular de condensación de múltiples fuerzas (instintos) intra-corpóreas que hacen la flama de un “cuerpo sin órganos”, nodo de acumulación y tensión energética. En la vida vuelta obra de arte, “el sí mismo domina y es dominador del yo”, distinción entre uno y otro que se hace evidente cuando Nietzsche, en “los despreciadores del cuerpo”, pone en boca de su Zarathustra lo siguiente:

Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo. El cuerpo es una gran razón una pluralidad dotada de un *único* sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor. Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas “espíritu, un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón. Dices “yo” y estas orgulloso de esa palabra. Pero esa cosa aún más grande, en la que tu no quieres creer, -tu cuerpo y su gran razón: esa no dice yo, pero hace yo. [...] Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido- llámase “sí mismo”. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo.¹⁸

Obedecer la energía, seguir las fuerzas demoníacas amorales, la propia vibración o música vital, evidentemente no es obediencia a la conciencia moral como en Sócrates, pues éstas fuerzas en su “*activa destrucción*” presionan con “voz” de mando al recreo de sí. Este recrearse, cabe decir, es juego y no juicio. El imperativo de esa “voz” (fuerza mas bien) no es el divino o natural ¡perpetuad la especie! ni tampoco el socrático ¡no hagais!, sino que se trata mas bien del demoníaco ¡transformate!. Su agresivo dinamismo es opuesto a cualquier modalidad de las fuerzas reactivas como son la “conservación” la “adaptación”, “nutrición” o “reproducción” y que hayan su correlato moral en la prudencia y pasividad como “virtud” de los sabios. El “daimon” reinterpretado será ésta fuerza de gravedad singular, “*sentido de la tierra*” que tira hacia abajo, y una vez ahí, a los lados (en múltiples sentidos) El “daímon” no es la inteligencia (logos) sino lo que la hace fuerte, afirmativa (eros), y ya vimos como la racionalidad es tratada por Nietzsche como “pequeña razón”. Este “demonio” que llama, mejor

¹⁸ Ibid, *Así habló Zarathustra...*, pp. 64-65.

dicho, tira a vivir, constituido por éstas fuerzas activas afirmadoras y libre de los fantasmas conceptuales negativos, es auténticamente el “espíritu”. Solo en consecuencia a una concepción dualista-platónica lo espiritual y lo sensible se contraponen. Pero revaloremos, es posible ver “espíritu” no en la razón y sus luces, sino en esta plástica y generadora “voluntad de poder”. ¿Cómo puede el instinto o la fuerza ser espiritual si supone animalidad? Quizás la antigua concepción de “espíritus animales” tengan mucho aún que decirnos. Digámoslo: El espíritu o deimon singular, no es la conciencia moral o “yo” interior, sino el punto de condensación de las fuerzas activas (animales) que hacen un cuerpo energético, “sin órganos”. Hay que pensarlo fluido, no como una cosa sólida, y sin embargo, físico. Valga la siguiente analogía; así como el rayo es afirmación de una singular expresión, efecto de la condensación de fuerzas magnéticas dispersas en la nube, así el demonio intra-corpóreo en cada cual es la emergente chispa de vida singular donde azarosamente condensan, afirman o asestan un golpe la pluralidad de fuerzas activas dispersas. Se trata de una reunión, un aquelarre, pues lo mágico es la unificación de fuerzas múltiples para expresar un ser, y somos la ordenanza de un caos. No hay ley para esta misteriosa conjunción, el azar realiza las tiradas inocentemente, sin saber lo que hace o porque lo hace. Tornarse activo es seguir el sentido propio, como hace el rayo, la propia gravedad o potencia, el “sentido de la tierra”, siguiendo la tendencia de la fuerza *en* uno, no la voz de la conciencia. Todo esto requiere por parte de uno “ponerse a la escucha de la vida”, y llamo aquí al “*personaje conceptual*” de la bruja, como la que sirviendo a las fuerzas “demoníacas” se sirve a su vez de ellas, y que teniendo una concepción no dominativa de la fuerza, con la que ha hecho “pacto”, acopla el poder en su vientre, lo gesta y lo pare. Sabe escuchar la vida, recibirla en vez de decirle que hacer. Por esto muchas de esas “brujas” fueron en la Edad Media comadronas que experimentadas en el proceso de nacimiento, estaban siempre muy próximas en su oficio a los límites entre la vida y la muerte. De ahí que conocieran su secreto, revelado a ellas solo en esos umbrales. En la medicina natural, o en la magia, no debemos ver un periodo ignominioso o inmaduro, sino aquello que

falta a nuestra ciencia y técnica moderna: una relación cercana con la vida. La sabiduría de “las cosas más próximas” dirá Nietzsche.

El cuerpo y su sujeto, en tanto maquinados y ensamblados (conjurados) no son mas que la máscara o expresión en la representación, del reverso e inmanente riego de fuerzas energéticas condensadas en un punto singular. Un aquellarre es el “*punto de encaje*”¹⁹ de estas fuerzas que al encontrarse hacen chispas y producen o invocan un cuerpo, y después un “yo”. Se han acumulado y congregado las potencias ciegas y oscuras primero en un punto pre-corpóreo, nodo de acumulación energética previo a la representación corpórea, punto que siempre en línea de fuga o devenir, podemos imaginarnos como la bruja en escoba que se desplaza en la noche como Satán-rayo. Luego, cuando ese cuerpo energético, ese proceso “rebotante de ordenadas intensivas” que es la voluntad de poder, por medio de operaciones falsificadoras es inmovilizado, traído al “mundo como representación”, entonces aparece el cuerpo como algo organizado, y la conciencia, nueva falsificación, como su torre de control.

En la singularidad de mi ser unas fuerzas se realizan o expresan. Un tipo “hombre” es sacrificado, quemado, cual rito dionisiacos de fertilidad para que emerja alegre de las llamas el “demonio”, es decir, la potencia alegre de lo múltiple que no quiere ser reprimida, que quiere jugar a las máscaras y detesta la univocidad del ser, el rictus de un rostro muerto. La luz bella (luzbel) de este claroscuro en el bosque son las fuerzas activas creadoras que no “vienen al mundo” de una alta y trascendente dimensión moral (el Bien), sino que hacen y deshacen ese mundo del valor desde dentro, inmanente concepción, rayo-raíz (rizomas) La reiterada actitud valorativa de la lucidez, su “nihilismo activo”, es el

¹⁹ El concepto “punto de encaje” refiere al lugar donde la percepción se ensambla. Los “campos de energía” que somos y que nos rodean -según la concepción en la literatura de Carlos Castaneda, similar al “campo de inmanencia” de Deleuze (y éste retoma varios elementos de Castaneda)- serian interpretados y convertidos en el mundo sólido y estable que nos rodea justo en ese punto. Percibimos como lo hacemos por la ubicación de ese punto y un cambio de posición de tal punto daría por resultado la percepción ya sea de éste mismo mundo pero de distinta manera, o la percepción extraordinaria de un mundo nuevo por completo, como cuando ocurre el soñar o en estados alucinógenos.

fuego “satánico” transformador en el que el hombre (junto con Dios) como entidad fija, como ídolo y valor, es consumido, superado. Pero además, el hombre que se supera a sí mismo, que se destruye para recrearse, lo hizo porque pudo danzar, devenir maleable. El creador, devenido uno con las fuerzas activas que lo transforman, ha vuelto al estrato prehumano primigenio donde nada está todavía del todo formado, dicho o hecho. El caldo no cuaja todavía, todo permanece como posibilidad, como indeterminación, hasta que es elegido. Y el brujo aprovecha esto, los resquicios de inconsistencia del mundo, sus grietas. Succionado por ellas en lo sin-fondo se ha borrado a sí mismo del mapa y ha borrado también el rostro familiar también de las cosas que ya no alcanza a reconocer, pues se permite experimentar la extrañeza nocturna, como una niebla que todo lo invade. En este umbral habita el artista-filósofo, el alquimista, donde las cosas no han salido de la espesura, y él mismo es parte de ese gran misterio que pareciera terminar por usarlo a él para develarse.

La disolución de un mito único permite la creación de otros varios. Las potencias liberadas, antes sustraídas o separadas de su capacidad, absorbidas por las fuerzas de la reactividad, son esa activa “maldad divina” y necesaria para la “transmutación de todos los valores” que existe en toda crítica de la cultura, y que sin remordimiento aplica el “martillo del filósofo”, nunca más el “martillo de las brujas”²⁰ Cuando las fuerzas activas, creadoras, no están ya constreñidas por el “Juicio de Dios”, pueden de nuevo danzar y jugar, pues su inocencia queda restablecida. Esto ocurre en el estrato de la voluntad, mientras que en el de la representación, a la par y en resonancia, un juego de máscaras, un juego con el sentido. Todo esto no evoca sino una fiesta, animada por el deseo de que nunca termine, de que se repita una y otra vez, el “eterno retorno” donde no existe culpa suficiente para decir “la última y nos vamos”. Mi idea de aquelarre

²⁰ “El martillo de las brujas”, texto manual de la Inquisición para la cacería de las brujas, yo lo considero la antítesis radical del “martillo del filósofo” de Nietzsche, pues éste último exige el derribar valores y prejuicios, cosa que el primero solo se dedica a imponer brutalmente. Uno es el martillo que clava al hombre en la cruz, en nombre de esa Cruz, y otro el que derriba ídolos para construir.

coincide con la de carnaval según la expone Eugenio Trías, pues en ambos lo que se afirma es la “muerte del hombre” ya implícita en la “muerte de Dios”:

Yo entendería la tesis de la “muerte del hombre” en el sentido de una **disolución de esa identidad** o de un **desfondamiento de esa sustancia o fondo**. Y una razón de peso alegaría a favor de esa liquidación: la sospecha del carácter ficticio de esa identidad consciente o de ese “yo” seguro y asegurado. Por supuesto que todas esas representaciones sobre la conciencia o el yo poseen, en último término, una raíz cristiana: derivan de las ideas canónicas de la persona y de la unidad sustancial²¹

La idea de “persona” debería sustituirse por la idea de máscara o disfraz: pues la persona o yo esconde, bajo su aparente unidad, una multiplicidad [...] No hay unidad sino desdoblamiento y travesti [...] El concepto nuclear será el concepto de imaginación, fragua colectiva, anónima de caretas y papeles, horno y crisol de máscaras. La represión de la imaginación tiene lugar cuando una máscara olvida su condición ficticia y se yergue en entidad sustancial, engendrando de este modo una conciencia o yo²²

La lucidez es un tipo de nacimiento por segunda vez, pero por un proceso de muerte simbólica que no necesariamente significa la muerte física. Se trata de la “nigredo” de los filósofos alquimistas, o en términos místicos, “la noche oscura del alma”. La persona rígida, la cristalizada máscara, muere. Pero también el pensamiento monoteísta, monolítico y falocéntrico en el cual descansaba tal “identidad”. Uno es destrozado, fulminado por un rayo como lo muestra la carta de la Torre del Tarot de Marsella. Lucidez es, en efecto, que te parta un rayo. Volatilizada la coherencia, perdida la “unidad”, realizamos la experiencia trágica donde tras romperse el “huevo cósmico” placentario por una fuerte sacudida o crisis, sucede el encuentro con lo demoníaco, y entramos en contacto con las titánicas fuerzas múltiples que desmiembran al falso “uno” arrojándolo al caos de una multiplicidad subyacente, donde sentimos como nunca nuestra ignominiosa condición prehumana. Pero luego, de ese estado de vulnerabilidad máxima, si es que el aventurero no se deschaveta por completo, emergemos como vueltos a ensamblar, pero con un nuevo vigor y un brillo desconocido. Si no se perdió del todo la conciencia en el transcurso, los poderes o potencias

²¹ Eugenio Trías, *Filosofía y Carnaval*, España: Editorial Anagrama 3ª edición, 1984, p. 84.

²² *Ibid*, p.86.

quedan integradas, y se tornan aliadas, cómplices en el arte de crearse a sí mismo y en el arte de vivir. Pero si no hay suficiente fortaleza en medio de tal embuste de lo desconocido o si la dosis fue demasiada, entonces las potencias destruyen la psique y el aventurero enloquece, enferma y muere. En la experiencia de nacer de nuevo la muerte nos desafía, y respondemos al desafío o la dejamos ganar. En toda obra activa donde un rayo de lucidez triunfa, los procesos de “destrucción activa” están al servicio de un aumento de vida o de fuerza, como ocurre con el poyuelo que destruye el cascarón haciéndole reventar desde dentro por fuerza de su propio movimiento. La destrucción esta ahí al servicio de la trascendencia y el poyuelo nace a una nueva dimensión de la existencia. Durante ese conflicto -y una vida plena es un conflicto perpetuo, se está en cuerpo y alma muy próximo a la muerte, que se experimenta como nuestra posibilidad más esencial y próxima. A la vez que durante una vida se lucha incesantemente con la muerte, no habría posibilidad de transformación (y las fuerzas reactivas así lo preferirían) sin dejarle a ella entrar a nuestras vidas a causar desajustes, inestabilidad, caos. Me parece que las obras de la lucidez son aquellas que realizan un gesto guerrero: por un lado destrucción de las estructuras fijas, por otro resistencia a la disolución, a la Nada. Entre las dos corre libre el rayo intenso de lucidez. Danzando así con la muerte le hacemos también la guerra, pues es un vaivén y una paradoja el dejarla susurrarnos sin obedecerle, mandar en nuestros asuntos sin tener poder frente ella cuando se cuele en esos mismos asuntos.

En el caso más favorable, que es donde se da la lucidez, salimos victoriosos bañados del abismo (Ab-grund) o de lo sin-fundamento, como de una ominosa fuente regeneradora, y compartimos desde entonces -porque lo absorbimos- el poder partidor del rayo, creador de veredas y bifurcaciones en el espacio de las ideas. En otras palabras, es posible aliarse a lo Otro (y compartir fuerzas) que irrumpe y rompe nuestro mundo conocido en pedazos, pues eso extraño apareciendo inesperadamente, casi providencialmente, abre la posibilidad de una creación o vida nueva aportando su chocante diferencia. Es chocante

porque lo otro totalmente otro no nos sirve para el auto-reflejo (golosina preferida), no confirma la imagen de sí. Pero si uno, en vez de reprimir al desconocido otro, se muestra más dispuesto, hospitalario y hasta amigo de la potencia “demoníaca” que hace su incomodo acto de presencia, entonces uno se vuelve cómplice y amigo de ese otro “sí mismo desconocido” que habita y es el cuerpo. Porque así como hay un otro exterior, hay uno interior, y muchas veces el de “afuera” es el que nos presenta al de “dentro”, que necesita un encuentro como estímulo para darse permiso de salir a la superficie. Pero todo esto, recordémoslo, es una excepción, en las masas mayoritarias las potencias creadoras duermen, los dotes almacenados se han enmohecido, y los talentos perdidos (o nunca encontrados) Todo esto de “llegar a ser el que eres” ha sido vulgarizado y distorsionado por los medios y tomado en cuenta por sujetos culturales decadentes que tienen la mirada invertida, como cuando festejan que un hombre homosexual “salió del closet” casi como si la loca que ahora es fuese el ser mas auténtico sobre la tierra, y también vemos una enferma concepción del “ser” en los cursos empresariales de desarrollo humano cuando hablan de “potencial humano”, “mi otro yo”, “orientación vocacional” “competencias”, “yoga”, “retiros”, etc...todo fast and easy. Pero esos ridículos talleres de autoayuda, no ayudaran al diablo a jugar. El demonio (daimon) afortunadamente, no está a la venta, y exige mucho más de nosotros que vestirnos de mujeres, tomar diplomados, o probar psicodélicos. Acudir a estos comportamientos es ser a mi modo de ver, demasiado literal/material en el intento de recuperación de lo espiritual, y solo son actitudes exageradas y compensatorias de una falta de autentica relación con la vida. Cada cual busca a su contraparte misteriosa, su doble, su vida perdida en la parafernalia del mundo de los zombis, en la imagen en vez de en sus límites y fracturas, pero el mundo no puede ofrecérselo. Tampoco la nueva tecnología. Las industrias lo saben pero nos distraen de nuestras necesidades profundas dándonos “nuevas funciones” a nuestros aparatos. El aparato, puede realizar cosas que nosotros no podemos, pero debiéramos preguntarnos mejor qué cosas el aparato telefónico jamás podrá hacer, o mejor, que funciones y proezas desconocidas

tiene éste aparato energético-biológico que llamamos “cuerpo”. Es esfuerzo de cada quien hacerse aliado de su íntimo “sí mismo”, que habita el cuerpo y es el cuerpo, y que sin ser una cosa o entidad, es un movimiento, un proceso vivo que tiende a más. Cosa excepcional que no puede realizar quien en vez de espíritu de sacrificio y disciplina, lo tenga de consumo y esté culturalmente programado para ser indulgente consigo mismo, y aún cínicamente a considerar su lisonja espiritual como “aceptación de sí mismo”.

¿Dónde entonces encontraremos al hombre que es dueño de sí? Esta amistad con el “demonio”, con la potencia latente y realizable, la constatamos por ejemplo en la seriedad del filósofo (en algunos solamente) Su rigor y suspicacia evidencian una actitud vigorosa y de compromiso, permanece en estado de alerta o de guerra. Ello muestra una actitud dispuesta a escuchar las cosas mas allá del simple sentido común o de la inocente intención. Siempre, el “filósofo del martillo”, busca en lo que se hace o dice el Otro lado de las cosas, su sombra, lo no dicho en lo hablado, la parte débil del argumento, la contradicción, la posibilidad, el problema, etc. Desde mucho antes que surgiera la clínica, los filósofos han prestado su oído a lo inconsciente, y no ganaron tanto dinero como ahora los psicoanalistas presentando sus teorías como una “novedad”. Y a Freud lo quieren presentar como un creador, cuando solo sistematizó, bajo el influjo positivista, un cuerpo de conocimientos arcanos previos. Ya, por ejemplo, la “curación por la palabra” se había practicado en la antigua Grecia.

.La fuerza, ese “*poder querer*” tan necesario para una crítica y transformación cultural nos viene mas de la obediencia a las tendencias oscuras de lo “activo destructivo” que de un deseo de “Bien” (Platón). Así que los creadores no son necesariamente ejemplares ciudadanos, al contrario, podrían ser a la vista de los “hombres de bien” los seres mas malvados. ¿Se dirá entonces que estas fuerzas activas, en su faz destructiva son del “tanathos”? Responderé que la vida, en tanto actividad afirmativa, no está donde la hemos pensado: ni en las

tendencias conservadoras de la comodidad, ni en la adaptación a lo actual, todo ello supone un valor demasiado “noble” a lo familiar tradicional, a la historia personal que más bien habría que abandonar para devenir “otro” (asesinato simbólico del Padre) Cuidando tanto la vida propia no es posible arriesgarla, transformarla; la ética del cuidado de sí es demasiado apolínea, procura la perpetuación de las formas bien delineadas. La creación de sí, en cambio, implica un “ethos” del límite (E. Trías), y un vivo instinto de destrucción o voluntad transformadora. Estos “instintos de conservación” llamados por la mirada reactiva “vitales” están bien para los animales, pero si algo nos distingue de ellos es que podemos además de pastar y seguir ciclos naturales, crear. Para ello es vital salir del confort, exponerse al ridículo y al fracaso, a la locura, la enfermedad y la soledad. El pensamiento nace en los umbrales, en las zonas limítrofes, y como pensaba William Blake, “los extremos son el camino de la sabiduría”. En palabras de Deleuze:

Precisamente como el plano de inmanencia es prefilosófico, y no funciona ya con conceptos, implica una suerte de experimentación titubeante, y su trazado recurre a medios escasamente confesables, escasamente racionales y razonables. Se trata de medios del orden del sueño, de procesos patológicos, de experiencias esotéricas o de excesos. Uno se precipita al horizonte, en el plano de inmanencia; y regresa con los ojos enrojecidos, aún cuando se trate de los ojos de espíritu (...) Pensar es siempre seguir una línea de brujería.²³

¿Qué valdría una vida que no arriesga todo por la realización de una potencia? Nada, una vida sin chispa y peligro solo es “mimesis”, carne de cañón para las masas, alimento para el “rebaño”. Somos capaces también de “poiesis”, de un rompimiento feroz a favor de un aumento vital, contra la naturalidad del “sentido común” y el “buen sentido”. Pensar “a martillazos”, revalorar, es situarlo (y situarse) todo en entredicho, para decirlo de nuevo y hacer una nueva tirada de dados. Necesario para ello estar lleno de entusiasmo, pleno del ánimo de un dios sin escrúpulos, el “*genio militar*” decía Nietzsche. No por tempestivo menos lúcido, pues tal actitud combativa, agresiva no es para nada una Hybris, y si lo fuera, estaría al servicio de la realización de una potencia y no de la mera

²³ Ibid, ¿Qué es la filosofía?, p 46.

payasada. De confundirlos se generaron interpretaciones erradas de la voluntad de poder, por falta de lucidez. Al contrario, la obra lucida, aunque animada por una sana excedencia de voluntad -pues hace falta querer mas y no menos- estira y explora los limites del lenguaje lo más posible sin pretender franquearlos, pues aunque luchemos por desbordar la representación- en el arte, en la filosofía o ciencia- sabemos siempre que es por su mediación que hacemos “algo” de lo indecible. Así, paradójicamente, lucidez es no-saber. Incluso cuanto sabemos del estrato de la voluntad no es inmediato al entendimiento y sólo en el cuerpo la sentimos vivir, tensarse o distenderse, de ahí la vuelta a la corporalidad en el proyecto nietzschano de “inversión del platonismo”, porque la fisiología es amiga del “filósofo danzarín”, y es que de experimentar esos “vértigos”, esa “nausea” o “temor y temblor” nace el pensamiento creador. Y de la posibilidad de ese nacimiento, del poder crear, emerge una alegría superior a la angustia que se paga como precio necesario de una vida vivida en el peligro.

Respecto a esa tendencia obscura (“el obscuro” decían a Heráclito) al “opus contra natura” (si se quiere el tanathos) ya teníamos el caso de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal realizando operaciones y mezclas prohibidas y fuera de lo común, pero veamos lo que dice Nietzsche, a quien pienso no menos un alquimista, refiriéndose a las gozosas aberraciones antinaturales en la tragedia de Edipo:

El mito parece querernos susurrar que(...) la sabiduría dionisiaca es un horror contrario a la naturaleza, que quien por medio de su saber arroja la naturaleza al abismo de la aniquilación, tiene que experimentar en sí mismo la aniquilación de la naturaleza²⁴

Edipo ejemplifica, a mi parecer, como es posible cumplir un destino a expensas de sí mismo, siguiendo paradójicamente, la fuerza de gravedad propia que no siempre es la tendencia más natural o moralmente esperada. Esta sería la interpretación alegre del mito, si tomamos por “imperativo categórico” -como lo

²⁴ Ibid, Nietzsche cit. por R. Safransky op.cit, p. 86

plantea E. Trías- el pindárico *“llega a ser lo que eres”, que según este lúcido pensador significa asumirse “límite del mundo”*. Edipo llegar a ser lo que es, lo que puede, realiza su potencia, sigue la fuerza de gravedad que le es propia mas allá de lo que es natural o normal. Y lo hace poniéndose a merced de fuerzas que se sustraen de cualquier representación o saber. No sabe lo que hace, sin embargo hace lo que debe, obedece “las fuerzas de su destino”. Y si no hubiese seguido de modo inconsciente su deseo más íntimo entonces él mismo no podría haber llegado a “ser el que es”, Edipo. En el límite del conocimiento Edipo piensa, decide, efectúa su libre tirada *como si* el controlase el proceso, *como si* supiera pues ha sido informado por el oráculo. Sin embargo él no es un yo, el oráculo puede adivinar el futuro porque ve lo que Edipo es en un estrato mas profundo: un campo de fuerzas reunidas por azar pero desplegándose en un sentido (rayo), y sus decisiones “libres” no son sino consentimientos a la profunda necesidad con la que unas potencias quieren manifestarse, ser lo que son, afirmarse doblemente. No hay que ver un pensamiento teleológico al afirmar “cumplir un destino”, el compromiso con el destino, no es con algo prefijado de antemano, sino con el sentido de las fuerzas que se apropian de Edipo, como de un juguete o una máscara:

Nunca encontraremos el sentido de algo (fenómeno humano, biológico o incluso físico), si no sabemos cuál es la fuerza que se apropia de la cosa, que la explota, que se apodera de ella o se expresa en ella[...] En general, la historia de una cosa es la sucesión de fuerzas que se apoderan de ella, y la coexistencia de las fuerzas que luchan para conseguirlo. Un mismo objeto, un mismo fenómeno cambia de sentido de acuerdo con la fuerza que se apropia de él. La historia es la variación de los sentidos[...]²⁵

Las fuerzas son azarosas, no hay ciencia u oráculo que diga como, cuando o por donde nacerá el siguiente rayo, solo probabilidad. Únicamente cuando estas fuerzas se conglomeran en un punto singular (deimon) generando un centro de gravedad (cuando ya es visible el rayo) es posible descifrar o interpretar su sentido íntimo, y predecir hacia donde va. El oráculo adivina el porvenir mediante

²⁵ Ibid, *Nietzsche y la filosofía*, p. 10.

un escrutinio del estado actual de las fuerzas. Es una cuestión de valoración, de peso:

Porque la evaluación de esto y aquello, el delicado arte de pesar las cosas y los sentidos de cada una, la estimación de las fuerzas que definen en cada instante los aspectos de una cosa y sus relaciones con las demás, todo aquello (o todo esto) revela el arte más alto de la filosofía, el de la interpretación. Interpretar, e incluso valorar, es pesar.²⁶

Donde hay mas peso hay mas atracción, mas fuerza, todo caerá por ahí, seguirá esa tendencia singular. En vez de decir “cumplió su destino” preestablecido, podemos decir mas bien: resonó o fue afín a la fuerza activa que en un momento dado se apropió de él, siguió el sentido que expresa y realiza esa fuerza en mayor grado:

Una cosa tiene tanto sentido como fuerzas capaces de apoderarse de ella. Pero la propia cosa no es neutra, y se haya mas o menos en afinidad con la fuerza que actualmente la posee. Hay fuerzas que solo pueden apoderarse de algo dándole un sentido restrictivo y un valor negativo. Se denominará esencia, contrariamente, entre todos los sentidos de una cosa, a aquel que le da la fuerza que presenta con ella mayor afinidad²⁷

El rayo es el sentido de un pensamiento, pero también la dirección que un ser toma apoderado de la fuerza que más pesa. El sentido sirve a la fuerza, es ella quien se desarrolla a través de él, se afirma así misma en su doble. El lenguaje es el espejo de la fuerza (Ariadna-Dionisios). Pero este pensamiento o este personaje diferenciado (el actor), como el rayo, es una unidad que se ramifica, *una* multiplicidad (el “indiviso” Dionisios) una, singularidad o ser que “se dice de muchas maneras”, se desdobra a sí mismo en variadas mascararas o papeles, pues como está dicho en la cita anterior, no se trata de una misma fuerza la que se apodera de algo sino una sucesión de fuerzas, y por lo tanto, de sentidos. Mas plena es una vida mientras más potencias realiza. El destino, en la astrología, se averigua precisamente mediante constelaciones de *fuerzas*

²⁶ Ibid, pp. 11-12.

²⁷ Id.

astrológicas, de dioses que se apoderan de algo o de alguien por momentos, según el día según la hora o en el teatro, según la obra o la escena:

El sentido es pues una noción compleja: siempre hay una pluralidad de sentidos, una **constelación**, un conjunto de sucesiones, pero también de coexistencias que hace de la interpretación un arte.²⁸ .

Algo es a veces esto, a veces aquello, a veces algo más complicado, de acuerdo con las fuerzas (los dioses) que se apoderan de ello²⁹

Las creaciones (uno mismo y la obra), aunque rayos singulares, son anónimas realmente, pues se trata de conglomerados de fuerzas sin dueño, dueñas en cambio de toda producción. Son ellas las que “maquinalmente” nos producen un cuerpo, somos el delirio de “su” deseo (Deleuze) Que lo anónimo e impersonal se haya personalizado, enmascarado, realiza en cierto modo ese ritual dionisiaco de la tragedia griega donde los protagonistas en el escenario son la visión proyectada de una colectividad coral (el lenguaje que nos hace) que emerge de un fondo indeterminable que en realidad es sin-fondo (las fuerzas que nos hacen) El “individuo” es un pedazo del lenguaje del mundo que habita, tanto como su cuerpo un pedazo de las “666” fuerzas desconocidas que le atraviesan y plegándose lo constituyen. “*Mi nombre es legión*”, es decir, no soy yo aislado.* En tanto pedazos de un mundo que es lenguaje siempre estamos situados en un con-texto social y cultural (mi sentido de anima-mundi) que nos determina (siempre somos otro), y en tanto nodos de energía que reúnen fuerzas en un punto singular haciendo un cuerpo energético (rayo) somos la interpenetración de campos de fuerzas (nubes). Cada afecto o sensación pertenecen al campo. Solo por una insolencia llegamos a afirmar que la vida que corre es “nuestra”. Esto es el “yo”: lo producido se asume productor, y hasta quiere apoderarse de los medios de producción, en vez de solo ser un médium

²⁸ Ibid, p. 10. (las negritas son mías)

²⁹ Ibid, p. 11.

* Cualquier contenido religioso en mi trabajo debe considerarse meramente recurso al estilo, sátira. Es posible, además, hacer interpretaciones no religiosas de lo religioso sacándolas de su contexto e insertándolo en otro más conveniente a lo que uno quiere decir. La lucidez permite estos” juegos del lenguaje”. Si hacer esto es “diabólico” o no, lo dejo a los sacerdotes. .

por el que se produce algo, un fantasma. *Pero no nos pertenecemos ni en el plano del lenguaje ni en el campo de las fuerzas, y vivir al tanto de esto, es lucidez.* Solo al perderla podemos afirmar la trascendencia de ficciones como “mío”, “yo” “tu”, “nosotros” “esto”, “aquello”, todas ellas fijaciones, entidades, que no captan la movilidad del devenir y nuestra pertenencia a él. Pero entonces, ¿qué es una diferencia singular? ¿Puede haberla sin propiedad? Responderé (y considerando lo de mas arriba cuando decía precisamente como la impropiedad es la apropiación de la fuerza por la fuerza, su auto-pertenencia, pues “superhombre” significa en mi sentido que la naturaleza se redima del Hombre y no apropiación de las fuerzas por un “yo”) cómo solo puede realizarse una potencia singular, una diferencia, si entregamos (o ponemos al servicio) todo bien privado a la vida impersonal: tanto de las fuerzas demoníacas activas trasformativas en cada cual, como del lenguaje. Es decir, un ofrecimiento gozoso sacrificial del “yo” a la transformación cultural en la que cada cual está inserto. Pero solo podrá darse uno a la creación cultural si en la misma medida se ha dado a la fuerza de gravedad que le es propia, el “deimon”. Para conectar con esa fuerza, ya dije, hace falta una experiencia de despertar, la lucidez. Esa fuerza creativa “la obtiene” quien vive al limite, yo diría sin remedio, pues del umbral no se sale una vez que se entra ni con toda la destreza de un auto-engaño. Pero en realidad es la fuerza la que se apodera de nosotros al estar situados en los limites del mundo, y ahí estamos en realidad todos, aunque no lo parece para los que sueñan que existe una idílica tierra firme o prometida (ilusión trascendental) de la que son dueños. Nietzsche, admirando el valor de unos cazadores aventurados en las montañas dice *“el terrible peligro les da unas enormes fuerzas”*. El peligro transformado en fuerza motriz, en alegría: fiesta dionisiaca entre demonios por “la muerte de Dios”.

Las fuerzas o potencias, si bien son impersonales, son heteróclitas, están singularmente reunidas por el azar en cada organismo de modo único. De ahí que cuanto menos seamos nosotros mismos -un yo fijo trascendental y mientras más inseguros nos sintamos dejándonos tener la experiencia de nuestra propia

inefabilidad (extrañamiento) más permitiremos fluir a través nuestro la singular reunión de múltiples fuerzas que nos constituye a cada cual en un “otro”. Lo que emerja en la superficie será original, auténtico si hacemos cortejo con las mismas potencias que nos han hecho distintos, pues ya existe cierta originalidad en la biología si nadie es idéntico a otro, y si aun a cada instante, uno mismo disiente de lo que era pues cambia la química del organismo aunque solo sea microscópicamente.

La vida reapropiándose sus fuerzas, destituyendo al “yo”, relegándolo a segundo término, afirmará todo cuanto aumente y exprese sus propias fuerzas. El “yo” (no aniquilado, solo poroso) es medio de expresión de las fuerzas, y en la actitud activa se ajustará a ellas en vez de querer éste ajustarlas a su conveniencia, como en la ciencia, reactiva. Pero este cambio sucede solo sucede por medio de una transmutación. El “nihilismo activo” llevado a sus últimas consecuencias es la destrucción activa de todo lo negativo, la negación de toda negación, y en este punto es donde sucede justamente la transmutación de todo lo reactivo en activo, cuando por fuerza de su propio peso lo negativo, consumiéndose a sí mismo cual fuego devorador, ya *deviene* afirmación de la afirmación, poder creador. En un instante, casi como un veloz truco de cartas, un polo es convertido en el otro, y se comprueba la máxima de que “los extremos se tocan”, las serpientes mordiendo la cola se devoradas a sí mismas, y lo activo a retornado, el universo a ha sido restituido a su actividad. Así es como para Nietzsche, lo reactivo deviene otra vez activo, se cura:

Y más aún: he aquí que la negación, al hacerse negación de las propias fuerzas reactivas, no es solamente activa, sino que esta como **transmutada**. Expresa la afirmación, expresa el devenir-activo como poder de afirmar[...] Esto es lo que Nietzsche presenta como la curación de Zaratustra, y también como el secreto de Dionisos: “El nihilismo vencido por el mismo”³⁰ Pág. 102 NF.

Esta transmutación, es la voluntad de poder liberada a su actividad de toda reactividad. Así, el estrangulamiento de la vida pasa a ser danza, la verticalidad

³⁰ Ibid, p.102.

horizontalidad. La lucidez, en tanto conciencia *con* (a un lado de), precisamente por tratarse de ser en relación con Otro y porque ella misma deviene otra, esta limitada, ¡es más, no es conciencia *del todo!** Jamás es idéntica a sí misma, pues no es fija, y lo que no es fijo ¿"es" del todo algo?. La "luz" de la lucidez no es el brillo amarillo y solar de una razón que ilumina lo que es fijándolo, su fulgor es mas bien el de un tono claroscuro, lunar, crepuscular, que alumbra lo que aún puede ser, como la noche que trabaja y espera la aurora (el superhombre), pero que nunca llega a serlo. Acá hay proceso, creación, posibilidad y enigma, allá hay resultado, determinación y conocimiento. Esta casi-conciencia, la lucidez, es la luz "bella y siniestra" (luzbel) del umbral entre la fuerza inconsciente y la imagen o el concepto en filosofía. No hay por lo tanto un "yo" lucido, una conciencia clara separada de todo lo demás, hay más bien un difuso juego de máscaras permeables entre sí, esporádicas y espontáneas como fuegos artificiales nocturnos, múltiples perspectivas que se tornan posibles cuando se realiza la experiencia de la lucidez, ésta es: que la conciencia y su saber intuyen su propio limite chocando contra él, pero también que, cuando por efecto de una sana traición a sí mismo, se sospecha incontables veces de la propia verdad, moviéndose "uno" a otros lugares tantas veces que ya no es posible precisamente reconocerse siendo "uno mismo":

Pero el peor enemigo con que puedes encontrarte serás siempre tú mismo; a ti mismo te asechas tú en las cavernas y en los bosques. ¡Solitario, tú recorres el camino que lleva a ti mismo! ¡Y tu camino pasa al lado de ti mismo y de tus siete demonios! Un hereje serás para ti mismo, y una bruja y un hechicero y un necio y un escéptico y un impío y un malvado. Tienes que querer quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡Como te renovarías si antes no te hubieses convertido en ceniza!³¹

Pues yo ya no soy yo, soy ese que se escapa de continuo de sí mismo, que no se detiene jamás, ese que viaja de continuo, que se disfraza una y otra vez hasta el infinito(...)³²

*Entiéndase esta condición "con" otro **no** relacionado a lo que Nietzsche llamaba la vida en común de un "rebaño". Me refiero aquí a la comunidad despierta, aunque clandestina, la comunidad activa de las minorías que forjan desde la lucidez el "valor", y lo proponen modo de vida. La alianza *con* las fuerzas activas. El encuentro con Otro, nunca es con un "rebaño" cuya característica es pensar "Lo Mismo".

³¹ Ibid, *Así habló Zaratusta...* p. 107.

³² Ibid, *Filosofía y Carnaval*, p. 81.

Requerimos cierto nomadismo para dejarnos “tocar” por un pensamiento otro. Con la lucidez, se despierta de la ficción del Ser como unidad fija, a la experiencia del ser como azarosa multiplicidad dinámica. El lúcido, el “*espíritu libre*” de prejuicios, esta al tanto de que gracias al ejercicio del engaño damos apariencia estable al caos. Pero además, se trata de un engaño necesario para la vida que justifica el arte; y el arte, como lo planteaba Schopenhauer ¿justifica a su vez la vida, pues sólo por él la vida se hace soportable y digna de ser vivida? El Nietzsche después del *Origen de la tragedia*, diría que la afirmación de la vida no requiere justificación ni consuelo, pues en si misma, la vida es *justamente* la que es. Estoy de acuerdo con eso, la lucidez lo está: el arte activo no soluciona o redime la vida de su dolor, mas bien expresa todo lo que ella es sin juzgarla de antemano. La afirmación de las fuerzas activas por el arte implica dejar al pasado las formas reactivas de la estética: aquellas que pretendan *sublimar** la vida, escapar de lo trágico. Si hemos de ser afirmativos, no busquemos en el arte trascendencia a lo múltiple que sostenga como en un cuadro la ficticia armonía y unidad del mundo (composición), ni vayamos tras principio racional que centre y de sentido a este juego múltiple y azaroso que es creación sin justificación, sino que, descentrándonos y abriéndonos a la íntima voluntad de poder en las cosas como principio (no racional) inmanente y plástico, urdiremos toda maravilla, toda obra en los linderos del horror:

*La voluntad de poder como principio no suprime el azar, al contrario, lo implica ya que sin él no tendría ni plasticidad, ni metamorfosis.*³³

Digamos con Nietzsche lo que es crear: la relación de la vida consigo misma a través del artista, su servidor. Son las fuerzas activas cuando libres del obstáculo de la reactividad se afirman a sí mismas. La conciencia moderna, forma de la reactividad, para dejar de ser negación necesita abrirse aún más a las infusiones de vida, y así la erosionen; pero tales flujos vivificantes y

* En el sentido freudiano de “sublimación”: mecanismo de defensa del yo.

³³ Ibid, *Nietzsche y la filosofía*, p. 78.

transformadores de la conciencia sólo son posibles si ésta misma se sumerge en la experiencia trágica tornándose casi-conciencia, o sea, si logra chocar contra su propio límite y situarse “ahí”, sin escamotear el riesgo constante que entraña vivir en el umbral. Y la vida (potencias) también necesitan a la casi-conciencia, porque esta última, liberada a un pensamiento múltiple, brinda nuevas perspectivas que actualizan a la primera. Lo creado, objetiva provisionalmente a la voluntad de poder, no para aminorarla, lo que sería la absorción de lo activo por lo reactivo (Schopenhauer), sino al contrario, los límites y consistencia de una imagen, de un concepto, o de una institución, ponen a prueba a las fuerzas activas transformadoras, avivan las diferencias, y no las someten. Solo así la creación sigue siéndolo, y las fuerzas no devienen nuevamente reactivas. Los fantasmas, no se fijan más, no llegan a tornarse ideologías dogmáticas, a no ser por la ingenua convicción en su existencia extra-mental, lo que sería extralimitarse, perdiendo la lucidez. La libertad creadora es posible en la medida en que estemos arraigados a la vida y a su servicio, y en la medida en que la lucidez nos permita distinguir siempre el fantasma de la vida. Solo así evitamos burocratizar las fuerzas. El “trámite” y “la fila” son síntomas de desconexión entre la vida y la representación. Esta tardanza del deseo en satisfacerse no es algo constitutivo a la vida como sugiere el pesimismo, se deben más bien a la falta de creatividad consecuencia de una vida rendida a las estructuras, la chispa del genio apagada en el Deber. Aun así la mayoría según Nietzsche necesitan un corral, y la actividad creadora queda relegada a las minorías. Es condición de toda creación el amor, la relación cálida que disuelve mediante el encuentro dionisiaco las escisiones fantasmagóricas razón/sin-razón, realidad/apariencia, bien/mal, hombre/naturaleza, conciencia/inconsciencia y yo/otro que la tradición platónica judeocristiana a perpetrado con su odio, y de la que somos cómplices. Toda creación pide “enloquecer” un poco, diluir los límites, hacerse amigo del oscuro instinto, sobre todo del de destrucción, pues de él se nutre cualquier crítica a sagaz a estas estructuras bipolares (Foucault), y apuesta por otras aún insospechadas:

“Casi en todas partes es la locura la que abre el camino al pensamiento nuevo, la que quebranta el interdicto de un uso y una superstición venerados”³⁴

El “*gran desprecio*” nietzscheano es el odio a lo actual pero:

*No hay que confundir el volverse contra sí mismo con esta destrucción de sí mismo, esta auto-destrucción. En el volverse contra sí mismo, proceso de la reacción, la fuerza activa se convierte en reactiva. En la auto-destrucción son las propias fuerzas reactivas las negadas y conducidas a la nada. Por eso se denomina a la auto-destrucción una operación activa, una “**destrucción activa**”*³⁵

Esta “destrucción activa” que odia lo actual y quiere transformarlo pues se alía al devenir-otro, nada tiene que ver con la incitación a la guerra y la arbitrariedad (demasiado actual), que más bien es consecuencia del triunfo del pensamiento reactivo y sus instituciones fijas con pretensión de absoluto. Nada que ver la violencia cotidiana con un pensamiento creador que afirma la vida en toda su pluralidad, y aquí se me preguntará ¿incluiremos la forma reactiva de vivir en esa pluralidad? A lo que responderé ¡no! Un pensamiento afirmador, y lúcido, se mostrará siempre crítico y destructor de las formas de negación de la vida de esa pluralidad. Pero nunca confundirá la pluma y el fusil, pues llegar a esos extremos es haber fallado en la creatividad, haber perdido la fuerza y el poder de convivencia. Las guerras y revoluciones armadas necesariamente implican la desconexión y supresión de las fuerzas activas-creativas, y son todas ellas, la versión de lo que es “activo” y “heroico” para los débiles. Al contrario, el creador odia la guerra con toda la fuerza de la “destrucción activa”, critica los principios poco fuertes sobre los que se funda un ataque bélico. Matar al otro nunca es acción sino reacción, y siempre que se ejecutan “acciones” tajantes, unilaterales y poco creativas, podemos estar seguros de estar inundados de fiebre, poseídos o acosados por algún fantasma, carentes de lucidez. Una cosa es que asumamos junto a Heráclito que la guerra, el caos y la discordia es el meollo de la vida, y otra, hacer la guerra *a la vida* desde la reactividad justificándose en eso.

³⁴ Ibid, *Nietzsche*, p. 119.

³⁵ Ibid, *Nietzsche y la filosofía* p. 101.

La lucidez es condición de posibilidad del pensamiento creador, ella brinda la distancia y cercanía simultánea necesaria para pensar otra vez. ¿Que posibilita el planteamiento de nuevos problemas o de viejos con un nuevo tino sino una aguda lucidez? ¿Acaso no es lucidez lo que permite a un pensador internarse en el “sentimiento trágico de la vida” sin desviar la mirada ni ser devorado del todo por lo que encuentra? ¿Las obras de la lucidez no son acaso las más innovadoras pues se realizan siempre como extrayendo algo de ese vasto campo de posibilidades que es lo abierto, el abismo? Quizás lucidez incluso sea condición de cualquier creación en otros ámbitos, de ahí su importancia, y la razón de que por mi parte, en esta creación del concepto, también quiera forjar de ella, para decirlo de una vez, un valor de cierto peso para la vida del pensamiento y el pensamiento de la vida, tarea conjuntiva que Nietzsche inició de modo admirable. En tanto *valor de la lucidez*, cabe decir, no se trata de una virtud moral, sino que ella consiste más en una “reiterada actitud valorativa” que un “bien” que haya que obtener para ser “mejor”. Su valor consiste en ser condición de posibilidad de creación del valor. Quien se pregunta por la genealogía de un valor actual y sospecha de sus motivos o averigua su arbitrariedad ya, está situado al margen de la cultura, en los límites del mundo, o en palabras de Nietzsche:

“Confesar que la mentira es una condición vital, eso es ciertamente, oponerse de peligrosa manera a las evaluaciones habituales, y le bastaría a una filosofía osarlo para colocarse, por solo este hecho, mas allá del bien y del mal”³⁶

Solo alguien despierto, lucido, es capaz de criticar o crear, pues percibe los prejuicios que le sirven de trasfondo a cualquier modo de vida. *Poder* como un Nietzsche “sospechar” sobre qué (quid) está estructurado o accionado un mundo, luego realizar un diagnostico de la cultura y los valores que la soportan, es decir, hacer critica, para luego aun, proponer una “inversión de todos los valores” para posibilitar un pensamiento distinto, sólo es posible gracias a la

³⁶ F. Nietzsche *Mas allá del bien y del mal*, Tr. Eduardo Ovejero y Maury. México: Editorial Porrúa, 2004, p. 8.

lucidez. Pero ella ha estado tan presente en los grandes pensadores como poco enunciada. Mi labor, en cierto sentido, es dar voz a esa chispa, que quizás es requisito de la filosofía misma cuando ella quiere decir otra cosa de lo que ha dicho, cuando quiere echar luz a algo que permanecía inconsciente (la voluntad de poder), o ennegrecer, derribar “a martillazos” algo que parece demasiado claro o bueno (el amor a la verdad) Donde hay “sospecha” hay lucidez, pero también hay lucidez donde venciendo el pudor, deseamos dejar la existencia desnuda, por horrible que sea y se le mira arriesgándose la propia tranquilidad y cordura.

¿Que hace posible un pensamiento innovador? ¿Cuál es la condición de posibilidad para poder plantear algo como problema? Intento responder, la lucidez. Ella es el espíritu crítico que nos hace decir “pero” o “sin embargo”, pero también es el “quizás” que entraña una potencia o posibilidad que puede realizarse. Es lúcido no sólo quién se margina y juzga lo que otros hacen o piensan, sino quien además se la juega, se aventura a sugerir o hacer algo, quizás otro modo de participar en la vida y de vincularse a las fuerzas. También reevaluar algo, verlo con otra luz, reinterpretarlo, buscarle otro sentido, ¿cómo hacer esto sin lucidez? El ingenio de relacionar cosas distintas, por la “asociación libre”, la “imaginación activa” o el “camino del exceso”, entregarse al juego de azar para efectuar combinaciones exóticas, ser un vago y un loco pero productivo y de lo extraño ¿cómo hacerlo sin lucidez? Es lucido y creador quien mantiene un equilibrio muy delicado, quien se mantiene como el volatinero en el vértigo. Pero en ese límite escribe, pinta, moldea sus extrañas concepciones, engendra sus monstruos y anticristos. Este personaje maligno, infeccioso para la vida de un paradigma porque disuena, es el filósofo, científico, el artista revolucionario del pensamiento, el “clandestino”, el “forastero”, o el tomado a veces por charlatán. La lucidez en una sociedad de la reproductividad técnica, del desbordamiento de la producción y el trato de todos los seres vivos como mera mercancía, es la lumbre furiosa y resistente de la “poiesis” frente a la “mimesis”, de las diferencias ante lo idéntico. El vacío de los clichés y fetiches, la

transformación de la obra en producto de consumo, es la nefasta primacía del fantasma del capital sobre lo vivo, y por eso, la lucidez, mas del lado de que algo acontezca y menos de que todo se reproduzca, siempre será amiga de lo desigual, incluso si eso supone lo llamado “injusto” pues afirma la existencia de una minoría creadora o aristocracia espiritual.

Ahora resumamos y exploremos un poco mas los conceptos nietzschanos que considero fundamentales para la construcción del concepto de lucidez.

1) Tenemos el concepto de “**sabiduría dionisiaca**” que refiere a la relación creativa *entre* lo apolíneo y lo dionisiaco. Este “entre” es el umbral entre lo conocido y lo desconocido, el sentido y lo monstruoso, lo complejo y el caos. Es “límite del mundo”, cuerda tendida en el abismo sobre la que nos encontramos tras estar de vuelta de toda ficción tranquilizadora. Este volver a sí mismo es en realidad un salir de sí, experiencia que he denominado *despertar*. La lucidez no es conocimiento, inteligibilidad u abstracción. No es conciencia de un objeto por un sujeto que se torna entonces más poderoso. Alumbra lo oscuro sin que deje de ser de noche, ella es la luz del claroscuro. Ella vela. Las obras de la lucidez no son verdades “claras y distintas”, sino ambiguas, difusas, enigmáticas, prestas a ser interpretadas en múltiples sentidos. La sabiduría dionisiaca refiere a un pensamiento de la vida y a una vida del pensamiento que corren entrelazados sin que uno quede absorbido por el otro. *La lucidez es precisamente la condición de posibilidad de un pensamiento múltiple que ni se diluye en el puro caos ni se convierte en un régimen definitivo y abstracto sobre las fuerzas*. El pensamiento lucido semeja una corriente eléctrica que corre entre la indeterminación y la determinación abriéndose paso. Como el rayo, el sentido (la luz) emerge de la obscuridad del caos (choque de nubes) El rayo, como el pensamiento lucido, es diferencia respecto de su origen sin dejar de tomar su fuerza de la misma condensación de nubes de la que emerge. El pensamiento lucido arraiga en la vida como el rayo en la nube. Pero además el rayo mismo (el sentido) nunca es fijo ni único. El pensamiento lucido es múltiple y solo

provisional, igual que el rayo se ramifica y se mueve a gran velocidad sin detenerse, y solo es aprehensible por un instante para luego desaparecer. El rayo como el pensamiento lucido es fugaz, cuando aparece ha mudado de lugar y de tiempo, nunca sabemos por donde emergerá de nuevo, poderoso y diferente en su expresión al anterior. Nunca sabremos pues lo rige el azar y no la ley. Conocemos por probabilidad lo que será, pero con certeza no sabemos dónde caerá, donde un pensamiento otro nacerá. El rayo *va*, nunca *es*. El pensamiento afín al devenir esta en perpetua transformación, como el fuego. Voraz, el rayo traza sus determinaciones surcando el espacio, iluminando las regiones; del mismo modo, el pensamiento va forjando sentidos en el vacío, intento fallido por apropiárselo llenándolo, suturándolo. Falla que puede alegrarnos. La vida en uno quiere pero nunca consigue tenerse, pertenecerse ¡maravilla!, pues así mantiene doblemente su libertad y su capacidad expresiva. Como nunca deja de ser casi-algo, se mantiene inacabada pero también abierta. Es decir que también este “nunca” implica su reverso “siempre”, eterna insistencia. Esta sed es su ser. La vida del rayo y del pensamiento lucido es como la del fuego, consiste en in-consistir, *ser* insustancial, ser móvil. Si la voluntad lograra lo que quiere (lo absoluto) moriría, pero vive porque quiere, porque arde. Para la lucidez, desear es fin en sí mismo, porque querer el querer es el rotundo “sí” a la vida, el abrazo de lo desgarrador que paradójicamente se troca alegría precisamente al abrazarlo, pues con ello se da fin al conflicto entre la vida y la conciencia, y acontece más bien una alianza, un pacto. *El amor es la respuesta de la lucidez al sin sentido*, el abrazo a la existencia y no su rechazo. Aquí se abraza la vida y la muerte por parejo, el placer y el sufrimiento. Ese “sí” realiza un quiasmo, una reunión de lo contradictorio. El hombre es superado cuando se integra a la vida entera. Un activo “sí” a la existencia y al papel creador que nos corresponde en ella. Es el arrojo a la vida por absurda que sea, y el compromiso de crear sentidos posibles donde ella se exprese de modos ingeniosos. Los rayos o los pensamientos de la lucidez expresan un potencial que no agotan, no se trata de una descarga que tiende a terminar según se gasta, sino una reiterada recarga del ánimo. La lucidez vive siempre en “lo que

no acaba de comenzar”, en la pulsante inmanencia vuelta una eternidad, la repetición del instante pero nunca de igual modo. Se repite la incidencia del momento, pues el instante siempre está aquí otra vez en continuo tránsito, pero cada momento es único, diferente del anterior, no solo en la forma sino además en la variación de la intensidad. La fuerza de lo instantáneo cuando repite, renueva. En el sexo, no es el orgasmo y la distensión resultante lo realmente placentero, sino el juego erótico que nunca acaba, pues no termina o muere en ningún objeto. El deseo se regenerará y el amor no perecerá mientras se quiera querer en vez de matar el querer. El querer como fin en sí mismo. Por su parte, el “no” querer es falta de amor porque es “querer acabar”, y hay falta de amor donde se desee terminar con la vida, sea en la cama o en el pensamiento. Todo tipo de frustraciones sexuales son síntomas de una cultura nihilista, inversionista. El deseo de concluir, de resultados, que obedece a la motivación negativa de cerrar la herida vital, es una forma de la reactividad. Es el “débil” que no puede alegrarse de ser finito, pues no alcanza el absoluto, ni alegrarse de ser infinito, pues ese seguir abierto, también es posibilidad, libertad de movimiento. El concepto de “filósofo danzarín” remite precisamente a un juego con las fuerzas y no a un “tribunal de la razón” que juzga la vida desde lo alto de una moralidad o de un plano trascendental. Pero *la condición de todo juego, si no ha de tornarse en delirio, es la lucidez*. Por ella se mantiene doblemente la cercanía (apertura) con las fuerzas inconscientes sin ser destruido y la distancia respecto a los fantasmas creados para no hacerlos pasar por reales. *La lucidez es el resplandor, la emanación de la fuerza cohesiva pero plástica que nos sitúa entre la vida y la máscara o el disfraz, entretejiendo a ambas:*

Uno de los nombres de Dionisio era el de “el Indiviso” y una de sus principales imágenes le mostraba como niño. El niño representa la visión de la realidad que no está dividida³⁷

La lucidez o la sabiduría dionisiaca es el fulgor singular del que está presente en el límite, la transparencia luminosa del pensamiento “ahí”. Por el obrar de este

³⁷ James Hillman, *El mito del análisis*, Tr Ángel González de Pablo. España: Siruela Ediciones, 2000, p. 303.

“sujeto fronterizo” (Trías) se hace transparente, en un gesto, trazo, plumada o martillazo*, lo más íntimo de este mundo, y es que no es exactamente “su” obrar. Es la vida, unas fuerzas que deviniendo activas, toman posesión del creador para realizar alguna potencia, y hacer una doble afirmación. Así interpreta Deleuze la mencionada divina pareja dionisios/ariana en la obra de Nietzsche:

En sí misma y como primera afirmación, es devenir. Pero es el ser en tanto que es objeto de otra afirmación que eleva el devenir al ser o que extrae el ser del devenir. Por eso la afirmación en todo su poder es doble: se afirma la afirmación³⁸

El eterno retorno “acerca al máximo” el devenir y el ser, afirma lo uno de lo otro; aun hace falta una segunda afirmación para operar este acercamiento. Por eso el eterno retorno es un anillo nupcial. Por eso el universo dionisiaco, el ciclo eterno, es un anillo nupcial, un espejo de bodas que espera el alma (Ánima) capaz de mirarse en él, pero también de reflejarlo al mirarse³⁹

“Ariadna es esta segunda afirmación, Ariadna es la novia, el poder femenino amante”⁴⁰

Mi interpretación a esto es que la obra y vida del creador reflejan la vida (el ser) del devenir múltiple, constituyen su segunda afirmación. Son el espejo donde la afirmación, el devenir, se desdobra y refleja, y así se afirma por segunda vez. Este amoroso “acercamiento” del ser y el devenir, donde se afirman mutuamente, es en efecto un anillo de bodas, un compromiso o pacto (anillo de la actividad) Más arriba dije ya del pacto “demoníaco”, de la situación de la bruja que está al servicio y a la escucha de la vida. Ella, la bruja parturienta que conoce los secretos de la vida y de la muerte, es la imagen que evoco, el personaje conceptual de la relación femenina con la fuerza, que en mi lectura, resuena con la interpretación que Deleuze hace de la pareja Dionisos-Ariana:

Mientras la mujer ama al hombre, mientras es madre, hermana, esposa de hombre, aunque sea del hombre superior, es únicamente la imagen femenina del hombre: el poder femenino permanece encadenado en la mujer. Madres terribles, hermanas y esposas terribles, la feminidad representa aquí el espíritu de venganza y el

* El martillo, igual que las herramientas del arte, sirven tanto para derribar algo como para plasmarlo.

³⁸ Ibid, p.260

³⁹ Ibid, p. 261

⁴⁰ Ibid, p. 262

resentimiento que animan al propio hombre. Pero Ariadna abandonada por Teseo, siente llegar una transmutación que le pertenece: el poder femenino liberado convertido en benefactor y afirmativo, el *Ánima*⁴¹

El aquelarre de las brujas consiste pues un acto de amor, reúne el ser y el devenir para afirmarse mutuamente. Este encuentro de fuerzas que se condensan en un punto singular para hacer un ser (deimon) con sentido propio (rayo) -cierto lugar del bosque pero además en el cuerpo de cada bruja- es la boda, el compromiso o el pacto de un alma que se ha tornada receptiva, susceptible de reflejar lo dionisiaco, de servirle como espejo y de estar a la escucha. Dice Dionisio a Ariadna, *“Tienes orejas pequeñas, tienes mis orejas, pon en ellas una palabra avisada”*.⁴²

La lucidez, por su parte, es el hilo de Ariadna que se mantiene tendido (la cuerda del volatinero) como limite brillante, y que permite perderse en el laberinto de lo inconsciente sin apagar del todo el brillo de la conciencia; acaso porque el hilo también es el tejido (Grund) que vamos urdiendo sobre ese abismo (Abgrund) como las arañas, los múltiples sentidos que hacen ese laberinto ser:

*“El laberinto es lo que nos conduce al ser, no hay más ser que el devenir, no hay mas ser que el del propio laberinto”*⁴³

2) Tenemos el concepto de **“transmutación”**. Ello significa el devenir activo de las fuerzas, simbolizado en las tres transformaciones del espíritu en camello, el camello en león, y éste por último en niño. Lo reactivo son las fuerzas de la negación (nihilismo), lo activo las fuerzas de la afirmación. Del lado reactivo todas las formas de depreciación de la vida, que conducen al debilitamiento, del lado activo lo que enaltece la vida y la hace fuerte, saludable. Lo reactivo es resentido, dolido, odia la vida y se venga de ella sometiéndola al yugo de la razón inventando valores o realidades superiores a ella misma. Es el nihilismo

⁴¹ Id.

⁴² Nietzsche citado en *Nietzsche y la filosofía*, p. 263.

⁴³ Ibid. p. 263.

que “quiere la nada” o “nada quiere”, cualidad negativa de la voluntad de poder. Reactividad es cualquier forma de la negación de la voluntad como son; el ideal ascético, la culpa, el deseo de abolir lo instintivo en el disfraz, y toda forma de regulación social al servicio de reducir la potencia vital a las funciones de adaptación, conservación, reproducción y utilidad de la especie. Cabe decir, que ésta es la situación de la vida moderna, el diagnóstico cultural que Nietzsche dictamina como la “decadencia de occidente”, que no es sino el triunfo de las fuerzas reactivas mediante una especie de asalto, que en mi interpretación, lo semejaré al *ataque de los vampiros*.

La manera como la reactividad somete y se apropia de la actividad es también la forma como lo que es idéntico pretende subsumir a lo que difiere. Su asalto consiste en que “*separan a la fuerza activa de lo que ésta puede*; sustraen de la fuerza activa una parte o casi todo su poder; y por ello no se convierten en activas, sino al contrario, hacen que la fuerza activa se les una, la convierten en reactiva en un sentido nuevo”⁴⁴ Se apropia de la fuerza activa incorporándola en su reactividad, tornándola contra sí misma. Así, la vida es negada por el fantasma que la representa, y luego éste, hace pasar esa misma ficción, su propia ficción, como la esencia verdadera. Entonces tenemos un “no” que pretende ser un “sí”, como el cristianismo que dice amar la vida cuando de hecho la detesta:

Visto del lado de las fuerzas reactivas, el elemento diferencial genealógico aparece al revés, la diferencia se ha convertido en negación, la afirmación se ha convertido en contradicción. Una imagen invertida del origen acompaña al origen: lo que es “sí” desde el punto de vista de las fuerzas activas se convierte en no desde el punto de vista de las fuerzas reactivas. Esto es lo que Nietzsche llama “**inversión de la mirada estimativa**”⁴⁵

Las fuerzas reactivas niegan, se ponen en contradicción con las activas y las absorben como vampiros, pero las activas, más inocentes, no se oponen a las otras, simplemente afirman su propia diferencia. Las primeras siempre existen

⁴⁴ Ibid, p. 83.

⁴⁵ Ibid, p. 82. (las negritas son mías)

en función de negar a las otras, mientras que las postreras son lo que son por su propia afirmación:

La negación se *opone* a la afirmación, pero la afirmación *difiere* de la negación. No podemos pensar la afirmación como “oponiéndose” por su cuenta a la negación: sería incluir en ella lo negativo. La oposición no es solo la relación de la afirmación con la negación, sino la esencia de lo negativo como tal. Y la diferencia es la esencia de lo afirmativo como tal. La afirmación es placer y juego de su propia diferencia, como la negación es dolor y trabajo de la oposición que le es propia⁴⁶

En sentido estricto, las fuerzas negativas-reactivas, no tienen nada de positivo, nada de real, no-son, mientras que las positivas, en tanto no se constituyen por la negación de otra cosa sino por la afirmación de *su* cosa, si son. Sugiero con esto que para la “inversión del platonismo” que planteara Nietzsche, debiéramos primero retomar y consentir con Parménides, pero en un nuevo sentido, reunidos ya ser y devenir, inclinación filosófica de los pensadores llamados contemporáneos o de la modernidad tardía. En el poema de Parménides se afirma que: “*El Ser es, el No-ser, no es.*”⁴⁷ Y es aquí donde el ser se afirma y el no ser se niega, donde me parece podríamos releer y encontrar con lentes nietzscheanos, la afirmación de la vida en todo su poder. La negación de lo negativo, culminación del nihilismo, destrucción activa de lo negativo por si mismo, *puede* interpretarse de la afirmación “*el No-Ser, no es*”; éste debe ser a mi parecer el instante de la transmutación, el “punto focal” donde las fuerzas reactivas devienen activas. El “*nihilismo superado por si mismo*”, es que la negación de la negación ya deviene afirmación, al decir con fuerza: “El No-ser, no es”. Por su parte, la doble afirmación simbolizada en la divina pareja Dionisios-Ariana, *puede* interpretarse de la primera parte de la frase “*El Ser, es*”. Es decir, habría que apostar por un modo nietzscheano de leer lo eleático, que pueda rescatarnos de recaer en la antigua concepción inmóvil, lógica y metafísica del ser. Lo haríamos a través de su mismo discurso, pero esta vez reuniendo ser y devenir, indicando el ser del devenir como “lo que es”. ¿Podemos hacer otra cosa que metafísica con los eleatas? Tema para otra investigación. Lo que vale aquí es la posibilidad de establecer relaciones de

⁴⁶ Ibid, p. 263.

⁴⁷ Parménides, *Poema*, Tr. Luis Farré. España: Ediciones Folio, 2007, p. 11.

resonancia (nunca identidad) entre las fuerzas activas y el Ser, y las reactivas y el no-ser, entre las ideas nietzscheanas y el poema de Parménides, pues además en ambos autores, cabe añadir, la filosofía todavía es parte poesía, mito, revelación (subjetividad), y parte, racionalidad, ciencia, análisis (objetividad). Sin lirismo y juego de lo racional con lo irracional que es la paradoja, en clave nietzscheana la relación de lo “apolíneo” con lo “dionisiaco”, la filosofía queda secuestrada por el academismo y el pensamiento pierde la lucidez.*

El vampiro no coexiste con la luz, no hay reconciliación, él es su negación. Su existencia es su reactivo “no”, su contradicción. Por el contrario, la luz no lo contradice a él, su actividad es afirmación, en vez de negación como la de aquel. No dice “esto no debe de hacerse”, dice “esto quiero hacer”. El vampiro no es destruido por la luz, sino tras haber llevado la tiniebla a sus últimas consecuencias. Si el nihilista en su reactividad dice “no” a la vida, llegara el momento en el que diga “no” a su propio “no”, lo que a su vez significará un “sí” a la vida, un renacer y un despertar en ella. Si ya negamos todo principio, toda razón, todo valor, y en el camino del escepticismo elegimos no tener postura respecto a nada, ni respeto por ningún dios, utilizaremos el mismo aguijón contra esta misma inclinación y veremos entonces que si seguimos el “no” hasta el extremo, tenemos que poder decir “sí” en algún momento a algún principio, a

* ¿No es cierto que el formalismo, lineamientos y programas académicos responden cada vez menos a la necesidad de creación de pensamiento, y cada vez más, a un programa institucional que se subordina actualmente al modelo de desarrollo de “competencias” en un mundo de valores empresariales, mundo ante el cual la filosofía no debiera torcer el brazo sino criticar? El filósofo, si aun tiene lucidez, no importando si trabaja en una institución, ha de estar alerta y rechazar -sin caer en la anarquía- las varias formas como su universidad y academia de filosofía ha devenido reactiva-vampiresa; cómo por ejemplo, la misma estructura de impartir clases suele estar al servicio de sustraer o separar a las fuerzas activas (singularidades estudiantiles de nuevo ingreso) de lo que ellas pueden crear, con tal de que se cumpla el requisito, el programa y la voluntad de formación de un régimen educativo apoyado en valores culturales, no necesariamente favorables a la realización de potencias singulares, y de auténticas diferencias. Nuestras universidades producen eruditos, demasiado temerosos de aventurarse a decir algo propio sin apoyarse en citas, y a veces, ya los estudiantes no están en el aula, están en su lugar Hegel, Kant, Nietzsche, todos menos “si mismos”. Sin embargo, he insistido en que no hay filosofía sin aventura, cuando pensar es aventurarse por caminos sospechosos, difíciles de comprobar, y casi siempre soportando la tortura al ego de no ser amados.

alguna razón, valor, postura y respeto. Desde entonces, quien ya no cree en nada puede *crear su creer*, y debe hacerlo, si quiere seguir viviendo. Esto es “nihilismo activo”. Pero precisamente porque ahora vive porque quiere y no porque debe – es decir, no ya porque alguna ley exterior así se lo exija- en realidad “su deber” es su voluntad. No carga más con la vida como algo que se le dio y que tiene que aceptar sin remedio; no importa si fue arrojado a la existencia, ahora salta voluntariamente en ella, vive porque quiere, y como hace lo que quiere, goza. La queja o la lamentación por estar vivo, el resentimiento, solo tiene sentido mientras se cree que es una obligación y no una afirmación alegre seguir. La posición reactiva evita el dolor y busca el placer, pero así se defiende uno de la vida, disociándose de lo doloroso e identificándose solo con lo placentero. Uno queda dividido y divide la vida. Dejamos entonces de sentirla en su potencia plena. “Pleno” significa más, no siempre mejor. Querer el “Bien” no es sino la neurosis, pues se intenta cercenar la sombra de la luz, y todos los mecanismos de defensa buscando una felicidad ficticia son formas de la reactividad, pues aun nihilistas, no logramos transmutar el sufrimiento. De ahí nuestro recurso al auto-engaño. No hemos podido transmutar el veneno de la serpiente en medicina, la vida nos ha mordido y preferimos alucinar antes que aceptarla como una gracia o dadiva.

La transmutación, que implica una “inversión de todos los valores”, de ser posible, necesita ser un cambio en el interior de la voluntad, un vencer de unas fuerzas sobre otras más débiles, no solo un cambio de signos o una inversión superficial del bien y el mal.

Sabemos bien lo que Nietzsche llama transmutación, transvaloración: no en un cambio de valores, sino en un cambio en el elemento del que deriva el valor de los valores. La apreciación en lugar de la depreciación, la afirmación como voluntad de poder, la voluntad como voluntad afirmativa. Mientras se permanece en el elemento de lo negativo es fácil cambiar los valores o incluso suprimirlos, es fácil matar a Dios; se conservan el lugar y el atributo, se conserva lo sagrado y lo divino, incluso si se deja el lugar vacío y el predicado sin atribuir. Pero cuando se cambia el elemento, entonces,

solamente entonces, se puede decir que se han invertido todos los valores conocidos o cognoscibles hasta este momento⁴⁸

La voluntad, entonces, no permanece en el elemento de lo negativo, cambia de elemento. Transmutación no es un simple switch de actitudes y de valores, lo que generaría un cambio falso y artificial, ni una forma novedosa de jugar a conectar los cables para que pase la energía en sentidos diferentes. Se trata en realidad, siguiendo la alegoría, de un cambio natural en la polaridad de la corriente (carga positiva), para lo que se necesitan canales y receptores más resistentes y flexibles, capaces de soportar el voltaje, la variación de intensidad sin hacer corto circuito. ¿Un superhombre? Podríamos comprender la locura de Nietzsche como la maquina receptora sobrepasada por una tremenda energía, y eso lo podemos notar en la debilidad física y anímica del autor, compensada por una prodigiosa inteligencia. Sin embargo, eso no sería muy justo de decir, pues Nietzsche soporto bastante y suficiente para dejar una obra innovadora, sabiendo incluso que lo era, lo que aumentaba la intensidad de la carga.

La transmutación, a mi juicio, es una sigilosa conversión de las fuerzas reactivas en activas, operación del devenir, maniobra en el seno de la vida, efectuada por ella misma. Nadie puede decir “ahora transmutaré”, esto es algo que acontece por sí solo y no, pues cierta disposición de parte nuestra es exigida, cierta “terapia de desbloqueo” físico, emocional y mental. El “yo” queda transformado por las fuerzas activas, el “yo” no es quien propone, el es apenas quien se dispone o se hace un lado para que se afirmen las fuerzas activas. En el creador, cuya obra de arte es la propia vida, devenimos “médium”, vehículo de expresión del demonio o espíritu animal, ese “desconocido que habita el cuerpo y es el cuerpo”, pues una vida inmanente nos recorre fuerte y alegre, como ocurre en la danza con tambores si es que nos permitimos escuchar y poseernos por la música. En esta experiencia, la conciencia y la vida no se excluyen, no se aniquilan una a la otra (como en el trance inconsciente), sino que hay distancia crítica, pero también participación en la quimera o el sueño.

⁴⁸ Ibid, Nietzsche y la filosofía, pp. 240-241.

Uno no afirma nada en particular, en la transmutación, la propia vida es la afirmación, el ser que se expresa de múltiples maneras, todas máscaras, un “carnaval”, pero también como dije ya, un aquelarre que reúne al ser y el devenir, representación y voluntad, imaginación y fuerza, belleza y violencia, uña y mugre. Las reúne pero no las mezcla, lo que sería caer en una indiferenciación, opuesta y prejudicial a la chispa de una singularidad con rostro: demonio-potencia enmascarada de humano. Ese “ser” que se enmascara no es un Dios hecho carne, ni una entidad, propuesta que ha implicado colocar a un mero fantasma, una categoría o Idea como el origen o principio de la vida. Planteamos las cosas al revés, todo ficticio plano trascendente a la vida, como todo valor, es, creado por y en la inmanencia de esa vida como un sueño. Dios existe, ¡sí! existe, pero en sueños solamente, como todo lo que existe ya formado y no en su condición de pura energía. La vida que bulle de sí misma, sin principio ni fin como la energía que “ni se crea ni se destruye solo se transforma” (termodinámica), origina y no es originada por un ente.

Transmutación, entonces, es un *acontecimiento* que no se realiza por las conciencias sino *en* ellas. Y el devenir activo de las fuerzas supone el fin del nihilismo, su superación en su instante más álgido. Las “tres transformaciones” que detalla Nietzsche en su Zarathustra, la del espíritu en camello, la del camello en león, y la de éste en niño, son me parece, la simbólica de algo que ocurre en un estrato distinto, la transmutación de unas fuerzas en otras, el devenir activo. En mi interpretación tales transformaciones pueden ser consideradas las fases de un despertar a la lucidez, un camino metafórico de liberación del espíritu, es decir, su habilitación creadora. Es el paso de la reproducción a la creación, tránsito de un pensamiento de la “semejanza” al de la “diferencia”. Es el camino de crearse a sí mismo, donde hayamos en Nietzsche la idea de una “primera naturaleza” consistente en la tradición heredada de pensamiento y costumbres soportados en unos valores que niegan la vida y que perpetúan unos modos de vida propios del nihilismo, y la idea de una “segunda naturaleza”, de la que nos apoderamos cuando tomando distancia de nosotros y la cultura, adquirimos

mayor criterio, y mediante una selección valorativa que exige un compromiso en la revisión de esos valores, nos vamos formamos un juicio propio sobre los diversos asuntos, lo que queremos preservar, destruir o crear. Todo ello obedece la necesidad más íntima de definirse y redefinirse, propias de una singularidad inconforme y sedienta de dar voz y rostro a su “sí mismo”, que no es sino toda la potencia que pueda realizar. Este proceso de conquista de sí, que nos saca del automatismo y la impropiedad, es ruptura, desencanto, malestar con el mundo. Si hasta entonces parte del rebaño decíamos “sí” con ganas de complacer para ser complacidos y cargábamos con las expectativas sociales, ahora decimos ¡no! y encarnando furiosamente lo negativo, nos volvemos la contradicción y la objeción de todas las tesis establecidas, o sea, escépticos. Esta ruptura con dogmas, tabúes, y modismos, sólo es posible en los espíritus fuertes, amigos de su soledad, que pueden tomar *distancia* de los prejuicios que nos soportan y de los prójimos que nos apoyan, tal como el águila orgullosa que se aleja de la montaña para volar sin otro soporte que sus propias alas al viento. Pero junto al águila y enroscada al cuello -como vemos en el Zaratustra- acompaña la serpiente, lo que interpreto por mi parte como la capacidad de la inteligencia de *proximidad* a las zonas peligrosas, íntimas, zonas prohibidas, de difícil acceso al entendimiento humano por la simple vía del “sentido común” o del “buen sentido”. Esos umbrales, el medio día, la media noche, la aurora y el crepúsculo, donde la altura se toca con la profundidad, son accesibles para los espíritus lucidos que logran simultáneamente distanciarse mas y acercarse mas a todas las cosas. Y es justo por ende decir que la lucidez es como la flama de un fuego frío, símbolo hiperbóreo que reúne lo más extremo. La “primera naturaleza” es el “sí del asno” que carga con los valores y con el deber de transmitir esa carga a sus sucesores. No es el camello, porque éste, me parece, ya es en el bestiario nietzscheano parte del tipo de conciencia de los “hombres superiores” aun no trasmutados y no del rebaño obediente, lo que el asno sí representa.* Es el “sí” a unos “valores superiores” que aunque

* Al camello yo le vería una significación diferente. Si bien también es el animal de carga como el asno, no lo hace con la actitud sumisa y servil del asno, ni carga tampoco las mismas cosas. El

parecen conservar la vida, la niegan, precisamente porque en su afán de trascenderla, le quitan todo su poder transformador, positivo:

Y aun más, su Sí (I-A, I-A) es un falso sí. Cree que afirmar significa cargar, asumir. El asno es en primer lugar el animal cristiano: carga con el peso de los valores llamados “superiores a la vida”(…) De cabo a rabo, el Asno es la caricatura y la traición al Sí dionisiaco. ; afirma pero solo afirma los productos del nihilismo⁴⁹

La “segunda naturaleza” me parece que empataría con el “no” del león. La fuerza del “no” que se opone al “sí del asno” y que es posible tras el desencanto de los valores, tras la ruptura ejercida por el criticismo exacerbado. Pero vemos surgir este criticismo, este “no”, precisamente como consecuencia de haber llevado esos valores tradicionales hasta el extremo, donde devienen absurdos. El nihilismo actual, lo que Nietzsche llamó “budismo europeo”, es escéptico en alto grado como consecuencia de la misma interpretación de la vida que domina la tradición platónico judeo-cristiana. El rechazo a toda verdad, y a cualquier interpretación moral se desprende justamente del “solo Dios es verdad”. La crítica del fundamento, del “más allá” y del “en sí”, todo ello propio del nihilismo, es según Nietzsche, consecuencia de haber llevado el valor cristiano de “verdad” a su desarrollo máximo:

La decadencia del cristianismo es el efecto de su moral rígida e inamovible, que se vuelve contra el propio Dios cristiano, de manera que el sentido de la verdad que ha venido desarrollando el cristianismo, se transforma en repugnancia ante la falsedad y la mentira, lo que causa el rechazo de toda interpretación cristiana del mundo y de la historia⁵⁰

En el nihilismo radical se siente la existencia como algo absurdo, pues ya no son sostenibles los valores más altos que se reconocen, añadiendo a esto la comprensión de que no tenemos el menor fundamento para concebir un “más allá” o un “en sí” de las cosas, o una moral de vida que tenga su origen en lo divino Esta comprensión es una consecuencia del concepto de “veracidad” altamente desarrollado; pero también el efecto de la creencia en la moral.⁵¹

camello demanda cosas pesadas, para regocijo de sus propias fuerzas.

⁴⁹ Ibid, Nietzsche, p. 55.

⁵⁰ Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder*, Tr. Ánibal Froufe. España: Editorial Edaf 18ª edición, 2010, p. 13.

⁵¹ Ibid, p. 15.

El cuestionamiento de todos los valores obedece en el fondo aún a una creencia en la Verdad, casi como si toda una cultura nihilista, que no cree, estuviese llevando al extremo de la práctica -y sin sospecharlo- el lema cristiano “la verdad nos hará libres”. La indignación del que encuentra todo absurdo y sin sentido es moral, y el que ya no cree en tantas mentiras se pone secretamente del lado de la Verdad. Pero la lucidez no se detiene en ponerlo todo en duda, ni en recriminar a la vida como el nihilista su falta de sentido, porque la lucidez además de reconocer el error y el engaño, también reconoce su necesidad para la vida, y entonces sí se puede establecer para sí mismo y políticamente con otros, la no-verdad como verdad o esencia fundamental de la vida, diluyendo por completo los ilusorios límites entre verdad y apariencia. Surge entonces la necesidad de un lenguaje nuevo, uno no para el “conocimiento” de las cosas, sino de la imaginación y para la invención de esas mismas cosas que antes pretendían ser descubrimientos de lo “en sí”, pero que ahora sabemos como y cuanto las esencias son construidas, pensadas, y nos hemos divorciado de ese realismo ingenuo que permitía la metafísica. La lucidez, crea pues las ficciones necesarias para la vida, y así mantiene vida y conciencia no separadas sino imbricadas una a la otra. Ahora estar despierto no significa abandonar el sueño, ni soñar no estar despierto. Participamos activamente en el sueño como el usuario en juego de simulación, y así, solo con lucidez, podemos lograr la experiencia de ser un dios o demiurgo que es simultáneamente el creador y lo creado, el agente y el pasivo, la causa y el efecto, si bien estas categorías sólo establecen ficticias relaciones de sujeto y objeto que se imponen e inmovilizan un devenir del que solo debiéramos de decir que acontece. El lenguaje es torpe para decir el acontecimiento, y la filosofía, en este sentido, una obstinación compulsiva y hasta demente, por dar un alma y un rostro a la vida, una máscara trágico cómica al horror y a la maravilla.

ULTIMAS DISQUISICIONES

Esta investigación no ha seguido una trayectoria fija sino confesadamente curva. Si concedemos la curvatura del espacio no es improbable que el lugar del pensamiento también sea algo, poco lineal. Quiero admitir que lo único que ha permanecido idéntico desde un comienzo ha sido el tema de *la lucidez en una modernidad tardía crítica de su propia racionalidad*, pues incluso la hipótesis y el problema han sufrido re-configuraciones en la medida en que adentrándome en la madriguera del conejo me he encontrado con la serie de autores y paradojas que fueron erosionando mi punto de vista, haciéndome rotar en varias direcciones y fuera de mi propio eje o punto inicial. Esta investigación, en cuanto experiencia filosófica del autor, versa más acerca de lo que tales encuentros hicieron conmigo y menos acerca de lo que yo hice con ellos, pues cada autor y sus planteamientos me asaltaban por sorpresa forzándome a ver tantos aspectos ocultos del tema (y la propia vida) en cuestión, como nexos posibles de interpretación. Muchas veces tuve que desarrollar esas posibilidades y otras veces ignorarlas para no extralimitar mi trabajo. Esto en cuanto a la experiencia, en cuanto al experimento, dedico las siguientes páginas. En efecto, como señala el título de mi tesis *Gérmenes de lucidez*, se ha tratado de un experimento: intentar dar vida a un concepto, hacerlo germinar mediante una serie de *ensayos* que lo esbocen o perfilen. Estos ensayos experimentales (capítulos) contienen pues los gérmenes, semillas ideáticas que en las condiciones adecuadas germinarían para luego, ya madurados, dar fruto. Si éste último ha sido amargo, sabroso y alucinante, si deba proscribirse, ignorarse o corregirse, es algo que competirá juzgar al lector. Sería excesiva la pretensión de poder acercarles el fruto prohibido del Edén, o una granda del Hades, sin embargo, los gérmenes de la lucidez no sólo quisieron dar vida a un concepto sino infectar de lucidez al lector, por eso “gérmenes” también puede interpretarse en el sentido de bacterias, de invasores o perturbadores de esa ficticia salud que se sostiene en convicciones tranquilizadoras, por ejemplo, la

ilusión trascendental del realismo. Estos “venenos” como también podríamos llamarle a mis gérmenes, son de hecho antídotos para ese virus tan predominante en la cultura occidental y que Nietzsche llamó “*suavidad cosmopolita*” o bien, una respuesta al “*nihilismo*”, y si leerlos os puso algo enfermos y alucinantes, como mordidos por alguna serpiente o raptados por algún dios, mi texto en cuanto experimento en el lector, habrá surtido el efecto de encantamiento deseado.

Pues bien, hasta aquí lo pertinente al experimento en el autor y en el lector, siguiendo ahora las conclusiones en cuanto al experimento en filosofía. Como había prometido en capítulos precedentes, quiero en estas últimas páginas enunciar las formulaciones del concepto de lucidez, recogiendo y sintetizando los componentes diseminados en los varios capítulos. Estas conclusiones son los brotes de vida de esos gérmenes de los que ya hablé, y constituyen el florecimiento del concepto. En efecto, a estos gérmenes los he regado, calentado, sombreado y cantado canciones como queriendo el brote o nacimiento de algo. Pero antes de mostrar al divino niño o monstruo, quiero recalcar algo: esta tesis fue un experimento de filosofía donde lo que se ensayó, como en un laboratorio, fue el concepto de *lucidez*. Lo que “experimento” sugiere en este caso, es que no tenía previa idea de lo que ocurriría al mezclar los componentes -que iba descubriendo en forma de ideas o conceptos de otros autores- y que he seguido, más que un plan con sentido preciso y prefijado, el latido propio de una aventura filosófica, a veces para acá y a veces para allá, de encuentro en encuentro, como tomado por fuerzas sucesivas. Por esta razón, si bien en un comienzo explicité una hipótesis para proporcionar un eje central central a mi investigación, me permití en varias ocasiones el extravío de divagar sin por ello creo yo, perder de vista la lucidez como tema y los varios problemas filosóficos implicados. Por otro lado, la ausencia de método o *método de locos*, es del todo congruente con la propuesta de la *lucidez como pensamiento de la vida y vida del pensamiento en devenir*. Escribir, leer, vivir y reanudar el ciclo en espiral fue un vivir siempre de camino, un vagabundeo productivo. La misma

lucidez, su experiencia de despertar y los discursos catalizadores o posteriores a ese despertar, no puede sino mostrarse enemiga de todo intento de rigidez del discurso en un punto fijo, único, último y céntrico. *El movimiento de la lucidez es descentramiento perpetuo*, fuerza centrífuga fuera de Dios: centro de la Edad Media, fuera del Hombre: centro de la modernidad, específicamente en algunas formas del Renacimiento y el Racionalismo Ilustrado. Es por todo esto, y por los argumentos presentados en los capítulos previos, que la mismísima lucidez, a mi parecer, justifica la falta de *un* fundamento primero o de *un* objetivo último de esta investigación. Sin embargo, más que utilizar ello como pretexto para la pasividad, creo que me he consagrado a la tarea activa de urdir ese fondo a la lucidez, de simularle sustancia, tejiendo cual araña en el abismo, un soporte de argumentos al concepto. En estas conclusiones, pretendo hablar de esas consistencias del concepto de un modo más conciso y condensado. También, he librado yo mismo la batalla del pensar que implica mantenerse alerta, tomando por arma y por escudo *la reiterada actitud valorativa que es la lucidez* respecto a mi propio trabajo y el de otros. Esta actitud de la lucidez semeja al erotizado colibrí cuando en perpetua agitación bebe de una y otra flor, degustando así la variedad de un campo abierto de posibilidades, eso sí, delimitándolo y restringiéndolo al tema en cuestión y a sus problemas. Si tanto pavoneo por mi parte ha sonado chocante, tanto aquí como a lo largo de los capítulos, sólo quiero agregar, que no puede ser de otro modo mas que apostando por sí mismo (y eso es una tesis), la técnica como se es fiel a una propuesta afirmativa y nietzscheana de la filosofía, con la que mi concepto de lucidez amista. Alardear llena de animo el pensamiento, y si el narcisismo esta al servicio de la obra, o como diría Deleuze al servicio de la “realización de una potencia”, entonces puede tomarse el orgullo y la osadía con humor, o bien como un recurso más por parte del autor.

Pasemos de lleno ahora a la esencia del concepto de lucidez recogiendo la siembra de cada ensayo o capítulo. En cuanto a lo que respecta al primero tomé en consideración principalmente *la crítica a la racionalidad* implícita en la

obra “El mundo como voluntad y representación” de A. Schopenhauer. Ella consiste más que nada en señalar que la voluntad, ciega y sin finalidad, es la esencia del mundo, concepto mediante el cual trata de resolver el enigma de la “cosa en sí” Kantiana. Si bien para Schopenhauer el estatuto de esta voluntad sigue siendo metafísico -pues aún oponiéndola a ser un “principio de razón” del mundo él la torna omnipotente y omnipresente, como *única* realidad volitiva y operante incluso en toda la naturaleza- ello no quita el haber sido uno de los pioneros en admitir lo irracional de la existencia, y en consecuencia, recuperar el elemento necesariamente trágico atenuado por una racionalidad moderna que confiaba demasiado en sí misma. La esencia del mundo es un oscuro, inconsciente e infinito querer que jamás alcanzará satisfacción en los objetos finitos de la representación, golpe tremendo a toda ilusión progresista de la humanidad. Además, este giro que relega a la razón a segundo plano y devuelve al instinto, a la fuerza o voluntad de vivir su lugar primordial, perfila e inspira la “transmutación de los valores” y el concepto de “voluntad de poder” posteriormente elaborado por Nietzsche.

Conclúyase y afirmese lo siguiente:

Sí, la voluntad de vivir es un querer infinito e insatisfecho (y qué mejor porque de lo contrario no movería siempre a más) que escapa al principio de razón. Es decir no tiene razón de ser o fundamento pensable, no tiene origen ni finalidad. Lo que torna la existencia trágica es que, además de que la insaciabilidad de la voluntad nos acarrea un sin fin de sufrimientos, tomar conciencia de ella (tornarse lucido) devela que su impulso no obedece ningún plan divino, ninguna lógica dialéctica, pues ella carece de algún sentido inherente que pudiera servirnos como principio rector exterior y por lo tanto como ley.

Sí, en el momento de reflexión en que la voluntad se conoce a sí misma, “conocer mi voluntad”, el sujeto queda, según Schopenhauer, ante dos alternativas: la “afirmación de la voluntad de vivir” o la “negación de la voluntad

de vivir". En el primer caso deja como única salida el arte como remedio al dolor de la existencia, buscando a través de la sublime contemplación del objeto de arte una escapatoria momentánea al "sentimiento trágico de la vida", como le llamó M. Unamuno. En el segundo caso se trata de cesar de querer para dejar de sufrir. El conocimiento de la voluntad como causa de todos los males del mundo ya es en sí apaciguador y además despierta la compasión por otros seres vivientes, pues tras descorrer el "velo de individuación" la intuición filosófica nos muestra que no somos en esencia seres separados. La voluntad se niega a sí misma cuando alcanzando en el hombre su máxima expresión, se conoce a sí misma como fuente de todo sufrimiento. La comprensión misma funge el "efecto apaciguador" sobre la voluntad. Mi propuesta, digámoslo de una vez, siempre fue enemiga de esta última alternativa y solo en parte compatible con la primera. Es decir que: *Sí, para la lucidez, la "afirmación de la voluntad de vivir" y su conocimiento no terminan por oponerse sino al contrario, se potencian mutuamente.* En otras palabras, la conciencia no mata el instinto, lo enerva, lo hace más fuerte, y al mismo tiempo, el instinto afila la conciencia, la torna lúcida, penetrante y aguda. La lucidez mantiene rotunda hostilidad hacia la tendencia a disolverse en la nada ("voluntad de nada" y "nada de voluntad"), es contraria a ese deseo nihilista de aniquilación del conflicto perpetuo que nutre una existencia hacia la cual podríamos -superando la nostalgia por un absoluto- sentir simpatía, amar la vida. *Sí, la lucidez no distancia de la vida, no enfría la relación con "las cosas más próximas", es el pensamiento de la vida y el vivo pensamiento, un lazo amoroso entre vida y obra, un compromiso.* Al pesimismo de la negación de la voluntad, le considero meramente un primer efecto de desencanto al que debe seguir una actitud menos reactiva y más pro-positiva. Para ello, *sí, la voluntad debe ser revalorada, considerarla potencia, no simple carencia.* La lucidez – uniéndose al espíritu nietzscheano- revalora la existencia, reitera su compromiso con ella, es una actitud que la transmuta. Ya no se le mira como un deber o como una carga (no es hacerse "carga" de ella ni de sí como el camello) sino como una deleitosa tarea creativa, una danza a los lados, no una pesada cruz. *La lucidez, sí, en tanto despertar a la vida, es 1) entrega amorosa a*

la actividad, 2) pero en el límite del conocimiento 3) y aunque conciente de la muerte. Respectivamente a estos puntos, “lucidez” resuena con tres conceptos anteriores: la alegre afirmación (“santo decir sí”) nietzscheana, el de “límite” (inaccesibilidad a la “cosa en sí”) que viene de la tradición kantiana y continúa contemporáneamente con nuevas investigaciones de E. Trías, y el concepto de “ser para la muerte” de Heidegger.

No hay para la lucidez un momento en que la esencia del mundo nos es conocida y por lo tanto agotada, mas bien el lampo de *la lucidez es de-velación sí, pero de ese infranqueable límite del conocimiento que posibilita la libertad del arte interpretativo, abriendo la fuente inagotable de sentidos posibles, al margen de toda pretensión de verdad absoluta e inmortalidad* No ocurre esto cuando Schopenhauer cree haber respondido a lo que es la “cosa en sí”, pues no sólo acepta la existencia extra-mental de tal cosa, sino que cree haber encontrado en la voluntad una verdad universal, una esencia, aunque no racional. Si bien el fondo de la vida es incomprensible y por eso es más bien desfondada, “voluntad” parece ser el término salvador de la brecha epistemológica mediante el cual cree haberse apropiado de lo “en sí” y en ese sentido Schopenhauer sigue siendo platónico, por su ingenuo realismo metafísico. Sin embargo, para deslindarse de esta acusación, para evitar caer en un mero nominalismo, el mismo filósofo buscó fundamento a su tesis de la voluntad en el mundo fenoménico, en las ciencias naturales, en la constitución orgánica de los seres vivos y su comportamiento, de donde extrae ejemplos contundentes. La tesis de la voluntad dio pie al irracionalismo, a concebir otro lado activo del mundo, uno instintivo y precedente a la conciencia que hasta entonces se creía todopoderosa. Fue Schopenhauer quien mejor detalló cómo estamos sometidos a las pasiones, a la voluntad de vivir. Y la psicología freudiana bebió de estas amargas ideas para elaborar su teoría del inconsciente y las pulsiones primitivas. Su concepción del deseo como carencia, estuvo influida por el pesimismo del filósofo.

El filósofo M. Heidegger, otro crítico de una racionalidad moderna -a la que denuncia por su pretensión científica y técnica, nos dice como la una tradición de pensamiento que se remonta a Grecia antigua se ha alejado del lenguaje del “ser en tanto que ser”. De éste pensador tomé la obra “El problema del fundamento”. En ella plantea que la pregunta metafísica de occidente siempre ha sido la del ¿por qué?, y que tal método alude siempre a la existencia de un “principio de razón suficiente”, concepto postulado por el moderno Leibniz. Vimos en el *capítulo dos* que, según tal proposición dominante, cuanto existe debe tener una razón última o primera, un fundamento racional, ya que nada es sin fundamento (Grund). Heidegger desmonta este pensamiento que le parece un tratamiento demasiado rudo para preguntar por “el ser en tanto que ser” y toma un *camino* distinto, un modo de preguntar diferente con el que llega a una conclusión: el “ser en tanto que ser” carece de fundamento racional (Ab-grund). Para ejemplificar esto Heidegger toma el lenguaje poético de Ángelus Silesus cuando éste dice “*La rosa no tiene un por qué, florece porque florece, no cuida de sí, no pregunta si se la ve*”. En este segundo “porque” parece escucharse que el ser no tiene justificación, el ser ya es su propia justificación. Entonces, el ser no es lo difícil, lo aporético, mas bien la dificultad ha sido el modo inquisitorial como en occidente hemos venido interrogándolo. Hemos abordado el ser preguntando por el “por qué” en vez de dar un “salto transposicional” al lugar del ser mismo, y ahí, al ras de la tierra, escucharlo. Pero hay algo más en esta frase del poeta; el hombre no es como la rosa que “no cuida de sí y no pregunta si se la ve”, por eso no habita inmediatamente al ser en tanto que ser. El hombre moderno es un ser de lenguaje, de proposiciones y de principios con los que domina la vida. Este es el “cuidado de sí”, pues no le basta ser, tiene la necesidad de re-conocerse, representarse, y en esas categorías queda atrapado y separado del ser en tanto que ser, exiliado de la vida tras comer del árbol de un conocimiento inmovilizante, categorizante. Esta captura nos priva también de una experiencia corporal más fluida, de experimentar el devenir en tanto devenir sin la mediación de estructuras trascendentales de pensamiento dicotómicas y bipolares. Con el Ab-grund (desfondamiento) el cuerpo gira y se disloca, se

relaja pero también se tensa, encuentra un estilo de habitar el mundo propio del danzarín: en perpetua fuga, a los lados y en trayectoria curva, deviene serpiente-espiral.

El “por qué” transmuta en sin-porqué. Debido a la lucidez, hemos desfondado el mundo, que ahora se nos absurdo, como es. Ella, la lucidez, es reiterada actitud valorativa, *animado desfondar*. Actitud de sospecha y de apertura a más posibilidades. Lucidez es el continuo aleteo del colibrí que al chupar la flor resta lo que sobra a la vida, la desfonda. *Sí, la lucidez es la reiterada actitud y operación de desfondamiento que desviste al ser de categorías inmovilizantes, y este movimiento perpetuo e ígneo, consiste en un tipo de remembranza (que paradójicamente es desmembramiento) No olvidar y recordar a otros que todo ente no tiene, ni es el fondo o fundamento, es el compromiso ético de la lucidez.* Como los Titanes que en el mito despedazan el cuerpo de Dionisos, la lucidez acaba con toda cosificación o entidad (con el Juicio de Dios) menos con el “ser en tanto que ser” que es el corazón de Dionisos (el falo en otras versiones). Este corazón es el ser de la vida y la vida del ser. Donde hay fundamentalismos tiene la lucidez el compromiso de “martillar”, “desmontar” o “de-construir”.

El desmontaje que hace Heidegger del pensamiento metafísico occidental, a mi ver obedece un motivo de salud: con “el olvido del ser” nuestras *relaciones íntimas* con la vida (con lo otro) se han tornado superficiales, rígidas, separativas y dominativas. Excesivamente territoriales, unas categorías que fijan e inmovilizan el ser tienen por consecuencia una incapacidad para la intimidad, para el juego erótico con la vida que es danza, y para un pensamiento vivo, dinámico y sobre todo: *lucido*. La lucidez en este aspecto “recuerda el ser”, pues lucidez de pensamiento es compatible con lo que Heidegger nombró “Das wort von Sein” (nota). Dejar al ser hablar es ponerse a la escucha de la vida, en este sentido lucidez es menos algo así como una supervisión que engloba la realidad (racionalismo), y más una *claridad auditiva*, las orejas pequeñas y laberínticas

de Ariadna con las que Dionisio se divierte. Cabe añadir que son las excepciones creadoras las que prestan oído y voz a un “ser” que no es cosa.

No basta dejarnos “sin-porqué” o sin fondo racional para que transmuten las fuerzas en afirmación, y es que “sin” denota todavía la nostalgia o melancolía por un fundamento y refiere a su ausencia. Dios sigue ahí tramposamente, y meramente *se disimula que no hay lo que sí hay*¹ Aún hoy, nuestra época está en el momento álgido del nihilismo donde aún no se escuchan las trompetas dionisiacas ni las risotadas del séquito de sátiros, ni los gemidos orgiásticos de las ménades. El sin-porqué no ha devenido “porque sí” al modo de la rosa que “florece porque florece”, y hablamos todavía en términos de perdida y “muerte de Dios” en vez de dejar al ser cantarse, bailarse y afirmarse a través nuestro, los *médium*. La reactividad no ha devenido todavía actividad, ni la oposición diferencia, pero empieza a serlo en algunas singularidades excepcionales, y quizás nunca lo será en las masas. Esta compenetración entre vida y obra (lo dionisiaco y lo apolíneo) todavía no es tal porque muchos no saben aún que “Dios a muerto” y otros, mas informados, no saben qué hacer ahora y después de ello. Con Dios, con eje o razón, resultaba más fácil querer y comprender la vida, ahora, se preguntan unos ¿de donde sacaremos fuerzas y en qué las emplearemos? ¿Ahora que todo está permitido, cómo mandaremos sobre nosotros mismos? No sabemos vivir porque no sabemos jugar, fuimos demasiado serios en creer que todo debía tener sentido, y ahora que el absurdo toca a la puerta, no sabemos como recibirle. Dado que sin el principio rector o fundamento racional no tenemos ya un centro al cual atarnos con una cuerda para dar vueltas, muchos quisieron usar esa misma cuerda para ahorcarse con ella. Pocos saben vivir sin una punto de referencia exterior al cual sujetarse o apoyarse. Por el contrario, para danzar en el abismo sin fondo se requiere poder girar sobre sí mismo, seguir en movimiento incluso cuando el bailarín se ha desprendido del suelo. Una alegría llena a éste tras haber vencido esa

¹ En el capítulo 3 se especificó la distinción entre “simular” y “disimular” tomada de Baudrillard y reinterpretada.

gravedad, que el no iniciado todavía considera como perdida lamentable de algo necesario. La mayoría de los suicidios han sido cometidos por individuos débiles que querían un sentido único, algo exterior a ellos que diera peso, significado o valor a su existencia. No toleraron la ingravidez, no transmutaron la desesperanza en risa y liberación, e incluso en reforzador de las ganas de vivir, precisamente porque es más heroico, más altivo, vivir cuanto más imposible nos parece. ¿No gozamos más de nuestras propias fuerzas, no sentimos la vigorosa tensión de nuestra voluntad cuando más resistencias hay? Así lo cree el filósofo danzarín, que promulga cual Zaratustra la “muerte de Dios” como una buena nueva, sin pena. Y es que una vez que no existe alma que deba ser salvada, es posible despreocuparse y volver a jugar, gozar la vida como algo no maldito sino devuelto a su inocencia. Únicamente los fuertes pueden dar este salto a la vida sin un “porqué”, sin pretexto o justificación, por puro amor o ¿capricho de fe? (Kierkegard) Y la fuerza para ello, el coraje heroico, emerge de un calor generado en sí mismos que éstos nobles seres llaman “espíritu”, semejante a la estrella que solitaria brilla en la noche con luz propia y diáfana, que no ha tomado prestada a otra, pero sí que es generosa al prestarse a nuestros ojos.

Un pensamiento que deviene lucidez sigue el camino de una pregunta por el fundamento a una negación de tal, para finalmente tornarse fundador, asumiendo que precisamente en eso ha consistido toda su actividad desde el comienzo, no una “búsqueda de la verdad”, sino gesto y “voluntad de poder” (Nietzsche) Hablamos *para* darnos sentido y las variaciones interpretativas dependen mas del *cómo* lo hacemos. Así, mediante esta transmutación, pasamos de la pregunta metafísica del “por qué”, a la estratégica del “para qué” y a la estética del “cómo”, ambas más ya en un tono afirmativo y pro-activo que negativo. ¡¿Por qué?! Suena todavía a reclamo, por el contrario, en las otras dos, ya hay más el abrazar la vida, pudiendo imaginarnos el águila en vuelo abriendo las alas al abismo, lo irracional. Si decimos si “porque sí”, somos fieles y confiados en el arrojó a la vida sin cuestionar sus motivos. La vida no necesita razón de ser, y siendo nosotros de ella, en ella y ella misma, no necesitamos

tampoco tener sentido, y somos tan arbitrarios como lo es ella por mucho que logremos justificar acciones o fenómenos con explicaciones racionales. En el fondo de toda ciencia impera la arbitrariedad, el sin-sentido, lo vemos cuando buceamos hondo y descubrimos unos prejuicios que no soportan el examen, pero que son el soporte de una ficción de conocimientos que se pretenden verdaderos, razonables. Además, cuando queremos justificar la arbitrariedad de la vida, partimos siempre del prejuicio moral de que es mala o injusta, a no ser que tenga sentido. Pero valorando así, somos nosotros quienes nos tornamos injustos con la vida, pues ya la condenamos por el solo hecho de exigirle una razón de ser, como si no nos gustara su desorden y le reprocháramos, a través de nuestra pregunta, no tener ni pies ni cabeza. Al preguntarnos en cambio ¿para qué? ¿cómo?, nos escuchamos ya mas dispuestos a participar en la activa creación del mundo, a postular el sentido a partir de nosotros mismos en vez de creerle algo “en sí” y más allá de nuestra capacidad de autodeterminarnos.

Y sin embargo, plenos de voluntad, pues nacemos ávidos de vida, nos incorporamos a una cultura ya cansada, decadente que se encargará metódicamente de restarnos impulso dándonos su “conocimiento”, sus tablas de valores y costumbres como si aún significasen gran cosa y no fuesen meras formas huecas, esparcidas por toda la población. La mayoría de estos “altos” valores y “buenas costumbres” exigen la supresión de los instintos individualistas por el bien de la comunidad o del prójimo. Mediante aplausos y reprobaciones se nos va dando la forma adecuada para convertirnos en lo que se considera “hombres de bien y del mañana”: empleados productivos conformes. La educación pública, religiosa y familiar, precisamente por estandarizada y dogmática está orientada a limar todas las asperezas del carácter logrando así una nivelación masiva. Si bien se nos concede el derecho a la libertad, o a la educación, ello no es garantía de que un individuo se pertenezca a sí mismo ni se autodetermine, pues hasta cómo y qué elegir nos ha sido trazado. Un hombre demasiado autónomo y soberano de sí mismo se podría tornar peligroso para el

Estado, y porque solo el mediocre es gobernable, el Estado promueve el crecimiento del poder de los individuos siempre más acá de su propio poder. Sin embargo, una educación “normal”, nunca producirá los genios necesarios para el pretendido “progreso”, he ahí su contradicción. Siempre los cambios emergen de entre los marginados, pero siendo la educación incorporación al mundo, no enseña a pensar ni fomenta la actitud crítica, pues ésta sustraería al individuo de la gobernabilidad, y le devolvería a sus plenos poderes. Se quieren sumar elementos al mecanismo social, preservar y alimentar un sistema de vida, no restárselos. Los pensadores que sobreviven este proceso formativo sin apagar la chispa, decididos a vivir y a legislar sobre si mismos, se vuelven marginados del “ pueblo elegido de Dios”. Hechos para la vida salvaje y en perpetuo riesgo casi parecen delincuentes espirituales como aquel Prometeo (o Lucifer) que roba y porta el fuego de los dioses. No son el rebaño que imita y se inclina ante un mundo de valores sino los que se atreven a guardar distancia para criticarlo y proponer algo distinto. El sistema tiene dispositivos de vigilancia sobre los individuos: conteos, panópticos, credenciales y formas de mantenerlo ligado físicamente a unas necesidades y deudas que tiene que resolver trabajando, y a unas obligaciones tributarias. También se le liga, se le embruja o sugestiona psicológicamente por medio de la manipulación mediática. Por otra parte, lo que nos hace “razonables” en vez de deleznable frente a los demás es la buena disposición al trabajo, y no la molestia con llevar cadenas; la renuncia del provecho propio por el del prójimo, y no el interés; la apertura al diálogo, y no la espada; la paciencia y la tolerancia, en vez de la firme decisión. En suma, el freno de nuestra voluntad y toda su irracionalidad, la justa medida según la expectativa de normalidad, incluso si ello significa el detrimento de la fuerza, y con ello, la salud. Así que, ningún medio de vigilancia es más efectivo por parte del Estado sobre los individuos, que el que nos aplicamos unos a otros cuando ya hemos interiorizado el policía. Pero nos equivocamos al dejarnos creer que esto significa autodomínio o posesión de sí, pues la interiorización de la autoridad que nos hace civiles, no esta ahí para fomentar el crecimiento o ligarnos fielmente a nuestras potencias vitales sino para domesticarlas, muchas

veces hasta eliminarlas o invertirlas al servicio de abstracciones que en nada benefician al ser viviente singular. Mas bien ocurre que éste, bien dispuesto, como dejándose penetrar en una actitud pasiva o demasiado afeminada, se ha convertido en medio, en el útil instrumento del poder mismo, pieza compatible y compenetrada a la gran maquina, en vez de un fin en sí mismo. Otro tipo de hombre es el que logre hacer que el mundo sea un medio para el pleno crecimiento de sí, y otro tipo de mundo sería el que aceptase sin resentimiento que “un pueblo es el rodeo que da la naturaleza para llegar a seis o siete grandes hombres” (Nietzsche), siendo las mayorías copias difusas, ensayos y replicas de grandes personalidades, mal preparados para crear o gobernar. Sin embargo, con los valores del cristianismo el “espíritu” antes aristocrático, le fue “devuelto” al populacho, quien ávido de venganza tuvo que pensar en la posibilidad de un dios y rey de los pobres, hasta que por esta “rebelión del esclavo”(Nietzsche) lo más vulgar llegó a gobernar y los valores menos heroicos y guerreros a ser considerados como lo más “noble”.

La sistematización del puro devenir en un esfuerzo de control cada vez mas pronunciado, recorta, estratifica captura en representaciones el absoluto y libre flujo. A un nivel menos social y más familiar, se trata de una “castración” que según Freud habría que aceptar desde la infancia e implica una renuncia a los “deseos incestuosos” con el perjurio- quiero agregar- de cortar nuestras relaciones con la vida (la Madre, la Tierra) y sus potencias (todo lo que nos lleva mas allá de nosotros), para incorporarnos y poder formar una sociedad de eunucos de marca registrada, seres circuncisos y de potencias trucas que sacrifican su singularidad por el abstracto “bien común”. Bajo el pretexto de “higiene cultural” somos homogeneizados y deformados por intereses extraños a la vida (purificaciones cristianas ascéticas secularizadas en aparatos estatales y mediáticos de control) mediante una educación e inculcación de valores decadentes llamados “superiores” que constituyen una agresión a todo lo que de propio y poderoso hay en el hombre y que ya no es “Hombre”, en el sentido moderno. Se trata del cultivo artificioso de un rebaño manejable, “humano,

demasiado humano” carente de una experiencia de la vida en tanto voluntad de poder, incapaz de sentir el placer de crear, pues a los muertos vivientes les falta fuerza siquiera para poder querer.

La “mirada invertida” del valor (Nietzsche) hizo creer a algunos pueblos (Ej: la antigüedad judía) que tal circuncisión del espíritu, simbolizada en la del cuerpo, era un rasgo distintivo de lo noble y altivo respecto a lo inferior: la “impura” naturaleza u otros pueblos. Sin embargo, tras una revaloración, vemos que las operaciones medicas y de bautizo sobre el recién nacido, incluida la posterior educación, consisten en sustraerle o separarle de su poder (fuerzas reactivas) de todo aquello que lo distinguirá y lo elevará, para darle un rostro más “humano”, menos demoníaco, y se le terminará por confundir para que piense y sienta que es “bueno” o “noble” negarse a sí mismo y para que se sienta “malo”, culpable o avergonzado cuando una potencia en él quiera afirmarse, realizarse. Lo vemos en los abundantes casos cuando por ejemplo el Padre o los valores de comunidad truncan la elección de carrera del hijo dividiéndole internamente entre lo que quiere y lo que debe (Maquiavélico “divide y vencerás”) hasta que en un intento desesperado de conciliación, se convence así mismo de que son idénticos. Pone fin así a la terrible tensión, queriendo lo que debe, y como no es suficientemente fuerte para hacer lo inverso: tomar como un deber hacer su voluntad y ser consecuente a su “llamado”, termina por traicionarse y vive de ahora en adelante en la perpetua infidelidad e insinceridad para consigo mismo y los demás.

La programación cultural tiene por fin lograr la decadencia de la voluntad: que todo el mundo (menos una minoría) no quiera sino la nada, o bien, que ya nadie desee nada ni nadie encuentre su pasión, su “camino con corazón”. “Ni modo, ¿qué le vamos hacer?” se dicen ya esos resignados de confianza minada, resignación que pasa falsamente como “cuerda aceptación de la realidad”. Éstos son los hijos de la segunda mitad del siglo pasado, que ya no se sienten llamados a nada o declinaron a tal llamado, sordos a esa “voz del espíritu” a la

que sólo el héroe, las excepciones creadoras, responden. Ya unas minorías, no creadoras pero sí astutas, se enriquecen de ésta pasividad nihilista o escéptica, negligencia de una juventud contemporánea embriagada, sin ideales, valores ni lucha, desvinculada de su sangre y sin interés por sus raíces, proclives al errar como fantasmas sin vida. La vida se las inyecta el auricular, de ahí la necesidad de llevar música a todas partes. Se sienten libres, pero más que nunca han sido domados. Es el espíritu guerrero, y con ello la lucidez, el que se diluye en ésta nefasta diáspora cultural y económica que llamamos “globalización”, donde el joven moribundo e irritado (más un anti-héroe) clama con su actitud pasiva porque la muerte llegue pronto, y se consuela consumiendo nuevas tecnologías y productos innecesarios, manteniendo además “libre comercio” con todas las cosas y seres hasta perder la identidad y apagar su fuego interior (si es que alguna vez lo tuvo) En la decadente modernidad consideramos “bien vivido” al que ha probado de todo, es decir, al que es más proclive al intercambio, a la mezcla, pues según el sacrílego nihilismo de época “nada ni nadie es sagrado, todo es intercambiable”, objeto de comercio. Ser fiel a algo o alguien nos parece ya anticuado o mojigatería. Poco a poco, según decaemos, “bueno” se le llama al que rico en perspectivas no tiene una preferencia, sino varias o ninguna. Pero más dividido o fragmentado por contradicciones también significa más débil, menos entero cuando la hora de elegir llega, porque ésta indeterminación andrógina, éste haber cuestionado en exceso los valores (según Nietzsche, por la misma exigencia cristiana de veracidad) ha minado la acción y la salud individual convirtiéndonos en híbridos, tendientes a la esterilidad. La creciente indefinición, su legitimación y hasta celebración en los medios, que nos acostumbran a la ambigüedad y ligereza de los caracteres y posturas, son actitudes que suelen tender por indecisas a la negligencia, y terminan en su ficticia “rebeldía” por conservar más el Estado de cosas actuales, pues la indecisión e indiferencia en general del individuo de nuestros días, en realidad indica que cada día hay menos in-dividuos, es decir, fuerzas singulares que pueden trazarse una meta y que aún en medio de tantas divisiones o posibilidades, no se dividen y mantienen la cohesión resistiendo la dispersión y

apostando por la diferencia. La derrota de la voluntad la vemos por ejemplo en la diluida institución del matrimonio, que en parte pretendía garantizar la monogamia y fortalecía la cohesión de núcleos familiares. Vemos como ella hoy se encuentra en riesgo por la incapacidad o miedo al compromiso en pareja, también por la facilidad con que cedemos al divorcio, así como con la creciente ambivalencia o ambigüedad implícita en la llamada liberación sexual y femenina. Todo esto debido a la celebración de un “progreso” en cuanto a “mayores libertades”. La decadencia de una vida, un grupo o de un imperio comienza cuando la tolerancia y el respeto a lo Otro se tornan permisividad, y al fin, celebración de la muerte como sí fuera vida. A las transigencias para con toda moral (y se necesita una para conservar y aumentar la vida) le llaman tramposamente los envenenadores de un pueblo ser “open mind”, “tolerante”, “plural” “alternativo” y hasta “democrático”. Así es como la debilidad pasa como si fuese fuerza: pero para los guerreros de la lucidez, no son siempre sanos los valores de la actualidad, y creemos que el pensamiento, la filosofía debe ser intempestiva, inadecuada y contraria a la época, amante de un porvenir que nos es desconocido. Si Nietzsche fue un crítico de los valores morales, hay que aclarar que lo fue, según mi apreciación, no por estar buscando y predicando el no-valor como se malinterpreta actualmente, sino por querer otros valores más elevados, y afines a la vida.

No poder tajar (carecer de fuerza selectiva), ver con ojos escépticos, relativos y desconfiados ciertas determinaciones necesarias para conservar e impulsar la vida, generando objeción tras objeción el interminable diálogo entre partidos o posturas, conduce directamente a la ingobernabilidad, pues no solo el arte de vivir (que es el de mandar sobre sí mismo) requiere compasión, misericordia, generosidad, bondad, racionalidad, dialogo y relatividad, sino también actitudes absolutistas, déspotas, irracionalmente confiadas y decididas, firmes y unilaterales para cortar y separar con espada (voluntad selectiva) lo que sirve y no sirve, a juicio propio. Los pacifistas, innaturales que piden el desarme, las vías democráticas, idealizando ingenuamente demasiado el diálogo y el valor

del voto, siguen sin comprender la necesidad vital de que la fuerza a veces deba primar sobre el derecho, o la relación complementaria entre ambas. En efecto, tenemos una dictadura, pero a veces lo único que devuelve energía o despierta el espíritu heroico en un pueblo deprimido, hastiado en sus propias libertades, y decadente, es la presencia del líder carismático (“ fuerza arquetípica del loco”), uno que haga recordar el honor, el coraje y el poder en cada cual. Decisiones radicales son a veces lo único que salva y reestructura un país (no dejo de reconocer que a veces lo hunde más), igual que la vida de un individuo cuando tienen que intervenir de emergencia quirúrgicamente. Solo una mano de hierro que declarase “el estado de excepción”, por ejemplo, puede acabar con las mafias de cuello blanco que gobiernan un país como México (nacionales y extranjeras) e impulsar al país fuera de la pobreza extrema y la ignorancia. Es irónico y resulta blasfemo para algunos insinuar que tal vez solo en detrimento de los derechos se puede hacer valer dichos derechos, pero resulta también harto ingenuo que se crea que en México pueda existir algo así como un cambio de raíz por un camino democrático. Un cambio de raíz requiere de tajo arrancar la mala hierba. Cambiar drásticamente supone la imposición de un nacionalismo y un socialismo que apesta a totalitarismo y que ya es “anticuado” respecto al nuevo orden mundial globalizado. Después de la segunda guerra, fuertes consecuencias contra el país que permita la existencia de un partido nacionalsocialista (inclusive no racial) o un gobierno comunista, pues conviene al corporativismo empresarial, un gobierno tolerante que no limite su influencia económica y mediática en los procesos electorales, y también conviene a los mercaderes internacionales conservar en su poder el crecimiento o decrecimiento nacional por medio de la deuda que los países deben (Ej: Lo que ocurre en Grecia)

Pero la lucidez no pide sino el punto medio, es decir, ni la bofa relatividad ni la tiránica imposición de la fuerza. Las salidas creativas que hacen la “difference” no son ni una ni la otra cosa y un poco de las dos. Es en el entre-juego seductor de abrirse cual flor a la posibilidad o cerrarse violenta y herméticamente a lo Otro

indeseado (juego de lo femenino), así como en la agresión de una voluntad de apoderamiento (juego masculino) donde esta comprometida y siempre en riesgo, la integridad física y psicológica, así como la lucidez tanto de un pueblo como de un ser viviente cualquiera. Un organismo (y una nación) fuerte y saludable, henchido de "voluntad de poder" afirmadora, es un sistema que abre y cierra sus compuertas a lo Otro, logrando así la provechosa digestión, la libre circulación de la nueva energía, y la purificación de la sangre que le da vigor. La salud nietzscheana, consiste, a mi ver, en el arte de vivir en guerra sin tregua, cual estructura dinámica, resistente pero flexible. Mucho abrir congestiona el aparato digestivo, mucho cerrar no alimenta. Necesitamos lo apolíneo para conservar orden, figura y distancia respecto de otros y nosotros mismos, tanto como no podemos prescindir de un poderoso disolvente dionisiaco que nos haga permeables a lo Otro, sin permitirle incorporarnos, debilitarnos o devorarnos. Sabe vivir en la lucidez, quien beba del "cáliz de vida eterna" y conserve la sobriedad, la cordura. Esto significa: doble resistencia, tanto a las Ideas inmutables, como a la disolución en el puro devenir. Resistimos pues a estas dos nada, y únicamente "entre" las polaridades, encontramos la salud integral y la lucidez. Salud y luz que para nada se trata de la felicidad, el Bien, la Verdad, o la Armonía, sino el estado de guerra o tensión dinámica que exige una siempre renovada estrategia de combate y una vida vivida heroicamente. Probablemente todo lo heroico, fuerte, intemperante, conquistador y competente, comenzó a morir con las revoluciones liberales, pues los instintos más fuertes en el hombre, los agresivos, e irracionales, sufrieron un ablandamiento cuando se logró democratizar, constitucionalizar, someter la fuerza al derecho, proscribiendo la libertad de tomarse esos derechos a la fuerza, o por herencia de sangre. ¿Si miramos la juventud actual, no condujeron "libertad, fraternidad, igualdad", a la decadencia de las fuerzas en vez de a su recuperación? El voto no nos hizo ni nos hará soberanos, se requiere mucho más que tachar una planilla para ser amos de nuestro destino...¿No fue en perjurio a la vida, obrando contra natura, que se derribo el arquetipo del monarca para luego pretender instaurar una sociedad imposible, antinatural, o sea, igualitaria, tolerante, solidaria,

complaciente y maternal? Goloso de su victoria, el revolucionario burgués, no se percató qué fue lo que se perdió al acabar (de modo tiránico) con el espíritu aristocrático y las monarquías tiránicas: mucho del “sentido de las distancias” y de la autentica “différence” se perdió al elevar al pueblo (o el “bien común”) por encima del individuo único y poderoso. ¿Realmente hay un “sí mismo”, un rey soberano, detrás del egoísmo actual europeo, o justamente este “individualismo contemporáneo” es una reacción, una protesta desesperada por falta de un ser autentico, capaz de gobernar con su crear? El recrudecimiento del solipsismo en la juventud nihilista, no indica una fortaleza espiritual, una autonomía real o una exaltación de la diferencia, pues tal “auto-pertenencia” no ha sido ganada en un combate por la lucidez, sino que se trata de una independencia otorgada, una concesión de derechos y una compra. Con el joven absorto en sí mismo, auriculado, lo que tenemos es una respuesta compensatoria a su “pobreza en espíritu”, una solución fallida al escaso sentido de sí mismo, tan alabado entre cristianos y tan bien transmitido y arraigado en el inconsciente. Y diremos incluso, que la negación de sí ya ha alcanzado a registrarse genéticamente, malogrando así futuras generaciones que nacerán sin fuerza sanguínea o energía vital afirmativa, como sus padres nihilistas. Una generación de anémicos, tímidos y deprimidos y más racionales, menos crédulos. Pero del lado de la credulidad estaba la fuerza, siempre irracional, y de la fuerza, la vida.

Para la conservación de un estado actual de cosas es perfecta la obediencia y lambisconería implícita del individuo pasivo, con nata (nada) en las venas, interesado solo en la “levedad del ser” de la vida cosmopolita, sus pequeños placeres y sus justas razones. Ya es demasiado llamarle “hedonismo” a esta actitud poco comprometida, que recurre a estimulantes para compensar su cansancio. Para crear y transformarse a sí mismo y a una sociedad recurrimos al parricidio, y dimos “muerte a Dios” para ser más intelectuales. Pero ahora, una regeneración vital pide a gritos emerger en medio de la era mas nihilista de todas y de los escombros del siglo pasado. Sin embargo, somos pocos ¿o todos

quieren hoy mayor responsabilidad y participación, cuando precisamente se nos enseña como beneficio la comodidad que hay en delegar a Otro (también mediante el voto³) una educación y unas decisiones que bien podríamos llevarlas a cabo nosotros mismos? Por otro lado ¿no es este “desentenderse” irresponsable en las manos de Otro convencerse o estar convencido de que somos menos fiables que Dios, que el Estado o que los medios? Aun no termina el duelo y el luto en el que entró el siglo XX tras las dos guerras mundiales. Una recuperación del poder creador requiere quitar al fantasma su poderío sobre nosotros, y volver a encontrar confianza en nosotros mismos para autodeterminarnos es menos factible recordando repetidamente ese peculiar fantasma llamado “Holocausto” que cae sobre nuestros hombros como signo de fracaso y huella indeleble. A unas minorías conviene mantenernos avergonzados con el recuerdo, temerosos de dar cualquier paso, no sea que queramos y volvamos a trazarnos una meta o tendernos hacia el porvenir. Así tenemos como la mala conciencia (“por mi culpa”) no solo nos ata de manos, también hace aceptar el eterno castigo, conceder en reparaciones por una deuda pasada e inolvidable que se cobra con intereses. Sin embargo, lo más sano sería olvidar al muerto, dejar partir al fantasma y empezar de nuevo a querer y a prometerse algo, a vivir:

³ La democracia no pone la voluntad popular en el poder, eso es una imposible ingenuidad; mas bien la democracia tiene a la gente eligiendo a las minorías que lo gobernarán, y sólo pueden (¿y no deben?) siempre ser minorías las que tengan en sus manos los recursos, es decir, el poder. De aquí que toda revolución popular sea absurda. Los beneficios de una sociedad libre y un estado democrático y de derechos respecto a las monarquías absolutas, aristocracias y regímenes totalitarios anteriores no nos dejan ver el lado sombrío y contradictorio del sistema libre (valga la contradicción) en el que vivimos. Uno, como miembro del pueblo, al votar, lo que elige es ser representado. “Actúa, piensa, decide por mí” es lo que se hace cuando se prefiere un representante. Aceptar ser representado es un acto de negación de sí mismo en el que nos ponemos en manos ajenas como si fuesen más sabias respecto a nuestras necesidades. Que un gobernante o unos congresistas pretendan ser la encarnación de “la voluntad popular” (como si tal abstracción existiere más allá de los números) y estar por encima de su egoísmo individual, también es cosa difícil de creerse. Lo que en realidad hace ese “doble” tuyo en el poder es falsificarte, y apenas se parece a ti como caricatura. Te usa como máscara, como lema para sus intereses más ocultos y privados. Ya no se nos impone un amo como antes, ahora lo elegimos. Hemos “progresado”. Pero nunca estuvo en juego la posibilidad de no tener amos, sino tan solo de que fueran más complacientes. Y también está el problema otro de que la mayoría no sabe lo que quiere sino lo que se le enseñó a querer, es decir, lo que otros dijeron que era “bueno” querer. Una elite interesada en preservar las cosas sabe que “el pueblo” no sabe lo que quiere además de sus satisfacciones animales, así que procede a enseñarles en la escuela y mediante campañas qué querer.

(...)callar un poco, hacer tabla raza en nuestra conciencia para que haya de nuevo sitio para cosas nuevas, y en particular para las funciones más nobles, para gobernar, para prever, para presentir (...) he aquí repito el papel de la facultad activa del olvido, una especie de guardián, de vigilante encargado de mantener el orden psíquico, la tranquilidad, la etiqueta. De aquí concluiremos inmediatamente que ninguna dicha, ninguna serenidad, ninguna esperanza, ninguna fiereza, ningún goce del “instante presente” podrían existir sin la facultad del olvido. El hombre en quien este aparato de inhibición esta estropeado y no puede funcionar es semejante a un dispéptico (y no solamente semejante): no consigue ya llevar nada a buen fin...!Pues bien!, Este animal necesariamente olvidadizo, para el que el olvido es una fuerza y la manifestación de una salud “robusta”, se ha creado una facultad contraria, la memoria, por la cual en ciertos casos, tendrá en jaque al olvido, a saber: en los casos en que trata de prometer⁴

El filósofo danzarín no carga ninguna cruz, ha superado el nihilismo, el resentimiento y el remordimiento de la mala conciencia. No tiene por lo tanto que pagar reparaciones a nadie, su mirada no esta fija en el pasado ni en el presente, sino en el porvenir. No logran las imágenes del pasado convencerlo de hacer de su vida un holocausto expiatorio (negándose a sí mismo), pues confiado en la “inocencia del devenir”, no cree en la culpabilidad y consecuentemente abdica de todo concepto de justicia en tanto venganza. No se rige pues por la ley del talión o la del karma. Ambas creencias, son supersticiones basadas en el concepto de “deuda”, con el que se quiere atar a los espíritus ya no sólo por los bolsillos, sino también por la mente y el sentimiento, conduciéndoles a sentir culpa, luego a no poder crear.

En la “vida vuelta obra de arte” se exige el incesto, la ruptura de los tabúes como requisito para la liberación de fuerzas creadoras, en el sentido de que muy al contrario de querer una “tranquilidad de conciencia”, el creador busca las uniones misteriosas, el acceso a zonas prohibidas (límitrofes), la experimentación que significa el encuentro con lo Otro (excesos sí, pero únicamente cuando favorecen el desenvolvimiento de una potencia y no imposibilitan el trabajo en nuestra Obra), y todo ello contra la naturalidad del sentido común y el buen sentido. En el arte como en la vida, cuando no es por

⁴ F. Nietzsche *Genealogía de la moral* Ed. Porrúa “Sepan cuantos Pág. 227

encargo ni se tiene un “planning”, se sigue el propio flujo de deseo, el dictado de la sangre, incluso si ello nos cuesta el descrédito, pues esa voluntad de vivir nos lleva más allá de nosotros, a la periferia y límite del mundo, borderline. Tal seguimiento del deseo más íntimo (no el mero capricho), ese instinto trascendente, es el llamado de la voluntad creadora. Escuchar el “sí mismo” resuena con el brujo Aliester Crowley cuando escribe influenciado en la obra de Francois Rabelais que la única ley que debe haber es “Haz tu Voluntad”⁵. Nada nuevo se genera sino es en ese límite al que nos lleva la voluntad de poder, en colindancia con lo monstruoso y donde uno mismo deviene anómalo. Un acontecimiento siempre surge de una aberración, una diferencia, algo que rompe, irrumpe o disuena con el modelo ideal y de forma alarmante, peligrosa. Y el creador hospeda el acontecimiento. Si el artista *tiene un compromiso con lo Otro porvenir (como una partera)*, desatenderá el reclamo social del “deber ser” a vivir dentro de un Modelo convirtiéndose en el “ciudadano ejemplar”, porque “aterrizar” o “entrar por el aro” son palabras tímidas que no gustan a nuestra libre voluntad. Palabras desalentadoras de quienes intentan persuadirnos de vivir en el Mismo círculo hermenéutico que los demás, sugerencias envenenadas a regresar al corral de quienes temen u odian la posibilidad de transformación que ven para sí mismos perdida, quizá porques alguna vez el débil tiende a dejar pasar esa posibilidad, quizás porque en el débil predomina más él mas el instinto de conservación que la sed de aventura. Los espíritus fuertes no son actuales, su odio al ahora es su amor al porvenir. Llenos de vida no quieren que suceda lo menos sino lo más, no se conforman mediocrementemente con el estado de cosas, y cuando quieren, es la vida toda quien quiere con y en ellos un aumento. Los guerreros de la lucidez no quieren ser parte del “pueblo escogido de Dios”, algo en ellos quiere individuarse, realizar una transformación en vuelo hacia el sol como Ícaro como el Fénix, singularizarse ardiendo en el propio fuego, abrirse paso al margen del sistema alienante y enajenante de la mecanización masiva. Unos pocos pareciera que nacieron para saltar por fuera

⁵ Aliester Crowley *“El libro de la ley”* Ed. Humanitas, Barcelona, 1992. La obra de F. Rabelais en la que se inspira este hechicero contemporáneo es “Gargantúa y Pantagruel”.

del corral, para gozar de una libertad que no se concede sino que se gana a pulso. A su propio juicio “demasiado buenos” para hacer lo mismo que los demás (y por definición ningún creador es humilde), están cargados de un orgullo sin vanidad típico del sano amor propio. Nunca se crea por amor a la humanidad, se crea porque al hacerlo uno se siente bien, o sea, poderoso. A veces por añadidura el genio rompe una valla por donde el prójimo podría escapar y ver allende una perspectiva nueva, pero si “aportar” fuese la ley motiv de la obra, quedaría echada a perder por la santurronería. Estamos comprometidos cual Prometeo a hacer daño y mal con nuestra alegría a un mundo actual de valores (El Olimpo), por un porvenir que se nos escapa y con un amor que no se nos comprende. No es amor a los hombres sino a algo más:

El hombre más perjudicial posiblemente sea el más útil para la conservación de la especie, pues lleva consigo y transmite a los demás, por su influencia, aquellos instintos sin los cuales la humanidad hace tiempo que habría degenerado ⁶

Lo nuevo es con todo, el mal, bajo cualquier aspecto, por ser lo que conquista y quiere destruir los viejos límites y la antigua piedad. ¡Solo lo antiguo puede ser el bien! Los hombres de bien de todas las épocas han sido los que han profundizado en las ideas añejas para hacerlas fructificar, los cultivadores del espíritu. Pero toda tierra acaba por cansarse, y entonces es menester que vuelva la reja del arado del mal (...) los malos instintos son tan oportunos, tan conservadores de la especie y tan indispensable como los buenos; lo que hay es que su misión es diferente ⁷

Pensar de diferente modo que se acostumbra depende, menos que de una inteligencia superior, de inclinaciones fuertes y malignas, de inclinaciones que aíslan y separan, altivas, burlonas, pérfidas (...) Los herejes y los brujos tuvieron de común no solo ser malos, sino el comprender que lo eran. Su deseo invencible era inferir daño a lo que dominaba (hombre u opiniones) ⁸

Para ello, como un Fausto, el creador hace alianza con lo demoníaco, con las potencias latentes que son *gérmenes* de nueva vida. Arriesga lo máspreciado, el alma, es decir, lo “humano, demasiado humano”, por algo aún máspreciado. En la danza se seguirá el deseo prohibido como hizo Edipo (y sin el cual Edipo no sería él mismo), y los actos en el escenario del mundo serán reflejo de las

⁶ F. Nietzsche, *La Gaya Ciencia*. Ed. Editores Mexicanos Unidos

⁷ Idem, IV, Pág. 47

⁸ Idem, XXXV, Pág. 77

fuerzas en tensión que nos toman y nos hacen vivir llevándonos por nuestro destino o camino, así nos cueste la visión común como a Edipo, que se saca los ojos pues ha visto demasiado. Haremos mal, pero “malo” en realidad sería no realizar o impedir el libre emerger en la superficie de una potencia ⁹ Entonces, ¿hizo bien o mal Edipo en matar a su padre y en cogerse a su madre? Ningún vitalismo, y la lucidez es vitalista, acepta la castración: la renuncia al deseo más íntimo y primordial (y donde Freud, incapaz de esa intimidad sufrió susto). Al contrario, siguiendo su cause hasta las profundidades insondables del ser, venciendo simbólicamente el tabú del incesto, nos encontramos con que todo deseo no emerge de, ni nos pertenece a nosotros, sino a la naturaleza. La vida en su “devenir activo”, es la simbólica serpiente (falo femenino), una corriente de energía o emanación a la que nosotros somos extensivos, consustanciales. Por lo tanto, esa energía, pura voluntad creadora, no nos pertenece más de lo que le pertenecemos. Cualquier artista conectado a la vida, intuye que cuando crea, es a la vez el mismo recreado, como si el obrar tuviere vida propia y el autor también fuese trabajado cuando trabaja. Todas las actitudes dominativas hacia el antes llamado “sexo débil” tienen que ver con el temor ancestral y la envidia al incalculable poder creador femenino de la naturaleza. Tal temor tiene sentido, pues hemos confiado en exceso en nuestra Razón -lo que presentimos como un hurto- pues vivimos negativamente como si lo humano fuese algo separado o no emergido de la vida, y hemos pretendido dominar sobre lo femenino creador con la artificialidad de nuestros métodos, forzando a la vida a entrar en nuestros cálculos, categorías y aparatos, como intentando meter el mar entero en un simple vaso. La naturaleza, sin excluir la racionalidad y sus productos (a sostener la indistinción hombre/natura) es una biotecnología, en términos de Deleuze-Guatarri, una “maquina deseante”. Ella, la vida, es la promiscua serpiente sagrada que se acuesta con todos, pero con ninguno en especial: la vida inmanente que penetrándolo todo, lo coge.¹⁰ Podemos dejarnos transportar,

⁹ En el documental “L’ abécédaire de Gilles Deleuze” Pierre-André Boutang, Francia 1988-1996, Deleuze comenta en la entrevista que “el mal” es la irrealización de una potencia.

¹⁰ Cabe señalar que durante el coito(y en el juego de seducción previo) la mujer es la que “coge” u atrapa al hombre, la que lo aprieta a semejanza como la serpiente cuando caza la

y “cogidos” por esa corriente serpentina de energía vital creativa bajo el encanto de la música, sentimos un aumento de fuerzas e intensidad en el vivir. Esto es lo que todo artista filósofo hace cuando “eleva” su pensamiento a las alturas de la vida: hundirse en ella y de ahí emerger a la superficie renovado, con nuevos bríos y perspectivas. Se trata de un tema arquetípico: del caos nocturno y primordial renace, no sin sacrificios y batallar, el sol guerrero radiante y victorioso, iluminando la creación de un nuevo día. Llegada la tarde, el astro vuelve a enterrarse, llevándose consigo la luz y trayendo el caos. Muere en las profundidades del abismo o recupera ahí las fuerzas. La lucidez es doblemente, condición de posibilidad para este viaje iniciático¹¹ del espíritu que cruza inmune las tinieblas y la luz, así como su consecuencia. *Lucidez significa vida vivida justamente en las zonas umbrales y de mayor intensidad: la aurora y el crepúsculo, el mediodía y la medianoche. ¡Qué pensamientos emergen de ahí, que visiones!*

Pasemos al capítulo tercero... En el absurdo no se tienen agarraderas o tapaderas. La coherencia del mundo ha huido por el azote de la lucidez. Éste rayo alumbró la noche, atraviesa el abismo. No se apoya en nada más que en su propia fuerza. No hay tablas de salvación como serían la ficción de 1) causas primeras 2) fines últimos y 3) esencias verdaderas. Estos geniecillos, estos racionales, salieron despavoridos. El primero respondía al ¿por qué?, dándonos un origen común. El segundo, lleno de espíritu teleológico respondía al ¿para qué? y justificaba todos los medios para llegar al fin. Y el último, muy seguro de poseer un inmóvil “sí mismo” o de conocer una “cosa en sí” respondía al ¿quién? y al ¿qué?. Todos juntos daban al mundo un aspecto familiar, manejable, apacible y congruente. Se había inyectado (ahora sabemos que arbitrariamente)

presa. También nótese que la estructura interna de la vagina también es parecida un falo pero hacia dentro, invertido: un falo-femenino.

¹¹ En la mitología egipcia tenemos ejemplificado este viaje en la barca solar pilotada por Ra (dios del sol). El tiene que luchar con la serpiente del caos Apofis, para cruzar la noche y traer el amanecer al mundo, sin lo cual se rompería Maat, el “orden cósmico”. Apofis representaba el mal, con el que había que luchar para contenerlo; sin embargo, nunca sería aniquilada, sólo era dañada o sometida, ya que de otro modo el ciclo solar no podría llevarse a cabo diariamente y el mundo perecería.

a las cosas un orden racional y moral que lo salvaban de ser un caos, y de evitar a los aldeanos de la comarca el que experimentasen incertidumbre, angustia. Por estas prestaciones de tipo existencial, todos adoraron esta trinidad angelical hasta que nos vino el desencanto y desengaño de la razón, curiosamente, por el ejercicio más riguroso del pensamiento. La misma agudeza intelectual, la *clarividencia*, humilló el intelecto humano, y no se diga además de esto, las nefastas consecuencias que lo más divino y bello, la razón ilustrada moderna, trajo en términos de pérdidas humanas y naturales en los últimos siglos. El nihilismo nació de esta desconfianza, de esta toma de distancia de la racionalidad respecto a sí misma. Necesario era que un mundo moral con unos valores determinados se viniera abajo también al cuestionar los principios que lo justificaban. Desde que dejó de haber *una* objetividad allá fuera, la subjetividad quedó exaltada y enervada al grado de tornarlo todo demasiado relativo, demasiado guango, sujeto a perspectiva. Claro que aun nos queda la ley, la religión o el ideal del progreso, la ciencia, pero cada vez menos creen en ello realmente como antes, y solo parecemos creer. Esta liberación del dogmatismo religioso y de todo sentido único que abrió la posibilidad de múltiples sentidos, despertando las facultades interpretativas, tiene dos caras. La tolerante y permisiva modernidad nos torna complacientes, suaves, indecisos. ¿Menú a la carta es más o menos libertad? No nos parece necesario tomar partido en nada, casi parece indecoroso o impúdico tener ganas de algo real, auténtico, ¿para qué si podemos farolear con cualquier cosa? Afirmarse, proponer algo, tomar un rumbo fijo (aunque curvo) es demasiado difícil y sospechoso para un mundo que duda de sí mismo, y que eleva el escepticismo al rango de realismo y virtud. Por otro lado cuando se creía demasiado, cuando se pretendía un conocimiento absoluto, una Verdad, todo trabajo creativo estaba detenido, pues no había suficiente apertura a otras visiones, a otras realidades y posibilidades. En la Edad media, todo se medía con la misma regla. De una época cristalizada en sus principios y dogmas pasamos paulatinamente, a través del Renacimiento, a otra de apertura, demasiado quizás. La nueva era (new age) es la flor de loto, abierta y desparramada, flotante y extática, de todo un poco, ebriedad perpetua,

sin fuerza de cierre, herida abierta desangrando la fuerza hasta la muerte o la nada. Nada sustancial, nada de fondo, nada verdadero. El nihilista piensa, “porque nada es cierto, porque nada tiene sentido ¿para qué nos preocupamos?” No me refiero aquí sino al “nihilismo pasivo”, a la decadente “suavidad cosmopolita” que tanto critico Nietzsche. En definitiva, hay mucho de qué preocuparse: si se quiere aumentar la vida, la fuerza, si no se quiere perecer en el mantra que adormila, en el “se” de la impropiedad (Heidegger), si se quiere realizar una potencia, hay que tomar una postura activa, mantener una gravedad y cohesión en medio de tanta dispersión, una estructura flexible. La modernidad tardía levita, pesa menos porque quiere menos, y por eso también, vive menos. ¿No es eso lo que se quiere en realidad con tantos productos “light” y “vacaciones”, no más salud sino un déficit de existencia, menos compromiso? Tendría el hombre moderno que *querer más*, pero no puede, está agotado en la “espuma de los días” o en esa “insoponible levedad del ser”.¹²

La *sensación absurda* vimos con A. Camus en el “Mito de Sísifo” es cuando algo “no me hace sentido”, donde advierto una contradicción de cosas que comparo, una incompatibilidad entre ellas. Por mi parte, sumé a ello lo que nombré un *desajuste cognitivo*, donde un elemento extraño, pero insistente no puede ser ya integrado ni excluido, ni signado de ninguna manera por ninguna máquina de representación. Lo absurdo es pues también lo imposible, lo absolutamente Otro que irrumpe y que obliga una transformación en la cosmovisión, una reconfiguración, una revolución paradigmática. Pone en jaque un sistema interpretativo, da su ultimátum: mudar o morir. Así podemos rastrear con el olfato sabueso en el terreno político, científico, artístico o filosófico acontecimientos venideros por el grado de absurdidad presente en sus ámbitos. Las estructuras fuertes, por ejemplo las instituciones sociales, no se contradicen, son monolíticas, pero en cuanto comienzan a hacerlo o se publica que siempre lo han hecho, se dividen internamente y chocan los pedazos entre sí. “Divide y

¹² La primera expresión es un título de la novela existencialista de Boris Vian, la segunda, de la novela de Milan Kundera.

vencerás”, pero el vencedor en la modernidad nihilista, el azote de las instituciones (y sus valores) es un enemigo letal pero invisible: el absurdo que opera en el ámbito espiritual como un gas. Del choque tanto como de la proliferación de diferencias, que como consecuencia tienen el aumento de las contradicciones, se genera la sensación absurda, el vacío contemporáneo en algo que antes estaba lleno de sentido, y para acabar de un golpe con ello, el sentimiento de extrañeza, la incapacidad de identificarse en algo. No hay ya un único espejo donde mirarse, las ondulaciones del lago han disuelto la imagen pétrea de Narciso. Sin embargo, el vacío ¿a qué abre espacio? La trituración, desmembramiento o fragmentación de los sujetos poderosos y estructuras monolíticas ¿por cual fuerza latente y subterránea esta siendo efectuada? Algo esta partiendo este mundo en gajos, un movimiento inmanente de capas intra-terrestres. ¿Estamos pereciendo o algo quiere nacer? ¿No acaso el pollo para nacer destruye el cascarón? Nadie sabe si este pollo es un monstruo. Siempre que las cosas se tornan absurdas algo acontece, solo que no sabemos qué con exactitud. Un Otro desconocido nos orilla a una serie de transformaciones, un elemento extraño, maligno, empuja las paredes del castillo. Son tiempos de un terror máximo pero también quizás de una oportunidad única. Sin embargo, no es una oportunidad para nosotros, sino para aquello venidero que nos esta sacudiendo como piojos de su pelambre. ¿Decaemos por algo superior? ¿Será un nuevo tipo y más que hombre, como anunciaba Zaratustra? Me atrevo a responder, que el que es testigo y participe de la absurdidad actual sin deschavetarse, el que conserve la lucidez en medio del espanto, ese es amigo del monstruo venidero y toma las fuerzas de “él”. Quizás sea cierto que solo los fuertes como Heracles puedan lidiar con las potencias anómalas que se ciñen contra todo lo “humano, demasiado humano”. Sólo con la integridad de un Heracles se puede enloquecer sin enloquecer, sobrevivir a la locura, lograr el “uno en muchos y muchos en uno” característico de un tipo de conciencia dionisiaca, proteica o mercurial, plástica e indestructible. Siendo una estructura flexible, se preserva la cohesión energética (la salud), sin impedir además la libre plasticidad de una voluntad de poder formadora de múltiples

constelaciones, interpretaciones. Uno de los nombres dados a Dionisos era “el Indiviso”. *La lucidez, afirmémoslo, es el valuarte del espíritu guerrero en una época tan peligrosa (nihilista) como la nuestra.* En la distancia de las cosas (el criterio), y paradójicamente, en el modo estratégico de enfrentar y arrojarse a la vida participando (creando) podemos ver, según el mito, al Dionisio guerrero y conquistador que atraviesa el mundo hasta la India mostrando el arte de la “vid”, el arte de vivir.

Un punto más cabe segar y destacar de este capítulo. La vida y la sensación absurda del espíritu lucido que goza el sin-sentido porque lo crea son compatibles sólo en lo que he llamado *simulación o acción sin ilusión*, concepto que resuena con lo que Camus en su obra nombra “creación sin mañana”. Para mi interpretación de simulación me serví del concepto de Baudrillard en “Cultura y Simulacro”. Ahí, él menciona la distinción entre disimular y simular: una es hacer como que no hay lo que sí hay, la otra es hacer como que hay lo que no hay. Una remite a algo presente que se oculta mediante el disimulo, pero la otra remitiendo a una ausencia, pone lo que falta. Por mi parte añadiré: hace *como si* hubiese algo que sabe que no hay, teje el fondo al abismo. No hay fundamento, lo produce. El teatro no disimula, no oculta una realidad (la de unos actores que se disfrazan), eso es no saber apreciar el teatro como producción de la realidad, como simulación. El teatro, o mejor dicho, la teatralidad en la vida cotidiana, consiste el modo estratégico y dramático de conciliar el estar despierto y vivir, logrando la acción desengañada, sin ilusión, pero que solo puede ser: el accionamiento deliberado del engaño. Así, toda esperanza ha muerto -atendido el consejo Dantesco de “dejad toda esperanza atrás”- pero la voluntad, el fuego demoníaco e infernal en cada cual, se haya más activo y creador que nunca. Hemos perdido el rumbo, el sentido único, pero plenos de deseo, no hemos perdido las ganas de vivir, y por lo tanto, hemos de encargarnos del sentido nosotros mismos como de unas “ficciones necesarias”. Ante nuestro limite, sea la muerte o la incapacidad de hacernos un solo y ultimo sentido de las cosas que nos diera la tranquilidad del corazón, actuamos *como si* tal limite no existiera,

nos dejamos soñar. Claro que, con la simulación, se trata de convertir la vida en un “sueño lucido”, aquel donde intuyes que estas soñando, donde inmerso en él y en la acción guardas la lucidez, un mínimo de distancia. Y es éste modo de vivir o la locura total, el fanatismo, la alineación y enajenación absoluta propias del servilismo de la conciencia esclava. Ante esta amenaza es donde el guerrero brinca hacia atrás, y tiene la lucidez como escudo. Pero también tiene espada, para legislar, para casi-ordenar el caos, para dar o trazar una senda. Como lo formulaba Nietzsche:

Teníamos de sed de relámpagos y de actos; permanecíamos muy lejos de la dicha de los débiles, muy lejos de la resignación. Nuestra atmósfera estaba cargada de tempestad, nuestra naturaleza se obscurecía, *porque no disponíamos de senda*. La fórmula de nuestra felicidad es está: un sí, un no, una línea recta, una meta.¹³

Ha muerto la esperanza, pero no la voluntad, y el desconsuelo ha de enervar todavía más ésta voluntad de vivir, no “apaciguarla” como sugería Schopenhauer. Simular no es mentir, eso supondría algo verdadero detrás de una apariencia. Después de la “muerte de Dios”, el ser y las apariencias ya no se distinguen. Simular no es “mentir” en un sentido moral, sino la constante operación de un intelecto falsificador, que simplifica y hace manejable un mundo. Y la “mentira” es condición de su conocimiento. En un dado caso, se trata de una “santa mentira” el que la construcción de unas verdades o narraciones sirvan para hacernos vivir más, que no siempre mejor. Esto último lo hemos de tener en cuenta, que no siempre “lo mejor” *para la fuerza, para la vida* será lo que complazca al “yo”, ni lo que es “verdad”. Por lo tanto, seríamos poco vitales, débiles acomodaticios y muy proclives a esa moral nihilista (estoica), que pide la menor cantidad de sufrimiento posible (la felicidad estática), si midiésemos el bien o el mal a partir del “yo”, en función del agrado o desagrado que algo nos causa, pues son muchas las veces que lo que nos resiste y no cede a nuestro capricho, es mejor para conservar el vigor de nuestras fuerzas que lo que se dobla con facilidad ante nuestra voluntad. Por su parte, las experiencias de

¹³ F. Nietzsche, *El Anticristo* Ed. Editores Mexicanos Unidos, Pág. 14.

triunfo, conquista y gozo, dependen en su intensidad, del grado de dificultad de lo adversario vencido:

“La causa del placer no es la satisfacción de la voluntad (...) sino el hecho de que la voluntad quiere avanzar y es siempre nuevamente dueña de lo que se encuentra a su paso. El sentimiento gozoso se encuentra precisamente en la insatisfacción de la voluntad, en el hecho de que la voluntad no vive satisfecha si no tiene enfrente un adversario y una resistencia. El “hombre feliz” es un ideal del rebaño”¹⁴

Por lo tanto, no es el bien o el mal un lenguaje adecuado a la vida. Con estas categorías morales, nacidas de la autocomplacencia humana, introducimos a la vida deseos y expectativas del yo. Los guerreros, en un esfuerzo de superación de nosotros mismos y llevados por la “voluntad de poder” mas allá de nosotros mismos, intentemos pensar en términos de mayores o menores cantidades de fuerza (energía), correlativas a un aumento de la salud o una decadencia vital. En este nivel, la comodidad del yo no esta en juego del modo como cuando nos preocupamos por *nuestro* bien o mal, pues el aumento de fuerzas requiere sacrificios heroicos, tales como vivir en perpetuo en riesgo, en los umbrales o limites del mundo.

Cabe agregar algo más, que responde a una posible objeción. La construcción o invención de verdades no es meramente un “nominalismo” arbitrario, el lenguaje no esta montado sobre sí mismo. La conciencia y el lenguaje son un vapor emergente, un efecto superficial de las potencias en la materia, fantasmas que son sombras de la vida. En un lenguaje vivo, originario, hay fuerzas activas copulando con las palabras. Ellas llevan energía, son como algunos chamanes dijieran “palabras de poder”. En un caso así, lejano a toda decadencia, la Razón en realidad es penetrada por la vida (falo femenino) Cosa inversa-perversa se hizo al introducir razón y moralidad a la vida (queriendo penetrarla aquella) cuando en realidad toda obra bella y fuerte viene de una racionalidad que tan solo es espejo, y hace sombra a la vida. Así como la mujer sólo fue sombra del

¹⁴ F. Nietzsche, *La voluntad de poder*, Pág. 465 (689) Ed. EDAF, Madrid 2000.

hombre y sigue siéndolo, más ahora con su irrisoria “liberación”¹⁵, la transmutación consiste en una reversión de esta maldición: que el hombre sólo sea sombra de la vida, y que ella sea quien lo penetre a él, dejando a la plástica máscara humana ser únicamente eso, recipiente de sus misterios, su doble o contraparte, y aunque no le guste al macho, sirviente de su creación. La intimidad y proximidad a la vida, tanto como la creación en su seno, pide una actitud más receptiva (a la escucha) que dominativa. *La lucidez, como actividad y pensamiento “dado a luz” en los umbrales y límites del mundo, es factible solo para una conciencia masculina que amando, colaborando y escuchando lo femenino (lo inconsciente irracional) es como lo ayuda a nacer y no lo teme.* Para eso la tarea de recuperación y búsqueda del otro femenino en sí mismo, que solemos buscar en la pareja. El filósofo danzarín se volvió más como ella (tierra fértil), y ella como él liberando su poder fálico femenino (los rayos-rizomas), pues ella, vida allende los límites no está fuera del mundo, sino que entre todos los estratos penetra en todas las cosas y los seres vivos como “campo de inmanencia”(Deleuze).

El qué hacer de la lucidez, es amistoso con los dos conceptos de Nietzsche, “crítica de los valores” y “legislar”, cosa que yo formulé junto con pegado a una simulación deliberada, a una actuación teatral *como sí*, en plena absurdidad. Esto significaría que Sísifo llegase a amar su piedra, a no lamentarse por su peso ni a resignarse sino a gozar. No es una cruz, es una piedra para construir. A sabiendas de lo absurdo, insiste. A pesar del castigo de los dioses, el héroe necea y en actitud los vence aunque nunca acabe su tarea, pues no logran su arrepentimiento. Sísifo, subiendo la colina con su piedra, pareciera que está decidido a repetir el viaje eternamente y no tanto que no pueda dejar de hacerlo, pareciera que el dichoso *hace lo que quiere porque quiere lo que hace.* En mi

¹⁵ Absurdo y risible es que lo que llaman “liberación femenina” signifique meramente que ahora ellas se vuelvan más aún “a imagen y semejanza” de los hombres, en vez de valorar su propia feminidad en términos de lo que ésta de suyo *puede*. En un aforismo de Nietzsche: “*Los hombres son los que pervierten a las mujeres, y todo aquello en que faltan las mujeres deben pagarlo los hombres y ser corregido en ellos, pues el hombre es quien a creado la imagen de la mujer, y la mujer se ha hecho con arreglo a esa imagen*”⁵ *Gaya Ciencia*, (58), Pág. 101

interpretación, a esto a lo que Camus se refiere con la “alegría silenciosa de Sísifo”. Desde que no hay sentido, somos libres de crearlo, de llevar nuestra piedra siempre hacia un porvenir que se nos escapa (como la piedra que se le cae a Sísifo), esa es la “buena nueva”, el evangelio de Zaratustra. Poder asimilarnos seres inacabados, que no podemos terminar de ser; consentir en que *no alcanzamos -por más que hagamos o tengamos- más ser que un parecer*, todo ello nos convierte a todos en actores que simulan. Crear el sentido lo repito, no es un arbitrario nominalismo, el sentido siempre se acopla a una fuerza subterránea, y se vive con ese sentido mientras esa fuerza predomina. En el devenir de las fuerzas -situémonos en su campo- unas predominan sobre otras según combaten. Pero estas fuerzas que *quieren*, aun tendiendo a ser “algo” nunca llegan a ser algo, son pura insistencia, tensión y tendencia. Las fuerzas combaten por el dominio, pero el dominio no es del enemigo, al que siempre necesitarán, sino dominio del combate mismo. Así para los espíritus guerreros, la irresolución del conflicto, la guerra eterna, el esfuerzo de subir una colina, es el fin de la vida. No ansían volver a casa, no ansían descansar en paz, es en combate donde se sienten vivir, donde las fuerzas gozan de sí mismas. Han dejado de experimentar la existencia como un castigo, han dejado de “condenar la existencia”. Y ahora, transmutadas las fuerzas reactivas en activas, entregado sin reservas a la actividad artística formadora de mundo, vueltos niños que ya no juzgan sino que juegan, pues ellos y el mundo han devenido nuevamente maleables, serán sitio para que la voluntad de poder plasme sus ensayos y se regocije en esa “alegría de la inanidad”.

Doy por terminado este trabajo. Para rematar, baste decir que *mi investigación ha intentado construir un concepto, una actitud y también un valor: la lucidez*. “Gérmenes de la lucidez” es lo que me he comprometido a dar, semillas o ideas que permanecieron en incubación, ensayos durante los cuales quise sustanciar, germinar y florar un concepto mas elaborado, suficientemente soportado o argumentado. Eso convendrá a mis lectores juzgar. Pero también “gérmenes” en el sentido bacteriológico, contaminante y rebosante de vida, tanta que amenaza

el sistema inmunológico del lector, el sistema de defensas psicológico constituido de ficciones tranquilizadoras que nos dan una frágil salud. En efecto, no hay la higiene cultural que parece haber, la vida abunda por todos lados, en cada recoveco, y millones de “gérmenes” caminan sobre ti y te constituyen. Uno de los síntomas de una sociedad ligera, llevadera, que se deja arrastrar por el tren de la vida cotidiana y por la creencia en la realidad de sus ficciones, es la incapacidad de angustiarse. Espero haber conseguido si no angustiarlos, al menos, con estos “gérmenes de lucidez”, ponerlos lectores a rascar las cabezas. Si mis “gérmenes” atacaron el sistema de creencias del lector, abriendo una pequeña grieta al abismo sin fondo donde es tan arduo pensar, si os produjo vértigo la lectura, fríos y calores incómodos, pero al mismo tiempo unas incontenibles ganas de danzar o escribir, entonces no solo habré logrado empañar la imagen limpia y clara de las cosas que todos solemos hacernos para dormir bien, sino que además, habré reavivado en ustedes las tremendas ganas de vivir. Solo entonces, a mi juicio, podré decir que éste experimento filosófico tuvo tanto éxito en ustedes como lo tuvo en mí, y que no estuve solo en la aventura, pues yo si me angustie, bailé entre abismos y sigo haciéndolo, improvisando sentidos a la vida, abriendo surcos como el rayo en una noche ideática, plena de tormenta eléctrica.

BIBLIOGRAFIA

Baudrillard, Jean. *Cultura y Simulacro* (tr. Antoni Vicens y Pedro Rovira). Barcelona: Kairós, 2005

Camus, Albert. *El hombre rebelde* (tr. Luis Echávarri). Buenos Aires: Editorial Losada/Grandes Obras del Pensamiento, 1ª edición, 2007.

- *El mito de Sísifo* (Tr. Luis Echávarri). México: Alianza Editorial/El Libro de Bolsillo, 1ª edición, 1989.

Cioran, Emile *El aciago demiurgo* (Tr. Fernando Savater). Madrid: Taurus ediciones, 2000.

- *Ese maldito yo* (Tr. Rafael Panizo). Barcelona: Tusquets Editores, 4ª edición, 1998.

- *Del inconveniente de haber nacido* (Tr. Esther Seligson). Madrid: Taurus, 1981.

- *Adiós a la filosofía y otros textos* (Tr. Fernando Savater). España: Alianza Editorial, 4ª reimpresión, 2005.

- *Breviario de podredumbre* (Tr. Fernando Savater). España: Punto de lectura, 3ª edición 2004.

Crowley, Aliester. *“El libro de la ley”* Ed. Humanitas, Barcelona, 1992.

Deleuze, G, *Nietzsche y la Filosofía* (Tr. Carmen Artal). España: Editorial Anagrama, 2002.

- *Nietzsche* (Tr. Isidro herrera y Alejandro del Río). Madrid: Arena Libros, 2000.

- *Lógica del sentido*. España: Editorial Paidós, 2005

Deleuze, G y Guattari, F, *¿Qué es la filosofía?* (tr. Thomas Kauf). España: Editorial Anagrama/ 8ª edición, 2009.

- *Mil Mesetas, capitalismo y esquizofrenia* Ed. Pre-Textos, 2002.

Finkelstein, Norman G. *La industria del holocausto*. España: Siglo XXI, 2002.

Hegel, G.W.F *Fenomenología del Espíritu* (tr. Wenceslao Roces). México: FCE 20ª reimpresión, 2000.

Heidegger, M. *La proposición del fundamento* (tr. Duque, F y Pérez de Tudela. J). España: Serbal, 2003.

Hillman, James. *El mito del análisis*, (tr. Ángel González de Pablo). España: Siruela Ediciones, 2000.

- *El pensamiento del corazón*, España: Siruela 3ª edición, 2005.

Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie* (tr. Andrés Sánchez Pascual). Madrid: Alianza Editorial 3ª edición, 2000.

- *Mas allá del bien y del mal* (tr. Eduardo Ovejero y Maury). México: Editorial Porrúa, 2004.

- *Genealogía de la moral* (tr. Eduardo Ovejero y Mauri) México: Ed. Porrúa/ "Sepan cuantos" , 7ª edición, 2004.

- *La gaya ciencia* (tr. Roberto Ganiz). México: Ed. Editores Mexicanos Unidos, 4ª edición 1994.

- *El anticristo*, México: Ed. Editores Mexicanos Unidos, 4ª edición, 1999.

-*La voluntad de Poder*, Madrid: Ed. Edaf, 2000.

-*El origen de la tragedia* (tr. Eduardo Ovejero y Mauri. México: ESPASA-CALPE/Col. Austral, 1988.

-*Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Madrid: Ed. Tecnos, 2010.

-*Cómo se filosofa a martillazos*, México: Editorial Tomo, 2004.

Ovason, David. *La arquitectura sagrada de Washington*, México: Editorial Planeta/ 1ª edición, 2009.

Parménides, *Poema*, (tr. Luis Farré). España: Ediciones Folio, 2007.

Piclin, Michel. *Schopenhauer, el trágico de la voluntad*, (tr. Ana maría Menéndez). Madrid: Edaf, 1ª edición, 1975.

Píndaro, *Odas y fragmentos: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas, fragmentos* (tr. Alfonso Ortega. Madrid): Ed. Gredos, 1ª reimpresión, 1995.

Safranski, R. *Nietzsche: biografía de su pensamiento* (tr. Raúl Gabás), España: Tusquets Editores, 2001.

Savater, Fernando. *Ensayo sobre Cioran*. España: Ed. Espasa Calpe, Colección Austral 1992.

Seife, Charles. *Zero: the Biography of a Dangerous Idea* E. Penguin Books, USA, 2000.

Schopenhauer, A. *El mundo como voluntad y representación* (tr. Eduardo Ovejero y Maury). México: Porrúa, Colección "Sepan cuantos" núm.419. 7ª edición, 2003.

Suances, M. *Arthur Schopenhauer, Religión y metafísica de la voluntad*. Barcelona: Herder, Colección Biblioteca de Filosofía, núm. 26. 1989.

Trías, Eugenio. *Filosofía y Carnaval*. España: Editorial Anagrama 3ª edición, 1984.

Vattimo, Gianni. *Introducción a Heidegger* (tr. Alfredo Báez). España: Editorial Gedisa 3ª reimpresión, 1998.

Zalce y Rodríguez, Luis. *Apuntes para la historia de la masonería en México*, México: Panamerican, 1950.

Revistas

Vázquez, María E. Semadeni *Historiografía de la masonería en México*, Costa Rica: REHMLAC/ Revista de estudios históricos de la masonería en Latinoamérica y el Caribe/ISSN 1659- 4223 Vol. 2 núm.1 Mayo-Noviembre, 2010.

Recursos audiovisuales

Boutang, Pierre-André *L'abécédaire de Gilles Deleuze*", Francia 1988-1996.

